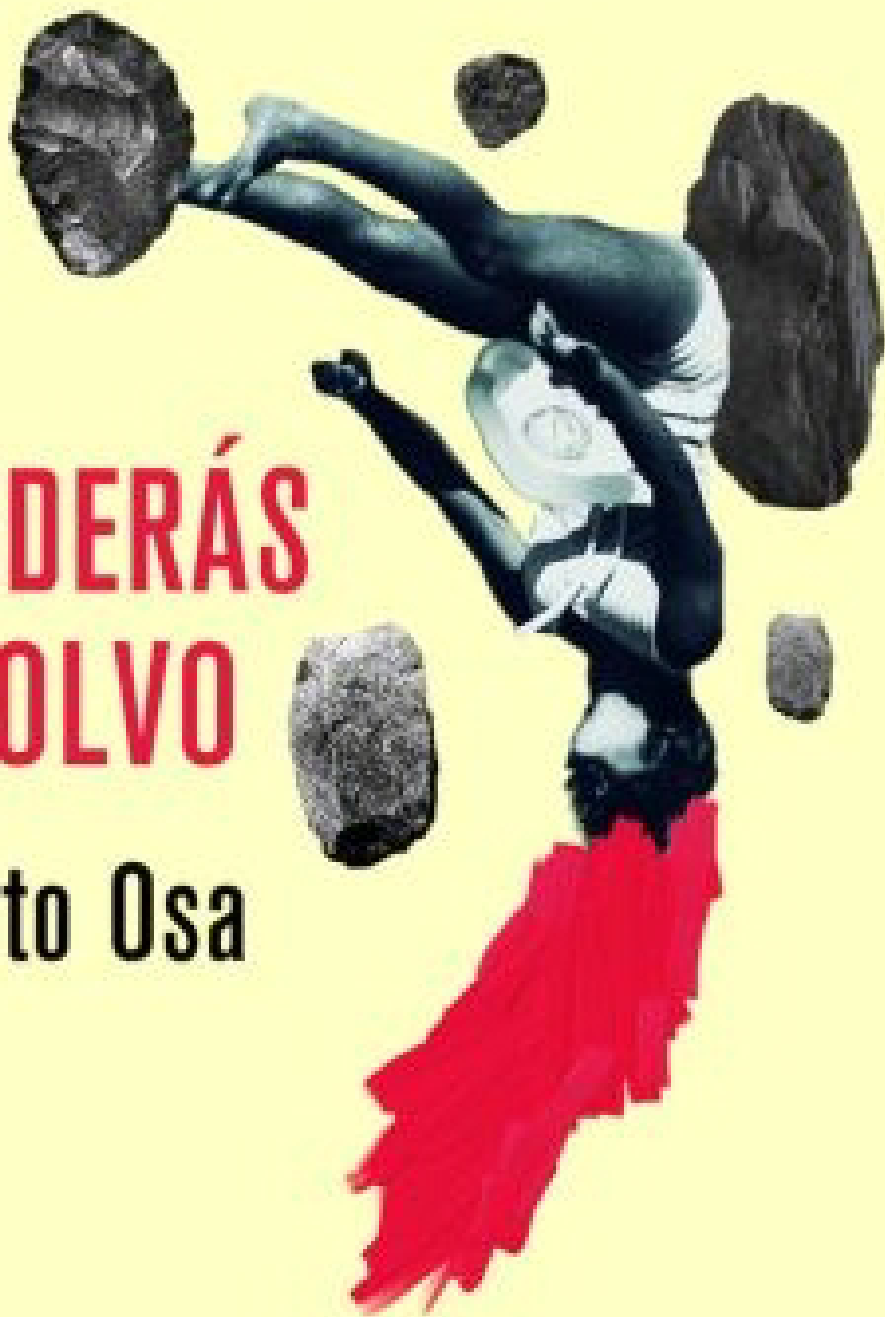


XXXVI PREMIO FELIPE TRIGO DE NOVELA

MORDERÁS EL POLVO

Roberto Osa



f)L Fundación José Manuel Lara

D.J.57

Índice

PORTADA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Empecé a darme cuenta de que
la devastación y la catástrofe son
un espectáculo de una belleza exquisita.

BOHUMIL HRABAL

Una soledad demasiado ruidosa

Otra cosa que me atormentaba mucho
por aquel entonces era que
yo no me parecía a nadie,
ni nadie se parecía a mí.

«Yo soy uno, mientras que ellos son *todos*».

FIÓDOR M. DOSTOIEVSKI

Memorias del subsuelo

Mataré a mi padre este mismo fin de semana.

No es una decisión que haya tomado de repente, se trata más bien de arreglar algunas cosas que se torcieron cuando yo aún era una niña.

Durante los últimos veinte años apenas nos hemos visto. En todo este tiempo he malvivido en Madrid agarrotada por su recuerdo, vagando por servicios sociales y programas de integración que me llevaban de un empleo a otro hasta que encontré el turno de noche del teléfono de atención al ciudadano, al que ahora vuelvo después de siete días.

Mi padre vive en Pedregal, el pueblo donde yo también me crié, y la verdad es que no he tenido mucha más información suya hasta que esta noche ha sonado el teléfono. En la pantalla parpadeó un número en verde y, al descolgar, sólo una respiración, casi un bufido. Nada más. Sé que es él porque nadie más resopla así, nadie puede hacerme temblar como el Morueco. Acabaré contigo, juro que lo haré. Lo juro por esta barriga con la que cargo desde hace ocho meses, por mi único ojo y por todo el daño que nos hicimos entonces. Lo juro por las montañas de basura que desbordan las aceras de la ciudad, por los contenedores repletos, por todas estas ratas que corren a darse el festín entre las cajas de fruta podrida, por las moscas azules que revolotean entre los cartones de vino y las mierdas de perro. A veces la acera está tan sucia que tengo que abrirme paso a patadas. No me molesta la basura, lo único que me da asco es el tufo a vino tinto. Me recuerda a mi padre.

Cuando llego al trabajo aún quedan diez minutos para las once de la noche, entonces empezará mi jornada. Mientras tanto aprovecho para secarme el sudor con la manga del chándal, especialmente en la zona del párpado; luego recupero el aliento con un pitillo. Fumo frente al cristal opaco que cubre la fachada. Aunque tengo calor, no voy a quitarme la capucha; sé que todos esos bastardos del turno de tarde están a punto de salir y no pienso enseñarles mi párpado vacío. A mi izquierda hay varias cajas de cartón apiladas. Las tanteo por si alguna me pudiera servir para el apartamento, pero están chorreando y huelen a vísceras. Al otro lado, una moto negra y reluciente, no sé cómo han podido aparcarla entre tanta mugre, o tal vez la

moto estaba aquí antes que las cajas y que los sacos desparramados, antes incluso que la verdura podrida o el olor a vinagre.

Tras la mampara aparecen las sombras del turno anterior. Siempre me incorporo los viernes, esta noche hace demasiado calor para el mes de mayo, intento concentrarme en el humo que sale de mi boca, tengo que pensar de qué manera voy a cumplir mi juramento, pero una presión en la pierna me distrae; de entre las cajas ha salido un dálmata, lleva algo en el hocico y lo estruja contra mi pierna. Es una paloma.

Se me escapa un grito.

La dueña llama al perro desde la esquina, él aguanta parado frente a mí con la paloma entre los dientes. A la tercera llamada, el perro suelta la presa y va corriendo al encuentro con la mujer.

Yo alejo la paloma de un puntapié y sigo dando caladas al cigarro.

Si te asustas por tan poca cosa, prepárate para tu padre.

Suenan seis pitidos. Código correcto. La puerta se abre y el rebaño empieza a salir. Primero huyen las madres, con prisa por regresar al nido. A la más gorda se le escapa una risotada entre los carrillos, seguro que la del bigote va contándole alguna mentira. Detrás salen los de mi edad, los *hipsters*, como ellos se hacen llamar, cada uno concentrado en la pantalla de su móvil, sólo desvían la atención un momento para esquivar el cuerpo de la paloma. Sus conversaciones se cruzan en mis oídos, siempre las mismas, yo voy al metro, ¿vienes? Déjalo, me voy andando, que he quedado aquí cerca. El cachitas y la tonta de las medias verdes se acercan a la moto esperando que me aparte para subir con más comodidad. No lo haré. Los oigo murmurar, déjala, pobre amargada. Suben a la moto y los reproches se pierden con el rugido del arranque, el humo del tubo de escape me calienta la pierna derecha, hace que la tela del chándal me acaricie los tobillos. El colombiano me saluda levantando las cejas cuando sabe que nadie lo ve y continúa calle abajo. Todos se mueven a mi alrededor dándome la espalda, sacan sus cigarros, charlan, ¿tienes fuego?, se preguntan los unos a los otros. Yo tengo mucho fuego. Seguid, seguid enseñándome vuestra espalda, cruzad con la cabeza gacha, no miréis a la tuerta, que da mala suerte, ya os mira ella a vosotros, aunque para mí tampoco sois nada: la gorda, el cachitas, los *hipsters*, la tonta de las medias verdes, el colombiano. Nada.

Ernesto –así le llaman los demás– sale el último, con su pelo blanco y la panza oprimiéndole los botones de la camisa. No puedo evitar acordarme de

ti, padre. Muchas veces fantaseo con cómo serás después de tantos años, y aunque me esfuerzo en imaginarte, sólo te veo como eras entonces, cuando despellejábamos conejos en el corral; un puñetazo tuyo entre las orejas del bicho hacía crujir el cráneo como si fuera una nuez, luego un hilo de sangre formaba un charco en la tierra. Yo sujetaba las patas traseras mientras tú hacías cortes con el cuchillo sobre la piel del conejo y rápidamente lo desnudabas a fuerza de tirar del pellejo como si fuera un jersey.

Cuando levanto la vista, los del turno de tarde se han dispersado, veo la coronilla de Ernesto alejarse entre los montículos de basura.

Estoy sola en la calle. Son las once de la noche.

El sótano está en penumbra, hay un único punto de luz en la mesa donde Tariq y yo nos sentamos, justo al lado de la escalera que sube al *hall* de la entrada, los demás escritorios permanecen toda la noche a oscuras. La sala es rectangular, al fondo están el baño y el despacho de Silvia. Cuando llego a mi puesto, él ya está atendiendo una llamada. Lo primero que hago es descalzarme, fuera zapatillas y calcetines. Tariq me mira sonriente, teclea con los dedos morenos y dicta por el micrófono de los auriculares el horario de alguna oficina municipal. Viene sin afeitarse, como siempre que nos incorporamos después de unos días de descanso. Lanzo la talega junto al teclado y me dejo caer en la silla que hay junto a Tariq. Los dos nos sentamos de frente a la oscuridad, dando la espalda a la escalera que sube al recibidor; él siempre a mi derecha, así yo puedo verlo y él fantaseará con que tengo dos ojos.

Pasamos muchas horas bajo tierra. En este lugar no hay ventanas, es como trabajar dentro de un nicho. Lo llamamos el ataúd.

Marco mi código en el teclado del terminal y entra la primera llamada, le atiende Águeda Pacheco, ¿en qué puedo ayudarle? Por supuesto, un momento, por favor. Sí, mire, la boca de metro más próxima es Antón Martín, puede consultar la programación de este mes en la página web. A usted por su llamada. Los pitidos de nuestros terminales se superponen, casi se entrelazan, pasamos un par de horas atendiendo llamadas; Tariq explica cómo ir al zoo, es muy fácil, señora, puede ir en metro con la línea cinco o la diez y bajarse en Casa de Campo, o bien en autobús desde Príncipe Pío, el treinta y tres le deja en la puerta. Encantado de atenderla, buenas noches. Después de tantos años, podemos recitar la mayoría de los datos de memoria. A veces, mientras escucho las quejas de algún pesado, siento un montón de

uñas escarbando en mi barriga y me entran náuseas. En ese momento, dejo caer mi cabeza en el respaldo de la silla y miro al techo, un techo que no es sino el suelo de una ciudad llena de mugre por la que cuesta caminar. Me quedo escuchando al idiota que ha elegido la noche para hacer sus trámites, quizá no tiene otro momento, pero me da igual lo que me diga, sólo quiero que se calle antes de que yo vomite, por eso aprovecho una pequeña pausa en su discurso para soltarlo de carrerilla: debe rellenar el formulario, presentar el DNI, certificado de empadronamiento, permiso de circulación y abonar la tasa, de lunes a viernes de nueve a dos en la junta de distrito, buenas noches.

Y cuelgo.

Me arranco el auricular y lo tiro contra la mesa.

Necesito moverme, las náuseas y el dolor de los tobillos van aumentando según transcurre cada minuto de estas noches que paso aquí enterrada con Tariq. Pero me quedo quieta, con el bulto de mi panza entre las manos y mirando la madera podrida de las vigas del techo. Hace unos meses, cuando el ERE, decidieron pintarlas de azul: echar a ochenta personas y pintar las vigas, los zócalos y las esquinas de azul cobalto, y las paredes de un amarillo tan rancio que casi es mejor no verlo, quedarse a oscuras, como hacemos los vampiros. Así nos llama Silvia a los de horario nocturno. Silvia es la... ¿Cómo decirlo? Si ella se presentara diría que es la coordinadora, pero sólo es un tapón con ojos de mapache, la responsable de haber fulminado a todos esos parias que ya no trabajan aquí. Yo me libré por poco, y ahora ella no sabe qué inventarse para deshacerse de la tuerta. En el turno de noche ya sólo quedamos cuatro: Tariq y yo trabajamos siete días seguidos y libramos otros siete, en los que nos sustituyen dos chicas a las que nunca vemos. Hace semanas Tariq escuchó el rumor de que van a quitar el turno de noche y desde entonces no me deja tranquila: el bebé, Águeda, qué hacemos con el bebé si nos quedamos en paro. Y yo no suelo contestar. La gente grita en las calles, quieren aceras limpias y que alguien les dé un empleo. Yo tengo trabajo. Debería sentirme agraciada por que un aspirante a técnico de museo se haya fijado en esta cosa que soy, y tendría que luchar por lo que llevo en el vientre. Pero todo eso me da igual. En mi cabeza está mi padre.

Tariq saca esa tortilla de patata de la que se siente tan orgulloso. Se la come en el *tupper* cortándola en trozos muy pequeños, como si fuera para un niño. A veces me ofrece el tenedor con un pedazo de tortilla en la punta, pero yo siempre lo rechazo, y él siempre se lo lleva a la boca con una sonrisa y continúa masticando y leyendo sus apuntes de museología. Cuando se cansa

del silencio, empieza a hablar de todas esas cosas que sus padres han comprado para el bebé y de las ganas que tienen de regresar a Madrid para conocerme. Están intrigados por cómo será la madre de su nieto, dice Tariq; mejor que no lo sepan, le digo yo a él, y entonces se le ponen los ojos que casi le chocan contra los cristales de las gafas y no para de rascarse la barba y dice que no me valoro, que soy muy guapa con mi pelo ardiente y mi tez blanquita, aunque lo cierto es que es más bien amarillenta. ¿Y el ojo, Tariq? ¿Qué me dices del ojo? Y él arruga la nariz y se toca las gafas, me dice que no empiece con eso otra vez, que me quiera un poco más.

Tú lo ves muy fácil, morito.

Cuando viene con esa cantinela, soy incapaz de rebatirle o contestar algo que tenga sentido para él, y hasta me da por llorar. En cuanto noto el nudo en la garganta, me levanto de la silla y voy directa al fondo de la sala, el otro extremo de nuestro ataúd, donde Tariq no puede ver la debilidad ni las lágrimas. Arrastro los pies por la penumbra, fumo un cigarrillo con la cara mojada, el llanto siempre me pone de mal humor, me dan asco los lloricas. Tariq levanta la cabeza con la boca llena, me busca en la oscuridad. La luz naranja del cigarro le dice dónde estoy, y él vuelve a bajar los ojos a sus apuntes y sigue comiendo.

Qué buen padre, Tariq, seguro que serás el más atento y cariñoso de todos. Lástima que no entiendas que yo no soy tu hija, estás demasiado ocupado en que yo deje de fumar, no es bueno para el bebé, dices. Siempre lo llamas así: *el bebé*. Sabes que yo jamás digo esa palabra, no al menos en voz alta. Me repugna tanta ñoñería.

–Mi madre nos ha comprado una cuna –dice arrugando la nariz.

Aún no estoy en condiciones de hablarte, morito. Déjame sollozar un poco más.

Lo escucho cerrar el *tupper*, remueve sus papeles sobre la mesa. De vez en cuando levanta la mirada hacia el punto de luz naranja de mi cigarro, luego se sube las gafas con el dedo índice, frunce la nariz y sisea la lección como si no le importara mi respuesta. Ni estudiando eres capaz de callarte.

Con la vista en la lectura, me sigue contando lo que nos ha comprado su madre: la bañera, la ropita (también me repugna decir *ropita*), los patucos, los mil trastos imprescindibles a partir de ahora, nada rosa ni azul para que no haya problemas cuando nazca.

Insiste en lo de la cuna.

¿Quién ha pedido una cuna? Yo no he pedido nada a nadie. A Tariq los

ojos se le hacen muy pequeños detrás de los cristales y vuelve a arrugar la nariz esperando respuesta. Siempre ese gesto estúpido. Después levanta los brazos hacia la negrura, pero el punto naranja del cigarro ya no existe. Me ha perdido, y aun así le habla a la oscuridad:

–No va a dormir en el suelo, tendrá que dormir en una cuna, qué sé yo, tampoco es ningún disparate, Águeda.

Vuelvo a la mesa despacio.

Él tamborilea con los dedos sobre los apuntes, esperando una respuesta.

Me siento de cara al ordenador como si tuviera mucho trabajo, y no digo nada, sólo apago el cigarro en la taza de Silvia. Es una taza rosa con un retrato de Audrey Hepburn y la frase *Utterly divine, darling* escrita debajo en letras cursis; al principio, Tariq se enfadaba conmigo por usar la taza de nuestra jefa como cenicero, pero desde hace meses se limita a fregarla y devolverla a la mesa del despacho antes de que aparezca Silvia.

Tariq sigue esperando, recorriéndome con esos ojillos pequeños y negros, levanta la punta del zapato y la deja caer, repite el gesto como el segundero de un reloj; cuando hace eso me gustaría romperle la taza en los dientes, y sabe que puedo hacerlo. Lo sabe desde que marqué el dorso de su mano izquierda; con el tiempo la cicatriz, ese bulto de carne entre el dedo gordo y el índice, se le hizo familiar, y hasta dice que le gusta, supongo que para restarle importancia al hecho de que yo le apagara un cigarro en la mano el día que me preñó. Él cree que aquello fue un arrebató. No me conoces, morito, no sabes hasta dónde puedo hundirme.

Por fin dejas de dar golpes con el pie sobre el suelo. Lanzas tu habitual resoplido de indignación, cierras el *tupper* y te vas al baño a fregar los cacharros como buen amo de casa. Que queden relucientes, morito, como a ti te gusta.

Antes de ir al lavabo me preguntas si quiero que te lleves la taza de Silvia ya.

No, no quiero.

Esta vez eres tú el que desaparece por el pasillo rozando con el tenedor las esquinas de los escritorios, oigo tus zapatos cada vez más lejos, hasta que una línea de luz amarilla me dice que ya estás en el baño dispuesto a hacer tu labor y luego a afeitarte como cada viernes a las cuatro de la mañana. Mira que eres predecible.

Escucho los cubiertos removidos por las manos de Tariq entre el agua del lavabo.

Otro cigarro para apaciguar mis dolores. La barriga sigue con su revoltijo. Froto los pies descalzos contra el suelo y eso me alivia un segundo, pero después me duelen y me pican más.

Las noches en las que está dispuesto a soportarme, el morito recoge mis calcetines del suelo y hace con ellos una especie de marioneta. A veces me la pongo en la mano, se mueve, me saluda con mis propios dedos, y eso me hace sentirme acompañada. Nunca se lo he dicho, pero me encanta cuando lo hace, por eso tiro los calcetines bajo su silla al llegar.

Hay noches que ni me entero de que Tariq está en el ataúd. Otras se cansa pronto de estudiar sus apuntes y vuelve a la carga con la organización de nuestra futura vida familiar, dónde y cómo viviremos, hay que pensarlo, Águeda, hay que pensarlo, porque mis padres dicen que podemos irnos los primeros meses a vivir con ellos a Galapagar, que en el chalet hay sitio de sobra para todos, porque ese pisucho en el que vives, lo de las cajas de cartón, en fin, Águeda, tú sabes que eso no. Y él no se da cuenta de que yo estoy concentrada en mis molestias. Los pies. La barriga. La cabeza. Soy una cuerda con tres nudos que me aprietan la carne a rabiar. A medida que avanza el embarazo, sobre todo ahora que ya faltan pocos días, tengo la sensación de que mi piel va a reventar, y siento que voy a romperlo todo, Tariq, pero no te rindes, continúas con tus monsergas y me reclamas ¿cómo es esa palabra que dices? ¿*Feed-back*?

Pero yo no contesto. Y tú dices que pienso mucho, que estoy toda la noche pensando. La gente siempre cree que si hablas poco es porque piensas mucho, y no, por lo menos yo no soy así, nunca me ha gustado pensar, siempre me acabo acordando de mi padre y al final me duele la cabeza.

La máquina de afeitar ya está encendida. Ese zumbido metálico arrastra un ruido en forma de erre que se propaga sobre los escritorios y los monitores hasta clavarse en mi sien, el runrún de la afeitadora me desquicia, me llena el párpado de un picor rabioso, y sólo puedo rascármelo hasta poner la piel roja de tanto escozor.

Suena un pitido. Luz roja. Llamada entrante.

–Buenas noches, le atiende Águeda Pacheco, ¿en qué puedo ayudarle?

Silencio.

Luego un carraspeo como de tierra.

Habla. Hazlo. ¿Qué quieres ahora?

Su tos pedregosa me rasga el oído.

No habla, sólo bufa de vez en cuando en el auricular como un mulo

cansado.

Cuelgo el teléfono.

La política de empresa nos prohíbe colgar a un ciudadano. Esta vez no se trataba de un ciudadano.

Me levanto de la silla. El estómago se voltea, la cabeza me aprisiona, siento que voy a caer, arrastro las uñas desde la frente hasta el pómulo repetidas veces, me agarro el pelo, lo alboroto hasta cubrirme la cara con él, la boca como si me la hubieran llenado de tierra; lo mejor será ir por un refresco de la máquina, algo que me despegue la lengua del paladar. Consigo subir el primer peldaño, noto el frescor de la madera en la planta del pie. Me agarro a la barandilla. Tengo que subir, pero la panza no quiere.

¿Así piensas liquidar a tu padre? Eres un fardo de carne inútil. No importa cuánto te alejes, él nunca te dejará tranquila. Esa tos de caverna al otro lado del auricular te devuelve a los días de la niñez, al vestido blanco con los bajos llenos de lodo y la sangre reseca sobre el corpiño; los días feroces en los que la niña pasó a ser un cíclope.

–¿Estás bien? Si quieres te traigo algo de la máquina.

Tariq ha vuelto del lavabo. Coge mi brazo para llevarme de nuevo a la mesa, pero yo cierro los dedos de la otra mano sobre la barandilla.

Me cuesta recomponerme, intento ganar tiempo echando un ojo a su vestimenta: el pantalón de pinzas beis y la camisa azul marino le dan un aire de profesor de secundaria. Se ha vuelto a dejar la perilla aunque sabe que la odio, el pobre disfruta de esa pequeña rebeldía.

Tengo ganas de llorar otra vez.

–Algo sin gas. ¿Un zumo? ¿Agua?

–No.

–Bueno, te traigo lo que tú quieras, tengo muchas monedas sueltas.

–No quiero nada.

Recobro la suficiente energía para volver a mi puesto. Él viene detrás, vigilando mis pasos como si me fuera a caer.

Yo me siento. Él permanece en pie. Me mira desde sus gafas de empujón, se las sube de un golpe con el dedo índice, luego apoya la mano en mi escritorio, casi junto al teclado del ordenador, dejando bien a la vista la cicatriz. En cada rincón siento a mi padre, su lengua negra, la sonrisa fosca y mellada, sus manos cubiertas de pelo. ¿Cómo estará la casa? ¿Seguirás solo?

–Tengo una cosa para ti –dice Tariq sonriente mientras agarra una silla y viene a sentarse muy cerca, formando una uve con sus piernas en torno a mí.

Le tiemblan las manos.

Del bolsillo del pantalón saca una cajita de color negro.

No es momento para estas cosas, morito.

Él me coge la mano y sonrío. Me suelto. La vuelve a agarrar.

Aparta la taza de Silvia y coloca la cajita frente al teclado de mi ordenador.

Los dos permanecemos quietos, en silencio. Miramos la caja sin atrevernos a tocarla, yo al menos no tengo ningún interés. No me gusta este juego.

–Venga, no seas así, es un regalo –me toca el brazo, y poco a poco lleva su mano hacia mi cabeza.

–No me toques el pelo.

Desvío la mirada hacia lo oscuro. Sobre los monitores veo ahora los ojos de mi padre, está sentado en cada uno de los escritorios, la imagen del Morueco se multiplica hasta perderse en la oscuridad de la sala. Por un instante creo escuchar el gruñido de su resuello.

Tariq sigue aquí, recorriéndome con sus ojillos negros, esperando siempre. No puedo mirarte ahora, morito. Este diminutivo que uso para referirme a ti nunca lo diría en voz alta, nunca sabrás que te llamo así, te encantaría, pero nunca lo escucharás de mi boca. Nunca.

La taza de Silvia despide un hedor a ceniza mojada que corrompe todo el ataúd.

–Tengo que fumar.

Intento huir otra vez, pero él me agarra de la manga del chándal y ríe con esa risa estúpida que llena sus ojillos de empollón.

Acaba por abrir la caja él mismo, muy despacio, como si necesitara asegurarse de lo que hay en el interior. Yo miro a mi padre, presente ahora en el reflejo del monitor, siniestro, desdentado. Maldita tu lengua negra, tus manos negras, tu boca y tu alma negra. Maldito.

Cuando vuelvo a bajar la mirada, me topo con el regalo abierto frente a mí. Tariq sonrío orgulloso. Dentro de la caja, entre pliegues de terciopelo púrpura, hay un ojo de cristal. Una prótesis, como dicen los oftalmólogos, esos tipos que anhelan venderte un ojo de plástico para que al menos no parezcas un monstruo asustado mientras recorres las calles de la ciudad al amanecer, buscando refugio siempre en El Brillante donde, cada mañana, miras desde la cristalera del bar cómo el sol trepa sobre la estación de Atocha y ciega tu único ojo, y entonces ese cíclope, ese monstruo que eres no ve

nada, sólo escucha el roce de las tazas y las cucharillas contra la barra, el murmullo de los madrugadores mezclado con el ruido de cláxones y motores que entra desde la calle. Y deseo que sean las siete para que Tariq se ofrezca a acompañarme a mi casa y yo pueda decirle que no, y así poder irme a El Brillante a dejar que el sol de la mañana me ciegue un día más.

Pero aún estamos en el ataúd. Él espera mi reacción tamborileando con los dedos muy cerca de la prótesis. Tiene algo pegado en la punta de la nariz que no me deja pensar.

–No sé...

–¿El qué no sabes? Es un regalo. ¿No te gusta? Es de color verde, como tu... Bueno, pensé que lo tuyo es que fuera verde, ¿no crees?

–No sé.

–¿Qué no sabes? Di algo.

Tariq quiere decirme que es para que esté más guapa, o tal vez, y esto es lo más acertado, para evitar que la gente aparte la mirada al pasar junto a mí. Para no dar miedo.

–Tienes un moco.

Él arruga la nariz, se la sacude con los nudillos y luego termina limpiándose con su pañuelo de tela. Pretendías que la pobre tuerta cayera agradecida en tus brazos de estudiante aplicado, ¿verdad que sí, morito? Vaya chasco. Sé que necesitas algo de tregua y yo te la concedo a mi manera. Formo con las manos una muralla en torno a la cajita y miro ese ojo mate incrustado en el terciopelo púrpura que me recuerda la sangre y el polvo, los alaridos, el entierro de madre, mi vestido de primera comunión.

Saco la prótesis de la caja con ambas manos. Luego la manejo con la derecha, y con dos dedos la pongo bajo la bombilla. Sólo es un disfraz.

–Voy al servicio.

Aprieto el ojo de cristal en mi puño, con la otra mano recojo los cigarrillos, la barriga me pesa como hormigón al intentar levantarme. Tariq da un respingo, me agarra del codo, yo doy un tirón y desaparezco en la oscuridad con los pies a rastras, esperando el acecho de mi padre en la negrura.

El suelo del baño está frío. Sobre el lavabo hay restos de la barba de Tariq, pelillos negros salpicados en la porcelana. La máquina de afeitar junto al grifo, aún conectada a la corriente. Un poco más arriba, el espejo. Procuero no mirarme demasiado, no me gusta, de hecho hace tiempo que tiré el único que había en mi apartamento. No es que huya de los espejos, o puede que sí,

será por eso que voy siempre tan despeinada. La gente odia que no me peine, a Silvia le molesta especialmente por la imagen del *call-center*, pero no creo que a los cuatro trastornados que llaman de madrugada les importe que esa voz que les atiende sea tuerta o no se peine, porque la imagen de la que hablas, Silvia, sólo existe como una turbia fantasía nocturna, y es diferente para cada tarado que llama.

Dejo el paquete de cigarrillos junto a la afeitadora y me concentro en el puño; se abre despacio, los dedos ceden muy lentamente hasta que en la palma aparece la pupila verduzca.

Para acercarme al espejo tengo que poner toda la barriga sobre el lavabo. En el cristal veo cómo sufre esa pelirroja frente a mí, quiere ponerse la careta pero no se atreve, piensa en su padre, el Morueco. Si él te viera con eso en la mano... Qué puede arreglar un ojo postizo, tuerta. Eres una cobarde incapaz de aceptar tu condición. Acaba con él, sólo es un viejo sátiro, no temas sus zarpas, ni su aliento a vino negro, ni siquiera la boca mellada con la que te daba órdenes. ¿Te estás viendo? Un ojo en la mano para disfrazarte de princesita, qué ridícula eres, al final acabarás poniéndotelo. Revísalo bien, es de mentira. Tú no tienes más que un ojo. Lo que no comprendes es que a Tariq no le repugne la tuerta como a los demás.

A pesar de todo, te abres el párpado. La carne arrugada de los pliegues cede dejando al descubierto una cuenca rosa y palpitante. Te pones el disfraz y los párpados se cierran. Un frescor eléctrico te corre por la cabeza; ha sido como meterse una moneda de dos euros en el ojo.

Esto es lo que quieres, ¿jugar al carnaval? Aprieta bien los párpados, hasta que notes cómo la prótesis, sin terminar de acomodarse en tu cuerpo, se calienta al contacto con la carne. No abras nunca los párpados.

Desde el espejo me observa un ser extraño. El iris postizo es verde oscuro, casi negruzco, no verde amarillento como el de mi ojo real.

Abro y cierro los párpados muy rápido, la imagen del espejo se vuelve intermitente, escucho los aleteos de mis pestañas, me veo como el pase frenético de una diapositiva, la imagen de una pelirroja despeinada y a punto de parir.

¿De verdad esperabas un milagro? No hay nada que hacer con ese disfraz. Nada. Sólo has conseguido cubrirte la cara de pelo otra vez, te sigues escondiendo.

El tono de una llamada entrante resuena por el pasillo hasta colarse en el

baño. Tariq atiende. El frío de los pies se está filtrando por la espalda. Saco el mechero, la piedra arranca un chasquido y el fuego aparece. Vuelvo a fumar, esta vez sin tragar el humo, liberándolo a grandes soplos, viendo cómo resbala sobre el espejo y oculta la imagen del maniquí despeinado.

Sobre el lavabo, la afeitadora. Es muy parecida al esquilador que usaba mi padre. Por aquellos años me aterraba oír los chirridos de esa especie de tijeras malignas que gruñían al comerse el pelo de la mula mientras yo me arrinconaba en la cuadra, sentada sobre los talones. Robabas a los bichos el disfraz de nacimiento, su única protección frente al mundo. Y yo tenía la seguridad de que la mula y las ovejas aguantaban, incapaces de quejarse delante de ti, porque tú decías que no hay lugar para las lamentaciones o el llanto. Sólo aguantar.

Una arcada me remueve el estómago, pero la náusea sube vacía por la garganta y se queda en un berrido que me hace escupir el cigarro en el lavabo.

Toco los filos de la afeitadora con las yemas de los dedos. Luego el botón rojo. Lo acaricio con el pulgar unos segundos, con movimientos circulares alrededor, hasta que me decido a apretarlo. El ronroneo metálico rebota por los azulejos y se extiende a través de las paredes de mi cabeza. Acercó la máquina, me la pongo muy cerca de la frente, dispuesta a arrasar todo este pelo.

—Águeda, tu móvil.

Tariq alza la voz desde su escritorio.

La máquina de afeitar ruge cerca de mi pelo. Sigo oyendo el ring-ring de mi teléfono. Apago la afeitadora y la tiro en el lavabo, junto al cigarro y a los pelillos de la barba de Tariq.

De momento te has librado, pero esto no acaba aquí.

Rápidamente me quito la prótesis; sólo tengo que estirar el párpado inferior hacia abajo y sale con facilidad.

Vuelvo a ser yo.

Regreso a nuestra mesa lo más rápido que mi cuerpo me permite.

La pantalla del móvil refleja una llamada perdida.

—¿Quién te llama a estas horas? —lo dice buscando sin disimulo en mi cara.

Abro la palma de la mano para que vea dónde está su regalo.

Frunce el ceño y se sube las gafas.

—¿Quién era? —insiste.

Yo observo la pantalla del teléfono. Es un número que no aparece en mi agenda, cosa que tampoco es muy difícil. Me cuesta pensar. Tariq golpea la mesa con los nudillos. No quiero mirarte, morito. Ahora no.

–No sé.

–No sabes –ríe al decirlo, irónico–. Nunca sabes.

–Mi padre a lo mejor.

–¿Tu padre? Cómo tu padre, no entiendo –dice con la nariz arrugada.

Se quita los auriculares, los tira en la mesa y cruza los brazos sobre el pecho, esperando una aclaración. No sé por qué le he dicho eso. No sé quién llama realmente ni qué estoy haciendo. No sé nada. Me duele todo.

–Es un decir, yo qué sé. Se habrán equivocado y ya está.

Un golpe sobre nosotros, en la planta de arriba. Después seis pitidos. Código correcto.

Los dos miramos la taza llena de colillas.

–Escóndela –dice él.

–No.

–Dámela –se levanta e intenta cogerla.

Me pongo en medio.

–No. No quiero.

Silvia llega antes de lo normal. Maldita mapache. Da los buenos días y baja la escalera hablando del tráfico y de la porquería que cubre las calles, como si no quisiera sorprendernos durmiendo. Desde el último escalón repara en su taza. Unos segundos de silencio. Luego se quita la chaqueta y recorre toda la sala golpeando los interruptores hasta que el ataúd se llena de luces.

A Tariq le chispean gotas de sudor en la frente. Me mira con la boca descolgada. De pronto comienza a hablar, le recuerda a Silvia la reunión del lunes, por si puede adelantarnos algo, pero ella saca media sonrisa: de eso ya hablaremos, le suelta vengativa, como si él tuviera la culpa de que yo fume en su taza. Tariq sigue hablando sin parar, disculpándose, arrastrándose por mí. La sigue a su despacho. Ahora ya no sé lo que dicen, prefiero no escuchar.

Reviso el historial de la centralita para buscar el número que llamó hace rato y lo comparo con la llamada perdida del móvil.

Es el mismo.

Ellos siguen hablando, más bien es Tariq el que habla, veo su figura encorvada por la cristalera del despacho de Silvia, casi reclinándose ante ella.

Aún falta media hora para que acabe mi turno.

Me largo sin despedirme. Ninguno de los dos me ve salir.

Fuera está amaneciendo. La calle huele a vinagre y a plástico quemado.

Unos metros antes de llegar a la esquina, entre cartones de leche y yogures vacíos, topo con el cuerpo desnudo de la paloma, que únicamente conserva plumas en la cabeza. Toco el buche con la suela de mi zapatilla. Me da asco y a la vez placer apretar el cuerpo muerto contra la acera. Vuelven a mi mente el arrullo de los palomos sobre el tejado del corral, el aire con olor a sangre y la voz del Morueco retumbando en las paredes del establo.

Levanto el pie de la paloma. La carne del buche se infla de nuevo.

Debo irme a casa y preparar el viaje antes de que Tariq aparezca.

En algunos tramos de la acera las montañas de basura me cierran el paso y tengo que caminar por el centro de la calle. Aprieto el ojo con una mano, en la otra llevo el móvil, listo para hacer esa llamada después de tanto tiempo. Por fin vamos a saldar cuentas, padre. Cogeré el primer autobús que salga para Pedregal y acabaré contigo. Tú sabes que puedo hacerlo, lo sabes muy bien. Soy yo la que no sabe qué quieres, por qué me molestas, si te vas a morir o estás inválido y necesitas que yo te limpie el culo.

Me conoces. No te ayudaré.

Detrás de mí pita un claxon. Para no ser atropellada, tengo que arrinconarme contra un contenedor de papel recién quemado que sólo conserva el esqueleto en forma de jaula y un montón de plástico derretido en la base. Me quedo disfrutando de ese olor hasta que una repentina ventolera que llega entre la basura levanta una nube de ceniza que tiñe toda la calle con un polvo grisáceo. Cierro el ojo para no cegarme, y toda esta ceniza se mete por mi nariz y mi boca y me hace toser y sentir la asfixia en los pulmones y recordar las palabras que siempre decía don Evelio en los entierros: «Recuerda, hombre, que polvo eres».

Tengo que darme prisa. Cuando la nube de ceniza se disuelve, bajo hasta Goya, luego cruzo Serrano y entro en los jardines de Colón. Los pies me pican más que nunca, hoy tendré que hacer una parada en el estanque para reconfortar los tobillos. El pelo, el chándal, las manos, toda yo cubierta por la capa de polvo.

Me siento en el borde del estanque. Al quitarme las zapatillas un chorro

de ceniza se escurre hacia el agua formando un pequeño montículo que al momento desaparece.

Necesito meter los pies en el agua ahora mismo, sólo serán unos segundos. Busco el regalo de Tariq en el bolsillo del chándal, lo aprieto en el puño sin llegar a sacarlo. ¿De qué me sirve un ojo falso? Es un ojo que no mira, un ojo para ser mirado.

–Un día de estos la van a multar.

Al otro lado del estanque, el anciano de cada mañana y su caniche. Por fin se ha atrevido a hablarme. No necesito mirarlo, oigo los ladridos del chuchó. Sé que me observan mientras remuevo los pies en el agua turbia.

El vientre se me descuelga entre los muslos, la cabeza del bebé presiona fuerte bajo el ombligo. Lo único que se me ocurre es enfundarme un calcetín en la mano y poner la prótesis en el centro, agarrada por los cinco dedos. Le muestro al anciano la marioneta cíclope. Aguanto con el brazo extendido mientras el caniche me ladra y me ladra y me ladra.

–Un día de estos llamo a la policía –escucho decir al anciano entre los ladridos.

Cuando levanto la cabeza, el viejo y su caniche ya están cruzando Serrano.

Devuelvo la prótesis al bolsillo. Me pongo las zapatillas con los pies húmedos y continúo hacia el cruce con Recoletos. En el otro calcetín, guardo el teléfono. Lo llevo sujeto por la punta como si fuera una honda. Debería responder a las llamadas.

Verde para peatones.

Entro en el pelotón que cruza el paseo de Recoletos, pies que van y vienen muy cerca de mí, me pisan, hombros que me empujan, o soy yo la que tropieza con ellos hasta tambalearme en mitad de la avenida.

El teléfono sigue sonando dentro del calcetín. Quizá lo más sensato sea hondear el trozo de tela sobre mi cabeza, darle unas cuantas vueltas hasta que tome suficiente brío y luego soltarlo, que vuele entre la gente y caiga cerca de un coche y una rueda termine por aplastarlo. Así podré olvidarme de ti otra vez.

Lo saco. La pantalla iluminada. Un número parpadea con insistencia. Mi vientre se acelera, la garganta áspera, me empieza faltar el aire y, sin saber bien qué estoy haciendo, pulso el botón verde.

–Diga.

Trato de concentrarme, pero sólo escucho una tos que me raspa el oído.

–Dígame –insisto.

Oigo su jadeo soplando en mi oreja.

–Si no vas a decir nada, para qué molestas.

Contengo la respiración.

–Jara... –habla por fin.

Todo se vuelve negro. Gritos, cláxones, motores, voces cruzadas, todo dentro de mi cerebro, arañándose, imágenes fugaces cortadas por la negrura, rostros pegados al cristal de un autobús, de nuevo negro, un trozo de cielo sin nubes y la estatua de Colón tambaleándose, copas de árboles estáticas, un bandazo de aire por detrás, el reflejo de mi cara en un retrovisor que se aleja hasta perderse por el asfalto, coches rozándose el vientre, más asfalto, ruedas, tubos de escape, negro, más negro, ahora sólo negro, y en medio de lo negro, las palabras rasgadas del Morueco:

–Ven, Jara. Tienes que venir ya.

Escupe alguna frase más que se pierde entre el rugido de los coches.

Maldito seas, padre. Maldito.

Los árboles del paseo se acercan a mí en cámara lenta. Silencio. Me estoy desplomando. Me desplomo. El suelo. El asfalto.

–¿Está usted bien? –me llega un olor a café rancio acompañado de esas palabras: «¿Está usted bien?».

Frente a mí, unas piernas de hombre en cuclillas. Más arriba reconozco el chaleco amarillo fluorescente y un escudo de policía borroso.

Detrás tengo los cuchicheos. Una mujer dice: «Casi la matan, los coches casi la matan, no se puede parar en mitad de la calle, oiga, no se puede». «Si es que estamos tontos con los móviles», dice otra voz más ronca, muy parecida a la de mi padre. Eso me hace despertar por completo. Jara, me ha llamado Jara. Hacía muchos años que nadie usaba esa palabra. Jara. Eres la Jara, porque tienes el pelo jaro, tienes el pelaje como los gorrinos jaros, me decía el Morueco con mi pelo apretado en su puño, llevándome a rastras por el corral. Algunas veces me encerraba en el establo con la mula y yo pasaba la noche agazapada en un serón. Otras veces me soltaba en mitad del patio y la boca se me llenaba de polvo al caer al suelo y en la nariz me entraba el olor de los higos podridos aplastados contra la tierra, y todo aquello, especialmente lo de dormir en la cuadra, no me disgustaba. Sólo el vino, el repugnante olor a vino que llegaba de su boca me hacía vomitar.

El policía en cuclillas me señala mientras le dice algo al que está de pie

junto a él, luego habla un momento por el transmisor que lleva enganchado al hombro. Se oye una interferencia, después una voz entrecortada.

Quiero hablar. No quiero que se ocupen de mí. Quiero ir a mi apartamento. No sé si esto último ha sonado en voz alta, lo he pensado, pero quizá no estoy hablando, no me escucho, sólo oigo las voces de los curiosos a mi alrededor: «Un calcetín, lleva un calcetín rojo puesto en la mano, está embarazada, qué lástima, algo le ha pasado en el ojo, fíjate en su ojo, no hables tan alto, que te va a oír».

El policía se levanta:

–No se mueva de aquí.

Paso la mano por el banco de piedra en el que me han sentado. Está frío.

La gente comienza a dispersarse y en pocos segundos me quedo sola mirando las siluetas borrosas de los policías. Cada vez más borrosas.

Al despertar veo que bajamos en coche patrulla por Santa María de la Cabeza. Delante van los dos policías. Yo en el asiento trasero, separada de ellos por una mampara transparente. Mi casa está cerca. Pienso en gritar.

El que conduce nota que he despertado.

–Vamos al Doce de Octubre –dice mirando por el espejo interior–. Para que le hagan un reconocimiento. Por cautela más que nada.

Me han atado con el cinturón de seguridad. Los brazos me pesan, desde la cintura hasta los pies no siento nada, no existo más allá de la barriga.

–¿Cuándo sale de cuentas?

Busco la prótesis por los bolsillos del chándal hasta encontrarla en el calcetín del teléfono, cubierta de pelusas rojas. La toco, la limpio, le doy vueltas entre los dedos. Es como un pequeño escudo blanco con una mancha verduzca en el centro. Me alivia no haberla perdido, aunque no entiendo por qué.

–Yo tengo dos niñas, ¿sabe?

Poco a poco siento los dedos de los pies, vuelve el picor a los tobillos y empiezo a estar menos mareada. Lo que ha pasado antes, mientras cruzaba la calle y ha sonado el teléfono, ha sido el primer aviso: mi padre quiere que vuelva, y su llamada, después de tantos años, casi nos mata al hijo de Tariq y a mí.

–Si quiere podemos avisar al padre.

Hace un gesto con los dedos meñique y pulgar, como si hablara por teléfono.

–Qué padre, ¿el mío?

Me mira como si no nos estuviéramos entendiendo.

–Ah, tenemos su teléfono –dice el copiloto–. Se le cayó cuando...
Cuando la encontramos.

–Démelo.

Me lo pasa a través de una pequeña bandeja que hay en la mampara, entre los asientos delanteros.

Intento imaginarte, padre, y sólo puedo ver aquella imagen del museo, cuando Tariq se empeñó en que le acompañara a una exposición de estatuas y cuadros. «Criaturas mitológicas». Bichos de la antigüedad, seres raros y monstruos, «personajes del acervo mitológico» los llama el morito, que entiende del tema y le gusta que se note. Yo me quedé mirando el bicho con cuerpo de hombre y patas de cabra, rodeado de mujeres, vino y caos, con la boca muy abierta. Y Tariq, al verme tan interesada: «Es el sátiro Sileno», y yo: «Es mi padre», y él se reía. La sala estaba llena de estatuas, cuadros de bichos, algunos con un solo ojo. Ese día aprendí que mi padre es un sátiro y yo soy un cíclope.

El coche frena en seco antes de una rotonda. Al fondo, a pocos metros, se ve ya el edificio alargado del hospital. Entre los coches pasan manifestantes con pancartas, sólo leo alguna palabra suelta: trabajo, convenio, basura, dignidad, vergüenza. Y los gritos de la gente: limpieza, huelga, trabajo, dignidad, otra vez la dignidad. Esparcen basura por la calle mientras otros policías intentan detenerlos.

Avanzamos despacio entre la muchedumbre.

Yo sigo dándole vueltas al ojo, a la prótesis, no sé muy bien cómo llamarlo. Debería ponerle un nombre. Me inclino hacia la mampara, abro el párpado con dos dedos y, con la ayuda de mi reflejo en el cristal, acoplo el ojo en la cuenca sin problemas. Los policías se miran. No todos los días alguien se pone un ojo delante de ellos.

El coche se detiene en la puerta de urgencias. Los dos bajan a la vez y se colocan junto a la puerta trasera por la que yo debo salir. El más alto abre, mientras el canijo me ofrece su mano. Yo me quedo quieta. Miro al frente.

–Hasta que no se quiten no me pienso mover.

El alto le hace un gesto al otro, ambos dan un paso atrás. Hincó los puños en el asiento, pero lo más que logro es arrastrarme hasta que mis pies tocan el suelo y me levanto muy despacio.

–Cuidado con la puerta –dice el canijo.

–Cuidado con la tuerta –le respondo.

Él levanta las cejas, que le tiran del resto de la cara hasta forzar una sonrisa estúpida.

Dentro del hospital, el policía alto camina junto a mí, el canijo va por delante, habla con el hombre del mostrador y, unos minutos después, aparece una enfermera escuálida con nariz ganchuda. Trae una silla de ruedas, me hace un gesto para que me siente.

–Puedo andar perfectamente.

Ella no reacciona, sólo llama al celador para que se lleve la silla.

–Por aquí, por favor –dice. Su voz es aguda, como de taquillera de multicines.

Los policías desaparecen. Ella me agarra del brazo, caminamos por corredores grises en los que apesta a azufre, hay camas ocupadas por pacientes hasta en los pasillos, nos movemos torpemente entre ellas. De vez en cuando miro a esos bultos de piel amarilla que yacen entre las sábanas con los brazos cubiertos de tubos y sondas, olvidados en un pasillo que más parece un cementerio de coches. Cada enfermo respira detrás de su mascarilla con la boca abierta, como queriendo elevar una súplica, pero no dicen nada. Los enfermos son de poca charla, padre. Como nosotros.

–Puede ir más rápido, no soy una inválida.

Subimos al ascensor.

–¿Le duele?

–¿Cómo?

–Digo que si le duele, como va tocándose el vientre.

–Me voy a ir a mi casa ahora mismo.

–Tenemos que ver antes si procede el ingreso. La voy a poner en monitores.

–¿En qué?

–¿Cuánto le queda para salir de cuentas?

–Hoy no pienso dar a luz.

–Necesito saberlo para ver si tenemos que ingresarla.

–Por lo menos hasta el lunes no me voy a poner de parto, no se preocupe.

La irritación está subiendo a sus ojos.

–Eso usted no puede saberlo.

–Tengo cosas que hacer el fin de semana.

–Relájese. Seguramente cuando salga de aquí ya lleve a su niño en

brazos.

Al llegar a la planta seis, hay un cartel azul frente al que nos detenemos: «Maternidad – Admisión».

Me suelta y pasa por un mostrador, coge un trozo de tela blanco que parece un camisón. Enseguida sale y va a cogerme de nuevo, pero yo me escabullo con un manotazo.

–Es aquí –dice señalando a una puerta frente a nosotras.

Llama con los nudillos, abre sin esperar respuesta y las dos entramos en una habitación que huele a sudor. En la cama del fondo hay una gitana cambiando el pañal a su niño. Tiene ocho personas alrededor, hablan a voces y bromean sobre el tamaño de los huevos del recién nacido. Se callan al verme entrar. Con una mano, la gitanilla alza los pies del niño para limpiarle mejor el culo. Al ver ese pedazo de carne rosada cabeza abajo, vuelve el recuerdo de las lecciones paternas; el conejo bien amarrado con una mano por las patas, la cabeza oscilando en dirección al suelo, y por último el puñetazo en la nuca. Así de fácil.

Me he sentado en la cama vacía, frente a los gitanos. Ese imberbe con el pelo de punta que está acariciando las mejillas de la parturienta debe de ser el padre del niño. No imagino a tanta gente a mi alrededor el día que yo dé a luz. Quizá la familia de Tariq.

La enfermera deja el camisón sobre la cama, luego me pone una pulsera y corre una cortina azul que parte en dos la habitación. Entonces, como si yo ya no estuviera aquí, vuelven las carcajadas de los gitanos.

–Póngase el camisón, por favor.

Espera a que lo haga delante de ella. Yo no me muevo.

–Tiene que ponerse el camisón –insiste seria.

Comienzo a desvestirme.

–La pulsera es para poner sus datos, ahora la rellenan abajo cuando le hagan los análisis. Enseguida viene a verla el doctor.

Antes de salir, la enfermera dice algo más que no escucho.

Me pongo el camisón. Tras la cortina azul, el movimiento de los gitanos, como sombras chinescas: «Esto es lo más grande que hay», dice una voz de hombre, y los demás ríen todos a la vez, y a mí tanta ñoñería me empalaga, me molesta esa estúpida felicidad al otro lado de la cortina.

No puedo quedarme aquí.

Al salir al pasillo huele a coliflor cocida. Los chirridos de un carro metálico repleto de bandejas anuncian a las parturientas la hora de llenar el

buche. Dejo atrás el carro de la comida y enfilo hacia el ascensor, que se abre al tiempo que la enfermera grita algo sobre los análisis. La pierdo de vista al cerrarse las puertas. Adiós a la voz de taquillera de multicines, ahí te quedas con tus análisis.

Varios pacientes, vestidos con pijamas azules y camisones blancos, fuman en la puerta del hospital. Respiro el suave humo de los cigarrillos mezclado con los olores de las papeleras, que rebosan colillas, bollería aplastada y latas de refresco.

Me pongo la chaqueta. He olvidado el pantalón arriba, pero ya no hay vuelta atrás.

El chillido de una ambulancia entrando en urgencias me ayuda a fugarme sin que nadie repare en mí. Poco después estoy en un pequeño parque donde tres niños juegan al fútbol con la cabeza de una muñeca. Han improvisado la portería con dos cartones de vino recogidos del alcorque de un árbol cercano y no paran de dar patadas a la cabeza de la muñeca, que rueda por el suelo levantando una pequeña nube de polvo. En uno de los lanzamientos, se desvía hasta mis pies; tiene un ojo abierto, la boca descolgada y rasguños por las mejillas. Ha perdido el carmín de los labios y sólo le quedan un par de mechones de pelo. Siempre me han gustado las muñecas. Durante mucho tiempo sólo tuve a Blancanieves, la marioneta de trapo que mi padre me compró en la feria del pueblo unos meses antes del entierro. Blancanieves era un jirón de tela rosa por el que podías meter la mano. Tenía tres aberturas donde colocar los dedos para dar vida a la cabeza y las manoplas de Blancanieves, esa vida que le faltaba al cuerpo de mi madre, abandonado en un camastro desde que tuviera la desgracia de traerme al mundo. Las pocas veces que ella hablaba decía recordar muy poco del parto; un chorro de sangre entre las piernas y luego ya todo negro. Nada más. Mi padre la encontró en el suelo, inconsciente, bajo los muslos tenía un pedazo de carne pringoso que no paraba de llorar. Algo así me contaron, aunque he repetido esta historia en mi mente tantas veces que muchos días estoy convencida de que me la he inventado yo. No puedo fiarme de mí, pero aún menos de mi padre. Él siempre me recordaba que yo había encerrado a la que me dio la vida, y como castigo debía ser su carcelera. Mi única misión ha sido siempre hacer daño. Llegué al mundo para condenar a mi madre. Algunas mañanas de invierno me sentaba en el pico del colchón sin decir nada. Ella me pedía con un movimiento de cabeza que me tumbara a su lado.

Yo lo hacía sin rechistar, pero odiaba todo aquello, la cama antigua, el olor avinagrado de la piel de mi madre, sus jadeos lastimeros; también me molestaba ese empeño en que yo le ayudara a posar en mi hombro el peso muerto de su brazo. Cuando entraba mi padre, abría la puerta del cuarto y encendía la tele para que ella pudiera verla desde la habitación. Ponía el volumen al máximo, las paredes se llenaban con las vocecillas de los anuncios y una nueva multitud reinaba en la casa. Yo me iba al corral en cuanto podía. Por suerte, en poco tiempo pudimos dar descanso a ese cuerpo desgraciado. No recuerdo cómo llegamos hasta la habitación aquella noche, la tele estaba encendida y la carta de ajuste era la única luz que le llegaba a mi madre. Yo estaba al pie de la cama, padre en el umbral de la puerta, su figura negra a contraluz quedó sostenida en mis dos ojos de entonces. Todo ocurrió muy lentamente, en absoluto silencio. Tan quietos, los tres formábamos un cuadro siniestro de los que tanto le gustan a Tariq. Mi fiel amiga Blancanieves cubría mi mano y le tocó el trabajo más difícil aquella noche. Aún respiro el tufo a vino que salía de la garganta de mi padre. Cuando terminamos, él quiso hacerle una fotografía para colgarla como recuerdo en el salón. La pobre Tránsito tenía en la foto la misma mueca de siempre: ojos como huevos cocidos, piel muy blanca y muy enferma de no ver jamás el sol. Quizá la boca más abierta que de costumbre, casi desencajada por tener dentro a Blancanieves.

Durante el duelo, la casa se llenó de mujeres enlutadas. Vinieron para despedirse de la Tránsito después de tantos años sin verla.

Meses antes del entierro, el Morueco empezó a traerme muñecas. Coleccioné montones, de todos los tipos y tamaños, unas vestidas de niña, otras de princesa, de doctora, de chulapa, de legionaria. Era divertido arrancarles el pelo, destrozar sus vestidos o sacarles un ojo con la punta de un cuchillo; de esa manera las sentía más sufridas, más guerreras. Me recordaban más a mí. Unas las colgaba por las paredes de la habitación, otras las escondía dentro de la cama de madre, luego Blancanieves y yo nos íbamos a dormir al establo. No nos gustaba ocupar aquella habitación y la casa no tenía más, preferíamos la estrechez del serón de esparto y el olor a cuadra. Después de que termináramos con madre, el Morueco anduvo un tiempo buscando a Blancanieves. Quiso quemarla, pero yo la protegía, siempre iba enfundada en mi mano; hablaba con ella, dormía con ella, la ponía en mi pecho y nos abrazábamos en la oscuridad. No necesitábamos a nadie más. Éramos ella y yo.

Padre siguió haciendo su vida en el Lagarto, el puticlub que hay junto a la laguna, así que sólo nos veíamos cuando aparecía por la casa para llevarse algo que necesitaba. No abría la boca más que para beber o soltar algún berrido que podía ser de fatiga, embriaguez o repugnancia. En silencio me enseñaba a matar y desollar conejos, pronto aprendí a hacerlo sin su ayuda. Lo veía esquilarse a la burra cuando llegaba el calor mientras yo recogía los higos. Alguna vez me arrastraba del pelo por la tierra, sin un porqué, y yo me defendía a patadas. Entre golpes, pellejos muertos y sangre nos entendíamos.

Luego vino la separación. Servicios sociales. Casas de acogida. He pasado muchos años comiendo soledad y silencio, una dulce soledad y un dulce silencio que me enseñaron a sobrevivir entre extraños.

El teléfono vuelve a vibrar en el bolsillo de mi chaqueta. Los tonos se agotan y aparece un mensaje en la pantalla: cinco llamadas perdidas de Tariq. Rápidamente busco el número de mi padre. Aprieto el móvil con las dos manos, me revuelve el estómago pensar en él otra vez, la barriga se altera, me rasga por dentro y una arcada sube por mi garganta. Siento un puñado de lagartijas arañándome el vientre, lo oprimo con una mano, la náusea me llega hasta el paladar y lanzo una bocanada de vómito delante de mis pies. Los niños del parque me piden la cabeza de la muñeca para seguir jugando. Le doy un fuerte puntapié, la cabeza vuela hacia los niños, impacta contra uno de los cartones de vino y lo derriba. Ellos ríen y me miran extrañados. Enseguida vuelven al juego, se olvidan de la embarazada en camisón y chaqueta de chándal que les ha devuelto la muñeca de una patada. Seguid, muchachos, no paréis de castigarla mientras quede un pelo en su cabeza.

En el registro de llamadas sólo aparecen las de Tariq. Marco el número de mi padre. Los tonos se espacian durante unos largos segundos, retumban dentro de mi oído, me dan ganas de quitarme este ojo de mentira, no vaya a ser que él note la farsa.

Descuelga.

No dice nada, escucho su bufido al otro lado de la línea.

Es mi turno. Siento que la presión del cielo va a aplastarme el cráneo. Me agarro el vientre por debajo del ombligo con más fuerza, las lagartijas no se calman, bullen por la panza, por el gástrico, suben hasta el paladar y son ellas las que me traen desde las tripas a la boca una solitaria palabra que suelto antes de colgar:

–Voy.

Límpiate, aún hay restos de vómito en tu boca, la lengua te sabe a vinagre y lo único que se te ocurre es fumar mientras caminas medio mareada por la acera de la avenida buscando un autobús que te acerque a Legazpi. En la cabeza el dolor de siempre, el mismo que te atenaza las rochas de los tobillos y te muerde en las entrañas. Ese dolor es él. Arráncalo de tu carne. Te pudres por dentro, sólo el humo recién tragado te consuela unos segundos hasta que el autobús ochenta y cinco irrumpie con un chirrido. Escupo la colilla, consumida hasta la esponja. Las puertas se abren. Subo y pico el billete buscando con la mirada un asiento vacío. El hedor de una mandarina infecta el autobús.

–¡Pacheco! ¡Pacheco!

El puño del conductor da golpes en la mampara que lo protege de los pasajeros. Miro sus nudillos ennegrecidos chocando contra el cristal. Es Jonás, un antiguo compañero que tuve en las prácticas de conducción de autobús.

–Qué pasa, ¿ya no saludas a los pobres? –su voz suena remota detrás de la mampara.

–Qué tal.

Él me revisa de pies a cabeza, yo dejo caer un mechón de pelo sobre la prótesis. Estás gordo, Jonás, mucho más gordo y más calvo que hace cinco años, pero con las mismas narices anchas y aplastadas. Siempre fuiste muy descarado, te gusta husmear a los demás con tu morro de cochino.

–¿Vienes del hospital? Enhorabuena, por cierto, no sabía nada –la sonrisa ensancha los orificios de su nariz al mirar mi vientre.

Frenamos en un semáforo en rojo. Pasan los segundos, unos segundos muy largos en los que no ocurre nada salvo que él espera un gracias o una sonrisa y eso no va a ocurrir. Los peatones cruzan delante del autobús. El olor a mandarina me hará vomitar, despistaré a las náuseas con más facilidad si puedo sentarme, pero vuelve Jonás:

–¿Ya no conduces, entonces?

–Me tiraron al poco tiempo. No apta.

Él mira por los retrovisores y asiente como quien ha recibido una mala

noticia.

–¿Por lo del ojo? –su voz tiembla al decirlo.

Volvemos al silencio. El autobús reanuda la marcha. Todavía quedan varias paradas hasta mi apartamento y no quiero tu pena, Jonás. Una señora me ofrece su asiento. Lo rechazo sin mirarla. No quiero vuestra sucia pena.

–Llevo unos años en el TAC.

–¿El qué?

–Teléfono de atención al ciudadano.

–Joder, muy bien –responde con alivio.

Jonás me conoce lo suficiente, sabe que no fingiré entusiasmo. Es inútil seguir con esto.

–Te veo guapa, Águeda –comenta mirando al coche de delante.

No se piropea a una tuerta, Jonás. Eres un gordo sin gracia, pero te envidio en parte; me hubiera gustado ser conductora, manejar un autobús como este, un búho a ser posible, ir aislada del resto por un cristal y recorrer Madrid toda la noche. Me gustaría ver qué cara pones si enciendo un pitillo aquí dentro, delante de la señora amable y de ese niño que nos apesta con su mandarina, la desgaja con torpeza sabedor de que nadie gritará: «¡No queremos oler esa mierda que comes!»

–Creo que perdí tu número de teléfono –dice Jonás–, si quieres te doy el mío y me das un toque para que se me grabe.

–Hasta luego.

Decido apearme dos paradas antes y callejear en dirección a mi apartamento. Al abrir la puerta, Tariq. Está fregando con el delantal rosa que me regaló y jamás he usado. Huele a esa colonia que aborrezco desde que estoy embarazada. No debí darle un juego de llaves de mi casa. Él se empeñó, los últimos meses de embarazo son peligrosos, decía, y tuve que ceder. Las otras opciones eran que él viniera a vivir aquí o yo a casa de sus padres, y eso sí que no.

–¿Estás bien?

–No hacía falta que fregaras.

–¿Qué te ha pasado?

–Nada.

–Pero... ¿vienes del hospital? ¿Está bien el bebé? Siéntate, cuéntame qué ha pasado.

–En cuanto me dé una ducha, salgo para el pueblo.

Tariq guiña los ojos muy rápido y empuja sus gafas hacia arriba, como

si no viera bien. En la mejilla lleva una gota de espuma que ha debido de saltarle mientras fregaba. Da vueltas por el salón mirando al suelo, con los brazos abiertos y sacudiendo la cabeza.

–Es que no te das cuenta de las cosas, Águeda, no te das cuenta.

Y tú eres un estorbo. Estás ridículo con esa gota de espuma en la mejilla.

Paso por delante de él hacia la cocina americana, le doy la espalda, necesitaré algo que me ayude a terminar con mi padre. El cuchillo grande. El del mango verdoso. Abro y cierro cajones. Tengo que encontrarlo.

–Pero adónde vas así –señala mi barriga con la palma de la mano abierta. Luego sale de nuevo al salón. Deambula. Se sienta. Vuelve a levantarse. El apartamento se le hace muy pequeño cuando está nervioso.

–Cógete la baja y te estás aquí tranquila. Luego das a luz y vamos los tres a ver a tu padre y todo lo que tú quieras.

–¿Qué hora es?

–La... La una y algo, creo. Pero Águeda, ven aquí, date cuenta...

–Has dormido poco, estarás cansado.

–Preocupado estoy. Te has ido sin decir nada esta mañana.

–Me voy sin decir nada casi siempre.

–Te he llamado cinco veces –vuelve a acercarse, se coloca al otro lado de la barra de la cocina–. ¿Qué buscas?

–Nada.

–Silvia quiere hablar contigo por lo de la taza.

–Lo que diga esa me da lo mismo.

–Es nuestra jefa.

–Me da lo mismo.

Tariq vuelve al salón.

Entre sartenes y tazones viejos aparece el mango verde del cuchillo. Lo empuño y me corto la pulsera del hospital. Tariq me mira con sus ojos de empollón:

–Podías usar unas tijeras para eso. Hay que avisar al hospital de que estás en casa.

–No hay que avisar a nadie de nada.

Él da media vuelta, no le gusto cuando me pongo así.

–Te he traído el bolso, te lo dejaste esta mañana –lo levanta del sillón con dos dedos y vuelve a soltarlo.

–Creo que a las tres sale un autobús a Pedregal desde Méndez Álvaro.

–Así no te vas, Águeda.

–Quítate eso de la cara.

–No te entiendo.

–Que tienes espuma. Límpiate.

Entro al baño y cierro la puerta con cerrojo. Lo oigo resoplar al otro lado.

–Tenemos que trabajar esta noche. Además el lunes es la reunión...

Enciendo el grifo de la ducha para que su voz no me moleste al menos unos minutos y me quito la chaqueta del chándal, el camisón del hospital, los calcetines rojos, la ropa interior. Por último retiro la prótesis y la coloco de nuevo dentro de la cuenca, varias veces, hasta que adquiero cierta destreza montando y desmontando mi ojo falso. Lo dejo sobre la caja de zapatos que uso como neceser. La voz de Tariq casi se ha perdido en el ruido del agua, a veces cuele en mis oídos alguna palabra suelta: cartones, salud, paternidad, Silvia, teléfono, hospital, tabaco, bebé. El chorro de agua caliente me pega en los párpados, baja por los pechos hasta el vientre, agitando al hijo que Tariq desea con tanta fuerza y que yo ahora sólo comprendo a través de sus patadas y sus vuelcos dentro de mí. Bajo el agua me siento ridícula. No podrás hacerlo, tu padre es fuerte y no le asustará un absurdo cuchillo de cocina con mango verde, qué idiotez, sólo pensar en ello es grotesco, querer matar a tu padre con un niño de ocho meses en la panza. Eres torpe, Águeda. Muy torpe. Olvídalo. No serás capaz.

Al salir de la ducha, busco en la caja de la ropa algo para vestirme. Encuentro un chándal limpio. Tariq está sentado en mi sillón, se muerde las puntas de los dedos como si estuviera descifrando un jeroglífico.

–¿Te parece normal? –dice.

Yo empiezo a vestirme, no tengo el cuerpo para sermones.

Él da levemente con la puntera de su zapato en la caja que uso como mesa.

–¿Tú ves esto normal?

Da otro punterazo a la caja, ahora más fuerte. El cenicero de cristal –mi único lujo– brinca de la caja al suelo, las colillas y la ceniza se esparcen por las baldosas mientras el cenicero rueda y rueda hasta detenerse contra la pared, intacto.

–Mi hija no va a vivir entre cajas de cartón –anuncia Tariq, incapaz de mirarme mientras me coloco el ojo de maniquí que él mismo me ha regalado.

Podría arrancarte las gafas y hacértelas tragar, moro. Podría hacerlo, no me conoces. Pero voy a guardar la ira para quien la merece. También podría

explicarte lo cómodas que son las cajas; si coges una y la pones boca abajo es una mesa, para dejar encima el móvil, el cenicero, el tabaco, hasta tus revistas de pirámides y momias, lo que quieras. Si le das la vuelta es un baúl o un armario, caben un montón de cosas dentro; si la caja es muy grande puedes meterte tú, yo lo hago muchas veces y es cuando más segura me siento. Además, las cajas pesan poco. Y son desechables. Si se rompe una, la tiras y coges otra de la basura, que ahora hay mucha en todos sitios, o de los montones de los centros comerciales, de donde sea. Nadie las quiere. Esa es otra cosa que me gusta de las cajas de cartón.

Estoy desnuda con el chándal en mis manos. El pelo mojado me gotea en la barriga. Tariq mira mi vientre, lo venera con esos ojos de cordero. Ahora pones tu cara de morito culpable. Sientes haber tirado el cenicero, lo sé. Pero no me lo digas. No te arrastres. Me vale con ver tu hocico tan cerca del suelo. Mientras haces penitencia me visto, envaino el cuchillo dentro de un calcetín sucio, luego recojo las llaves, el teléfono y otro chándal. Lo guardo todo en la talega. Él observa la ceniza esparcida por el suelo aferrado a los brazos del sillón. Me voy. Ni siquiera quiero despedirme. Al llegar a la puerta escucho un hilo de voz, como un sollozo:

–Déjame ir contigo por lo menos.

Cuando despierto, Tariq aprieta el volante como si lo quisiera ahogar, sus nudillos relucen tensos. Frente a nosotros, una gran recta de autovía flanqueada por barbechos y eriales en los que se clavan postes de madera raída que sujetan a duras penas el tendido eléctrico. Recuerdo topar –poco antes de dormirme– con otra manifestación de basureros en Delicias, cartones con la palabra «huelga» trazada con rotulador rojo, proclamas estúpidas desde un megáfono, la voz de Tariq pidiendo explicaciones sobre este repentino viaje al pueblo, sobre la visita al hospital, el comportamiento infantil de fumar en la taza de Silvia, nuestra vida de pareja, mi estado de salud, la proximidad del parto, y mientras en mi nariz la peste a carne putrefacta del Paseo de la Chopera, sobre todo en la puerta del Matadero, donde los piquetes han volcado un montón de vísceras sobre las que revolotean moscas azules y verdes.

El sol se cuele por mi ventanilla quemándome el lado derecho de la cara, a veces tengo que cerrar el ojo y acordarme de cerrar también el párpado izquierdo. Nos deslizamos por los cambios de rasante, el balanceo me aturde hasta pensar que todo es un mal sueño: que no es real la carretera ni este viejo

Volkswagen gris, que no es real Tariq ni el sol que nos cae encima mientras cruzamos este interminable pellejo áspero que es La Mancha, y menos real aún mi padre y su llamada de auxilio o de provocación. Quizá sólo es una trampa. La talega está entre mis pies, de vez en cuando junto las piernas hasta notar la rigidez del cuchillo envuelto en el calcetín. Tariq comenta el escaso tráfico: «Sábado a mediodía, pocos coches y ningún camión, llegaremos pronto a Pedregal, es lo bueno que tienen los pueblos manchegos, están cerca de Madrid, así podemos ver a tu padre y regresar esta misma noche para a las once cubrir nuestro turno». Él dialoga consigo mismo, se da la razón. Su presencia hoy lo empeora todo. Por suerte quedan muchas horas de sol, las tardes de mayo están siendo casi veraniegas, encontraré la forma de despistarte, morito, no vas a conseguir nada más de la tuerta. Me dejé embarazar por ti y ahora atravesamos juntos este secarral, pero no tienes ni idea de lo que me ocurre, y no te lo diré, ya sabes demasiado, cuando llegemos tendrás que huir como los pollos que mi padre decapitaba en el corral, un solo tajo en el pescuezo y la gallina salía disparada, corriendo sin rumbo entre aleteos torpes hasta que se desplomaba en la tierra. Mi corte debe ser así de eficaz.

–¡No hagas eso!

El grito de Tariq me asusta.

–¿El qué?

–Eso. Lo de darte con el dedo. Para ya.

–No me he dado cuenta.

–Bueno, pues yo sí –me habla sin quitar la vista de la carretera, apretando los dientes y frunciendo su nariz diminuta–. Si no lo quieres, te lo quitas y lo tiras.

–Sí lo quiero.

–Entonces no le des golpes.

–No le estaba dando golpes.

–Con el dedo –se da en el cristal de las gafas con la uña–, te ibas dando golpes con el dedo.

–No me he dado cuenta, perdona.

Él desvía los ojos al retrovisor externo, el mentón se le descuelga, y cuando eso ocurre significa que va a llorar. Lo miro, esperando que él me mire también. Así es como pido disculpas. Lo sabe. Por eso aguanta sin mirarme y sin llorar.

–La gente no se da golpes en el ojo –ha alzado el mentón de repente, su

voz suena con autoridad—. Ni aunque el ojo sea de mentira.

Eres un buen hombre, Tariq, no entiendo este empeño tuyo en seguirme a todos sitios. Detrás de esas gafas de empollón hay litros de lágrimas acumuladas y yo te las voy a ir sacando; soy así, diseñada para empeorar las cosas. En cambio tú eres bueno, y bastante tozudo. Me imagino a tus padres en su chalet de Galapagar, recién llegados de Estocolmo o de Dublín, hablando de sus cosas de gente intelectual, como profesores universitarios que son, bien te has encargado tú de recalcármelo: que tu *mamá* estudió en El Cairo y se enamoró de un atractivo profesor egipcio, y tres años después, cuando ibas a nacer tú, pensaron que mejor venir a España, el país de tu madre, donde el apuesto e inteligente *papá* conseguiría sin excesivos problemas una plaza de profesor asociado en la Universidad Complutense. Tú sigues la misma senda de tus padres, te encantan las estatuas, las exposiciones, esos cuadros con bichos de no sé qué mitología. Yo también sigo el camino de mi padre. Y ellos, tus instruidos y educados *papás*, insisten en conocer al cíclope de greñas rojizas. La vida de los monstruos sólo os interesa a los eruditos. Tienes suerte, Tariq, mi cuerpo es el museo de los horrores. Creo que por eso te gusto. La culpa es mía, no he sabido frenarte. En lugar de conducir hacia un pueblo perdido de La Mancha, deberías estar en tu escritorio preparando las oposiciones a técnico de museo, conservador, especialista en cosas muertas, o lo que sea que anhelas para sentirte *realizado*. Yo no quiero realizarme ni ser útil a nadie. Quiero que me dejéis tranquila. Me basta con mi piso en alquiler, amueblado con cajas de cartón, ese mobiliario que tú tanto odias y que a mí me parece el mejor posible: fácil de olvidar. Inestable y fugaz.

Pedregal está cerca. Abandonamos la autovía para coger la carretera nacional, y de esta cambiamos a una secundaria que nos llevará directamente al pueblo. El trazado se vuelve más estrecho y rugoso, el coche tiembla, yo tiemblo, las curvas —cada vez más frecuentes y cerradas— me sacuden unas veces contra la ventanilla, otras contra Tariq, aunque evito tocarlo. Ni un árbol en toda la llanura. De vez en cuando un remolino de aire levanta una brizna de polvo y menea los matojos amarillentos que bordean la carretera. El sol me calienta la frente, las gotas de sudor se acumulan en mis cejas, la garganta se me está secando y ya no puedo ni tragar saliva. Sí, estamos muy cerca.

–Tengo sed.

Lo he dicho en voz alta sin darme cuenta. Pocos minutos después avistamos una gasolinera de chapa con los postes oxidados. El único vehículo aparte del nuestro es una retroexcavadora naranja aparcada junto al bar.

Paramos.

Detrás de los surtidores hay una caseta de cemento, sin pintar. En la puerta, una pizarra con la lista de bocadillos.

–Voy a echar gasolina –dice Tariq.

–¿Quieres que conduzca yo desde aquí?

–No hace falta.

–Conozco el camino.

–Llevo el navegador.

–Debería conducir yo.

–Entra y ve pidiendo, vuelvo ahora mismo.

Cree que ha ganado esta discusión.

La caseta por dentro también es de cemento sin enlucir. Todas las mesas están vacías. En la barra hay tres hombres. Uno de ellos es un vendedor de cupones de la Once, los otros son el camarero y un grandullón con mono de trabajo y gorra azul. Los tres beben entre risas, claramente los otros dos se cachondean del vendedor de cupones. Me siento en la mesa del fondo, lejos de la barra. El camarero se acerca, lleva un palillo en la boca y su calva reluce de sudor.

–Dos cervezas y dos bocadillos. De jamón.

El camarero apunta, titubea.

–¿Cerveza sin alcohol?

–Cerveza normal.

–Vale –dice mirando mi vientre.

Da golpes en la libreta con el bolígrafo, pensativo.

–El jamón, no sé si sabe usted que las embarazadas...

–Tráigalos de jamón.

–Vale, vale.

Regresa al mostrador, charla de espaldas a mí con los otros dos hombres, me señala levantando el bolígrafo por encima de su hombro. Luego entra a la barra, saca dos latas de cerveza y unos bocadillos envueltos con plástico transparente y trae todo a la mesa. El de la gorra me mira un buen rato sin decir nada.

Tariq entra directo hacia la barra y paga lo que he pedido. Al llegar a la

mesa, su triunfalismo de hace un momento desaparece. Sé que las preguntas se le amontonan, no sabe por dónde empezar y por eso calla. Abre su bocadillo y saca las lonchas de jamón, las deja en el plato. Empieza a morder el pan. Mira las cervezas. Luego me mira a mí.

Al camarero:

–Una botella de agua, por favor.

Comemos en silencio. Tariq resopla, no para de negar con la cabeza.

–Podías haber pedido otra cosa –suelta por fin.

–Mira a ese.

–¿A quién? Te estoy hablando.

–El de los cupones. No es ciego.

Tariq masca el pan con los ojos muy abiertos. Se gira hacia la barra. El vendedor debe de tener unos treinta años; es rechoncho y torpe. El camarero y el hombre de la gorra le toman el pelo.

–Déjalo ya –contesta Tariq.

–Nos está mirando. Sabe que hablamos de él.

Le hago un gesto con la mano. El vendedor sonríe, se mueve entre las mesas como un tarugo hasta llegar a nosotros.

–Buenas. La suerte, la suerte –dice sobando los cupones con las yemas de los dedos. Un resto de baba le brilla en el labio inferior.

–¿Quieres jamón?

Le ofrezco las lonchas que Tariq no ha querido. Él ríe, se balancea de un pie a otro, mueve la cabeza como negando.

–Come –le digo.

Se pone serio. Mira el jamón, está deseando comérselo. Acaba cogiendo un puñado de lonchas que se lleva a la boca sonriente.

–¿Qué te pasa? –le pregunto.

Él sigue comiendo.

–Ciego no eres.

–Águeda...

–¿Eres sordo?

–Eh...

–Sordo tampoco.

–Vale ya, Águeda.

–Te falta un hervor, es eso, ¿no?

Aún tiene jamón en la boca. Sigue sobando los cupones, balanceándose mientras niega con torpes movimientos de cabeza.

–Si quieres dame los cupones y te los vendo yo a ti –estiro del párpado inferior hacia abajo, la prótesis cae en la palma de mi mano. Se la muestro. El vendedor grita. Se lanza hacia atrás, como si hubiera visto un monstruo, y topa con las sillas y las mesas, que arrastra por el piso hasta acabar cayendo al suelo.

Tariq mira con la boca abierta al vendedor, que sigue patas arriba. El camarero y el tipo de la gorra se acercan para levantarlo. No para de gimotear como una niña idiota.

–Arriba, Damián, venga –dice el de la gorra tomándolo por el brazo.

El camarero se ha puesto rojo y le suda la calva, supongo que del esfuerzo por levantar a Damián, que pesará como dos bueyes. Ahora acecha a Tariq sin ocultar su rabia.

–Largo de aquí –le dice al pobre morito.

Yo no puedo evitar la carcajada mientras enciendo el último cigarro de mi paquete.

El camino de tierra que conduce a Pedregal está flanqueado por dos hileras de troncos grisáceos roídos por la carcoma. Circulamos tan despacio que puedo oír el chascar de la grava contra los neumáticos, y caigo en la cuenta de que, con el problema de Damián, he olvidado comprar tabaco.

A pocos metros del camino hay un grupo de adosados a medio construir. La valla metálica que los protegía está tirada en el suelo, junto con un cartel en el que aún se lee: «Gran oportunidad». Por los huecos de puertas y ventanas sobresalen los matojos y las rodadoras. Un grajo picotea el cemento seco de la hormigonera. Luego está ese olor a cagarrutas de ganado que recibe a quien ose entrar en Pedregal de Salitre, todo igual de antiguo que la última vez, si cabe las tapias con más desconchones y algunos tejados cubiertos de broza amarilla o directamente agujereados, como después de un bombardeo.

Tariq acata malhumorado las indicaciones que le voy dando para llegar a casa de mi padre, seguramente busca la forma de reprenderme por lo que ha pasado en el bar de la gasolinera, pero decide –como ser *racional* que es– no pasar al ataque, y conducir el Volkswagen cada vez más despacio mientras cumple mis órdenes sin rechistar: izquierda, derecha, otra vez izquierda. Las calles de Pedregal siguen siendo anchas, casas bajas con los techos hundidos, y por todas partes pedruscos, pedernales sin brillo hincados en las viejas fachadas o brotando en mitad de la calle como muelas gigantes. Por las rajaduras del asfalto asoman las ortigas, el único ser vivo hasta el momento.

–¿Dónde está la gente? –pregunta Tariq toqueteando el navegador.

–Sigue recto.

Primero daremos un pequeño rodeo, morito, no tengas tanta prisa, necesito pensar en cómo hacerlo y luego reunir el arrojo para no temblar ante el Morueco. No es fácil. Erraremos por las calles agrietadas mientras pienso un poco. Sé que el silencio de estas peñas te acobarda, morito, suerte que por detrás de las tapias los ladridos de los perros empiezan a rellenar el aire, y tú resoplas aliviado.

Varias calles más adelante, encontramos una masa de color negro; una

anciana vestida de luto, apoltronada sobre la roca de la esquina. En la cabeza lleva un pañuelo negro del que escapan dos mechones blancos y está zurciendo un jersey ajena al ruido del coche. Nos detenemos frente a ella. Los pies rollizos le cuelgan cerca del suelo. Junto a la cesta con la labor, hay un zorro disecado. El bichejo tiene las patas de color negro incrustadas en un pedestal de roca pintado de un verde que simula vegetación. Su pelaje está amarillento, con pinta de haber pasado mucho tiempo a la intemperie. Por lo menos el taxidermista le dejó en el hocico un gesto burlón, como la mueca de una hiena.

–Petra.

La anciana no me mira, sigue moviendo las agujas entre el hilo rojo.

–Petra.

Tarda en alzar por fin la mirada, muy seria.

–¿Se acuerda de mí? –insisto.

Ella vuelve de nuevo a la costura. Su espalda descansa sobre la pared, incluso parece estar cómoda encima del peñasco.

–Vámonos –digo.

Petra empieza a hablarle a Tariq justo cuando ya íbamos a reanudar la marcha:

–¿Te gustan los toros?

–¿Qué dice? –me pregunta él en voz baja, luego mira a Petra–. Pues... Pues... Verá usted...

Petra lo interrumpe:

–A mi padre le gustan mucho. Le estoy haciendo un jersey púrpura para que vaya a los toros.

Tariq abre la boca, pero no sabe qué contestar. Mira a Petra, luego al zorro. Se sube las gafas con el guiño estúpido de siempre, ruega auxilio con los ojos, pero evito su mirada y me recreo en el vientre fofo de la anciana, descolgado sobre la falda negra.

–¿Marido o mancebo?

Petra zurce más rápido, casi nerviosa, sin mirarnos.

–¿Marido o mancebo? –repite más alto.

–Mancebo –respondo.

Deja de coser.

Nos miramos en silencio. Las arrugas de su piel me parecen lo más hermoso que he visto en décadas. Petra habla con el zorro:

–¿Tú qué dices, Régulo?

Tariq ha murmurado algo.

Petra tiene las dos agujas en su mano izquierda. Nos señala con ellas.

–¡Muérdeles! –grita.

Se queda esperando a que el zorro arranque sus patas de la base de piedra y venga por nosotros. Respira acelerada. Aprieta las agujas en su mano izquierda. La madeja de hilo púrpura se desliza, rebota en el borde de la cesta y va a parar junto al zorro.

–¡Muérdeles! –vuelve a decir Petra con un rugido desafinado, sin dejar de señalarnos.

Subo la ventanilla. El coche avanza de nuevo, muy despacio, dejamos atrás la figura de Petra, que se ha levantado del pedernal y toma al zorro bajo uno de sus brazos.

–Creo que me gustaba más sin gente –dice Tariq–. El pueblo.

–Te he entendido.

Recorremos unas cuantas calles en silencio.

Yo estoy cada vez más irritada, y lo va a pagar Tariq, como casi siempre. El Volkswagen avanza entre las ruinas de Pedregal como si tuviéramos miedo de toparnos con alguien. Y lo tenemos. Tariq conduce con el hocico pegado al volante, sólo intenta hacer lo correcto, ignora el revoltijo en mi vientre, las náuseas, el dolor de cabeza, la hinchazón de mis tobillos. Ignora también lo más importante.

El cuchillo. Ya me había olvidado de la herramienta. Lo encuentro entre el montón de ropa desordenada de la talega, acaricio la empuñadura hasta llegar al filo, envuelto en el calcetín rojo. Tariq me mira de vez en cuando pidiendo indicaciones; yo le digo cualquier cosa para ganar un poco de tiempo.

–¿Qué buscas? ¿Se te ha olvidado algo?

–¿Eh?

Tariq recoloca sus gafas, sacude la cabeza.

–Nunca me escuchas.

Aún está enfadado. Igual piensa en Damián, el chico de los cupones, o intenta asimilar el encuentro con Petra y su zorro disecado, puede que hasta intente imaginar el aspecto del abuelo de su hijo porque, si en algo tiene razón, es en que le hago poco caso. Relájate, morito, deja los nervios para mí. Un día me entenderás.

–A lo mejor deberías llamar a tu padre.

No sabes lo que dices. Sé dónde me espera, y tengo su veneno dentro.

Sólo necesito deshacerme de ti primero.

–Por cierto, ¿cómo se llama?

–Cayo.

–Como Julio César.

–¿Quién?

–Olvidalo.

–El Morueco.

–¿Morueco?

–Es el apodo de mi padre.

Me mira, pero no se atreverá a decir lo que piensa.

–Dime la dirección y terminamos antes –desliza un dedo sobre la pantalla del navegador.

–Callejón Millán Astray, número uno.

Teclea con la yema del dedo corazón sobre la pantalla táctil, luego acelera y mueve el volante según las órdenes que marca el navegador hasta que, cuando el pueblo parecía más muerto, topamos con el gentío.

Tariq da un frenazo:

–¿Qué hora es? ¿Mercadillo a estas horas?

La plaza del aljibe es redonda y tiene un pozo en medio. Entre nuestro coche y el pozo, la multitud; piernas, carros de la compra, espaldas, niños gritones, algún perro olisqueando el suelo. Quizá mi padre está aquí.

–Da la vuelta.

–Hay un camión detrás. Nos ha encajonado.

–Inténtalo, a ver si se quita.

Tariq da marcha atrás, pero el claxon de la camioneta lo obliga a frenar en seco.

Un policía muy delgado niega con el dedo índice, se acerca a la ventanilla de Tariq: que esperemos, que el camión va a descargar, que los coches tienen prohibido el acceso a la plaza los sábados, que lo pone bien claro en las señales de las esquinas. Yo no he visto señales, sólo piedras y más piedras y tapias desconchadas y matojos entre las grietas del asfalto, y un zorro disecado sobre un pedestal de piedra y una vieja rolliza empeñada en que el zorro –tieso y sonriente– nos mordiera.

–¿Venís por lo del teatro? –pregunta el policía apoyado en la ventanilla de Tariq.

Qué viejo estás, Silo. Llamarte policía es un piropo muy generoso. Tu mostacho color ceniza sigue partido por la cicatriz que mi zapato dejó en tu

hocico aquella tarde, cuando me perseguiste hasta los majanos del humedal. Silo: el mismo aliento cazallero, la misma cara de borrachín, sólo que un poco más cerca del cementerio.

–¿Teatro? –Tariq me mira con sus ojos de estreñido–. No. Bueno, no sé. Buscamos...

–No buscamos a nadie.

Ya no conoces mi voz, Silo. Demasiados años.

–El coche se queda aquí quieto hasta que yo diga –nos advierte.

Tariq observa los movimientos de Silo por el retrovisor, se lleva la mano izquierda al mentón en una de sus estúpidas poses mientras juega a desenroscar los rizos de su cabeza con los dedos de la otra mano.

Delante del coche ha aparecido un grupo de niños de unos diez años. No habían nacido cuando me fui, no pueden reconocermme, y sin embargo nos observan, me intimidan. Ahora forman un cerco alrededor del Volkswagen. Son cabezones, tienen las piernas delgadas y están muy serios. Aguantan parados, mirándome. Pero yo no lo soporto más y saco mi barriga del coche. Los dos niños que hay junto a mi puerta retroceden un paso sin perder de vista mis greñas; qué pelo tan rojo y tan despeinado. Me pregunto si estos guachos notarán el fraude que llevo en la cara.

–Águeda, ¿dónde vas? Espera.

Búscate la vida, morito, yo continúo andando. Mejor vuélvete a Madrid, no darías la talla como cómplice. Deja de hablar, no levantes la voz, me pones en evidencia y ya estoy harta de tus monsergas. No me detendré. Ocúpate del coche. ¿O quieres que se lo lleve la grúa? Siempre tan correcto. Tan correcto y tan ignorante.

Con los pasos indecisos, encaro hacia la multitud. El aljibe me parece más pequeño, y los tejados de las casas, que apenas sobresalen por encima de los tenderetes del mercado, tienen un aspecto de hogares encogidos, como si Pedregal fuera menguando hasta que la tierra acabe por engullirlo. Cerca del pozo, un hombre palmea melones con la mano y dice: «Son de Villaconejos, dulces como el caramelo», mientras las mujeres se hacinan en un puesto de ropa, revuelven camisas, sandalias, sujetadores, y la tendera las alienta a comprar alzando un puñado de bragas en su mano: «¡Tres por cinco euros!».

Algunas miradas de soslayo a mi vientre, ¿quién será la *colorá* esta que da vueltas alrededor del pozo embarazada y sola? ¿Tú tampoco, Silo? ¿No reconoces a la niña sin ojo en esta farsante de pelo enmarañado? Cualquiera podría descubrirme fácilmente, por eso ando encorvada, evitando vuestros

ojos. Camino entre el calor de los cuerpos apelmazados cerca de los tenderetes de ropa, los gritos de las gitanas llenan el aire, seguro que alguien me ha reconocido, pero yo no recuerdo las caras; podrían ser turistas, pero en esta llanura estéril no hay nada que ver.

«Cógelo, cógelo, niña», dice una gitana rascándose en la barriga con una rama de romero, «cógelo, blanquita, que estás *descoloría*, hija». El olor a campo me sube a la nariz; de pronto es como estar llegando al humedal por el camino de polvo, y desde lo más alto de la cuesta brilla el agua aplastada de la laguna, y se oye a los niños chapotear y las chicharras cantan y huele a piel caliente y a tortillas de patata. La gitana rasca y rasca, no deja de hablarme y sacudir la cabeza, coronada por un moño negro: «Nena, nena –sigue la gitana–, una niña, una niña vas a traer, la Carmen nunca miente, una niña, te lo juro por mi hija Nerea que está en el cielo».

No sé qué responder. Tariq estaría muy interesado en sus predicciones. Vuelvo la vista para buscarlo, pero el bullir de la gente se lo ha tragado a él y a su Volkswagen. Me pregunto cómo actuará mi padre al verme embarazada. A lo mejor estás aquí, viejo sátiro. Quizá me vigilas y yo no he sabido verte aún. De momento tienes ventaja. Sigo vagando entre los puestos de fruta y trapos, la posibilidad de que estés cerca me aterriza, escondo el rostro entre los blusones colgados de las varillas de aluminio, la vista se me tiñe del rojo, azul, negro de las telas.

Eres idiota, Águeda. Eres realmente idiota. Sal de ahí. Sal de la plaza, ve al callejón, no seas cobarde. Muévete ya.

Agarro el vientre y camino con paso rápido evitando los cuerpos amontonados, hasta que poco antes de salir de la plaza una mujer morena me cierra el paso.

–Águeda...

Se gira hacia un puesto de dulces que hay al lado, donde una anciana fríe almendras. Huele a azúcar quemado, las piernas no me responden frente a aquel olor antiguo. Me es fácil ver –en esa mujer de pelo corto y negro– a la niña alegre que un día quiso ayudarme a ser feliz.

El sol me cae en los párpados, no me deja mirarla. Es mucho más fácil volver la vista adentro, a un mercadillo de hace veintitantos años, y corretear por la plaza tras esa niña alegre de pelo oscuro para recuperar mis... ¿Cómo se llamaban esas almendras dulces?

Ella se dirige a la anciana:

–Dele una bolsa de garrapiñadas.

La anciana hinca una paleta de metal en el montón humeante, carga y luego la deja caer dentro de una bolsa de plástico. Me la da abierta.

–Cuidado, que queman.

Yo meto la nariz en la bolsa; el olor del azúcar tostado entra hasta el estómago, la carne dentro de mí se estremece. Cojo un puñado y me las llevo a la boca. Las mastico despacio, saboreando la mezcla del azúcar con el sabor amargo de la almendra.

–Isabel –me escucho decir.

Ella sonrío, se apoya en el puesto, cerca del azúcar humeante que tuesta la anciana.

–Creí que no te acordabas.

–Yo pensé que nadie se acordaría de mí –digo.

–Cómo iba yo a olvidarme –al responder se echa la trenza hacia atrás, dejando al aire la cicatriz de su cuello. Las mañanas de mercadillo, Isabel solía robarme las almendras y correr por la plaza del aljibe, entre la gente, hondeando la bolsa sobre su cabeza, mofándose de mí. Pero una se acabó hartando de juegos, agarró la sartén con el aceite hirviendo y la broma marcó para siempre su cuello.

–Éramos unas niñas –añade sonriendo con tristeza.

No quiero que me perdones, lo que me gustaría es reventarte esta bolsa en la cara, ver chorrear el azúcar por tu mejilla y después largarme. Pero agacho la cabeza. Nada más. Quedamos a merced del jaleo de los ambulantes, calladas, como si yo tuviera que cumplir una penitencia tardía por el comportamiento de aquella niña tuerta que le quemó el cuello a Isabel, mientras ella me mira con esa sonrisa que tanto asco me da.

–No me acuerdo de casi nadie –digo por decir algo.

–La mayoría de los que ves son de fuera. Están aquí sólo este fin de semana, por el programa de repoblación. Pensé que tú venías por eso también.

No sé de qué habla. Siempre ha sido muy pedante.

–Las casas del pueblo están ya casi todas vacías. Hoy y mañana hemos programado actividades para gente de fuera –explica Isabel–, personas a las que no les ha ido bien en la ciudad, a ver si conseguimos que vengan a vivir al pueblo. Yo misma voy a montar mi despacho en frente de la iglesia.

Las almendras me dan ganas de fumar.

–¿Tienes un cigarro?

Ni la miro, no me lo daría aunque lo tuviera.

–Además del mercadillo, esta noche hay teatro en la placeta de la iglesia, y mañana, después de que los niños tomen la primera comunión, se ha organizado un aperitivo en el bar de Tinín. Hay que reflotar Pedregal de Salitre –concluye.

¿Reflotar *esto*? Eres más tonta de lo que parecías de niña.

–Al Morueco se le ve de uvas a peras.

–No sé nada de mi padre.

–Mejor.

Doy la vuelta y me esfumo por el hueco que hay entre la esquina y el puesto de la anciana, dejo atrás el aljibe, el mercado ambulante, la plaza, el olor a sudor y a azúcar, dejo atrás a Silo, a Tariq, a Isabel, a toda esa gentuza corriente; camino de espaldas al rebaño decidida a encarar mi verdadera misión.

Antes de doblar la esquina, la voz de Isabel:

–¡Jara! ¡Enhorabuena!

El murmullo del mercado desaparece un par de calles más allá. Mis pasos rompen el silencio de las piedras, de vez en cuando piso algún matojo seco y siento como si caminara sobre cucarachas. Me muevo de memoria por Pedregal. Al fondo está la tapia del corral del Zurdo. Tiene un desconchón con forma de perro que deja a la vista el interior de adobe. Detrás de la tapia balan los carneros, me avisan de que estoy cerca. Los rayos de sol caen con más furia sobre mi pelo, la cabeza me arde y el sudor empieza a bajar hacia las cejas. En la cuesta de Roque, la rama nervuda de un nogal asoma por el boquete que hay en el tejado y cuelga casi hasta la calle. Sólo son unos pasos más, subir la cuesta y a la izquierda seguirá la guarida del monstruo: Callejón Millán Astray, número uno, con sus paredes de piedra, su portón de madera para acceder al corral y la puerta aún más baja que da entrada a la casa. Sin ventanas. Sin nada más. Sólo los peñascos asomando sobre la tierra. Pero antes está la cuesta, y siento que las piernas flojean bajo la tela del chándal, no seré capaz de empujar la barriga hasta la casa del Morueco, cargar con la talega y conmigo misma, y luego vérmelas con él después de tanto tiempo de brecha entre nosotros. Frente a mí, el calor, las cagarrutas de los carneros aplastadas contra el suelo, las aliagas en las rajadas del empedrado, la rama amenazadora del nogal.

Me empujo hacia arriba sin tener claro cómo resolveré nuestro encuentro, sólo subo la cuesta.

Tal vez debería empuñar ya el cuchillo. Es el momento. Sin Tariq y con toda la gente en el mercadillo. Al otro lado de la esquina, el callejón. Vamos. Abre la talega y agarra el mango del cuchillo. Eso es. Al desenrollar el calcetín, el filo de metal se llena de luz y su reflejo ardiente y amarillo taponas tu visión. Necesitas el único ojo que posees, de nada sirven los adornos. La talega sobre el vientre será tu escudo. Ahora empuña tu arma con fuerza. Con más fuerza, Águeda. Sólo tienes que girar la esquina, luego unos cuantos metros y habrás llegado, pero el sol te ciega, las gotas de sudor se acumulan en tus párpados, se filtran hasta el interior del ojo, te escuece, no puedes ver y tienes miedo, la cara te arde. ¿Puedes? Tienes que poder.

—¿Me das almendras?

Una voz de niña muy cerca de mí, viene desde abajo mezclada con el olor a orines de perro. Es una niña de piel tostada. Me tira de la pernera del chándal. Tiene manchas de pintura verde por la cara y el pelo. Está seria, con el mentón hacia arriba. Da un manotazo a la bolsa de garrapiñadas, entonces recuerdo el cuchillo en la otra mano y lo oculto entre la panza y la talega.

La niña tira otra vez de la manga de mi chándal obligándome a entrar en el callejón.

Lo primero que veo es una señal azul con una especie de T blanca y roja, debajo una advertencia: sin salida. Los pedernales asomando entre la tierra del suelo, las paredes de rasilla y piedra, como entonces. Pero junto al portón del corral, una mujer. Tiene la cabeza cubierta por un pañuelo, una brocha en la mano con la que embadurna la madera y un cubo entre las piernas. Su piel es aún más morena que la de la niña.

¿Quién es? ¿Qué digo? ¿Qué hacen ellas aquí? ¿Dónde está él?

La mujer tiene una gota de pintura verde junto al labio, que se amplía cuando sonrío. Me mira un momento y asiente sin dejar de mover la brocha.

Yo bajo la cabeza, que se me está llenando de golpes, golpes de martillo sobre clavos y tablones. El suelo está cubierto de plásticos, la niña remueve la pintura del cubo con un palo, y ahora las dos hacen como que no existo, y suenan más golpes, más fuertes, más cerca, dentro de la casa, dentro de mí, ¿y ellas no escuchan? ¿Es mi cabeza? Otra vez. Otra. Otra más. La mujer sigue pintando un portón que siempre fue de madera gris y remaches oxidados, mientras continúan los golpes de martillo sobre la madera, luego el ruido de una sierra. La niña me roba las almendras de un tirón, corre a comérselas detrás de su madre.

—¿Es ella? —pregunta la niña a la mujer.

–Sí, creo que sí.

Las dos ríen. Se ríen de mí. Tengo que hacer algo. Habla o derrúmbate de una vez.

–¿Qué son esos golpes? –me escucho decir.

La mujer sigue dándole a la brocha, la niña come y canturrea. Son ajenas al ruido. Yo ya no escucho a los perros, ni a los carneros, ni soy capaz de devolver mis oídos al silencio porque los golpes están en mi cabeza, vienen desde el corral, justo detrás del portón. Me froto los párpados con la manga del chándal, que se empapa de sudor mientras la otra mano sigue oculta, con el cuchillo bien sujeto. Golpes, golpes, más golpes. Y el sol quemando mi carne. Voy a arder.

–No la conozco a usted –digo.

–¿Vienes a mi comunión? –pregunta la niña.

La mujer ríe y sigue pintando. Aprieto el mango del cuchillo. No me gusta esa risa.

–Yo vivía aquí hace tiempo –explico sin ganas–. De pequeña.

No sé qué es lo que te hace gracia, estúpida sudaca. Concentro mi rabia en el mango del cuchillo.

–Creo que me he equivocado.

No estoy llorando, sólo es sudor. Paso de nuevo la manga por la frente y por los párpados humedecidos, noto la dureza del ojo postizo. Qué ridiculez venir hasta aquí con esto en la cara. Me daré la vuelta, guardaré el cuchillo y no volveré a pisar estos pedruscos.

Empiezo a caminar hacia la salida del callejón.

–Águeda.

Me giro hacia las dos desconocidas. La mujer empuja el portón con la punta del pie, que rechina al entreabrirse. El ruido de los golpes sale por la abertura, me da en la cara.

–Tu padre está dentro –dice señalando con la brocha.

Fantaseo con la idea de que todo es una confusión; que mi padre no está serrando madera en el corral, que vendió la casa a unos sudamericanos y ahora ellos viven en la casa del callejón, y por eso han hecho un agujero en la tapia, junto a la puerta principal, y blanquean la fachada y pintan el portón de un verde absurdo. Esta fábula me daría una buena excusa para huir a Madrid en el Volkswagen, escuchar los sermones de Tariq, qué imprudente ha sido este viaje para *el bebé*, Águeda, mira que si llegas a ponerte de parto.

Pero entonces, un rugido se cuele por la rendija del portón. La negra tos del Morueco.

Miro la brocha tiñendo la herrumbre de los remaches de metal y recuerdo el verdor del mango de mi cuchillo. Lo aprieto una vez más, temiendo que se escape por el sudor de mi mano.

—¿Viste que hicimos una ventana? Por fin entra luz a esta casa.

Las palabras de la mujer se mezclan con los golpes de la madera y los carraspeos de mi padre desde el patio del corral. Estoy anclada al suelo absorbiendo el sol del callejón, que rebota en las piedras y se concentra en mi piel. La mujer deja un momento de pintar, se ajusta el pañuelo en la cabeza y me mira alzando el mentón. Puede que el Morueco te hablase de la tuerta y tú te ríes de que aparezca aquí preñada y con un ojo de juguete metido en el párpado.

Y aún no has visto el cuchillo.

La niña vuelve a mi lado, canturrea con ese acento sudaca rebosante de eses.

—¿Tienes frío? —me pregunta.

—Tengo mucho calor.

—Estás temblando.

Se agarra a la mano que tengo libre, sus dedillos calientes aprietan los míos. La madre sigue cubriendo las grietas del portón con la pasta verde, la nariz se me infecta de acrílico, como si me la hubieran pintado por dentro, y apenas reconozco ya el olor de las cagarrutas ni el orín de los perros, se escucha la sierra, los tablones contra el suelo, y otra vez el serrucho

comiéndose la madera a grandes tirones hasta que para, y otro tablón al suelo. Temo desmayarme ahora, justo antes de exigir a estas intrusas que me digan por qué están en mi casa.

–Mi madre se llama Gladis –dice la pequeña india– y yo me llamo Yori.

–¿Yoli? ¿Yolanda?

–¡No! –golpea mi pierna– ¡Yori! Significa «la que despierta a la vida».

No os entiendo. Me vais a complicar la tarea.

–Es un nombre quechua –explica la madre con su sonrisita.

Ni que yo supiera qué son los quechuas. Molestáis, es lo único que me importa de vosotras.

–Qué pelo más largo y más rojo tienes, ¿me dejas que te lo cepille?

–No le hagas caso. Desde que se llevaron las muñecas, se aburre y quiere peinar a todo el mundo.

–¿Las muñecas?

La mujer sigue pintando como si no me escuchara.

–¿Se han llevado mis muñecas?

Ella moja la brocha, sacude en el cubo el sobrante y sigue pintando.

–Pregunta a tu padre.

No juegues a esto, negra, no te conviene.

La niña me empuja y casi doy de bruces con el portón, mi nariz queda tan cerca que puedo ver las termitas en los agujeros de la carcoma. Ya no hay manera de volverse atrás, Águeda, ¿qué pensarían esas extrañas que pintan tu casa?

Me cuelo por la rendija. El suelo del cobertizo ha sido cubierto de hormigón. Ya huelo el sudor, el vino, la herrumbre. No debí hacerte caso, padre, no había ninguna necesidad de volver aquí, tengo trabajo, tengo novio, unos suegros refinados, un hijo a punto de nacer. La vida por delante.

–¡Temblor! ¡Temblor!

La niña pasa corriendo por mi lado. No la veo, sólo oigo cómo pisotea la tierra, y eso me apacigua. Qué estoy diciendo, a quién quieres engañar, ridícula. Tienes miedo. Estás cansada. Los tres nudos de tu cuerpo te asfixian, los grilletes en los pies, los clavos en la cabeza, el agua revuelta en el vientre. Eres incapaz de levantar la vista del suelo. Tu carne se va a romper. No vales nada. Serás comida para las gallinas del Morueco. Sé valiente. Vence al dolor. Por una vez en mucho tiempo, tienes la obligación de hacer daño.

Los pies me llevan adelante. Pronto dejo de pisar cemento, el sol me cae encima, estoy en mitad del corral, cabizbaja, sabedora de que él está frente a

mí.

Piso la grava, luego la arena, y más tarde el serrín, los restos de su labor. Otro tablón cae a la tierra y el mundo se estremece bajo mis pies.

La niña sigue correteando.

–¡Temblor! ¡Ven aquí, Temblor!

Martillazos. Tablón al suelo. La sierra rascando la madera.

Puedo oler el vino pegajoso de tu boca. La mano que aprieta el cuchillo me suda, ¿cómo cumplirás tu cometido si no puedes ni mirarlo a la cara?

Tengo que levantar la cabeza. Encontrarme contigo.

–Aparta.

Su voz me obliga a buscar los ojos, pero lo primero que encuentro son sus manos, las mismas manos velludas cubiertas de pelo negro.

Entre nosotros, en mitad del patio, la antigua mesa de matanza –llena de serrín y tacos de madera– por la que corretea un hurón blanco. No queda nada de entonces, ni la cuadra, mucho menos la mula, ni la vieja higuera, ni tampoco el gallinero, sólo aguantan las paredes blancas formando un cuadrilátero, con la mesa de matanza en el centro. El hurón se sienta sobre sus patas traseras, mirándome con esos ojillos púrpuras. Pero tú no me miras, padre. Tu camisa de cuadros, completamente desabrochada, me enseña el pelo blanco de tu pecho y un cuello rojizo. Tienes el mentón salpicado de pelo grisáceo, las patillas muy pobladas y muy blancas, esas gafas de concha con los arreglos de cinta aislante. Y los ojos de alquitrán, tan diferentes a los míos.

Te darás cuenta de que me tiembla la mandíbula. Recoges un puro retorcido del extremo de la mesa, te lo llevas a la boca y de dos fuertes caladas la punta revive. Sueltas el humo, tu cara desaparece un momento tras la nube gris, y de nuevo emerge con un ojo cerrado, no sé si por el humo, por el sol o porque me estás preguntando quién hay detrás de mi disfraz.

–Apártate.

–No te entiendo.

–Que te quites de en medio –da un manotazo al aire como queriendo echarme a un lado.

Agarra el puro con los dientes amarillos, entonces veo el agujero, la mella de tres piezas –una paleta, un colmillo y otro más– que deja al descubierto una mueca negra que le entorna los ojos. Su mirada puede traspasar la talega, la empuñadura y hasta el filo. Sabe qué hago aquí, él siempre sabe qué voy a hacer.

Viene hacia mí sacudiéndose el serrín de las piernas. Pasa por delante sin mirarme a la cara. Me da la espalda, pero yo me giro muy rápido, no quiero tenerlo detrás.

Está agachado, toqueteando un pequeño televisor lleno de cagadas de pájaro que hay sobre una silla de madera. Debajo del televisor hay un vídeo VHS, él está encorvado tocando los botones para dar hacia delante a la película. Vuelve a poner la cinta a velocidad normal, aumenta el volumen.

Puedo... Puedo hacerlo ahora, pasarle el filo por el cuello; la sangre brotará hasta empapar la pantalla, luego el cuerpo desplomado y la cara cubierta de polvo, serrín y sangre.

Pero él es más rápido. Se levanta y cruza de nuevo hacia la mesa, rozándome el vientre. Vuelve al lugar donde lo encontré y continúa trabajando con la madera, agarra otro tablón como si fuera de papel, lo pone de pie y golpea dos veces contra el suelo. Una nube de polvo amarillento se extiende por el corral. Noto los espasmos de mi carne. La debilidad.

El hurón salta a su brazo, se pasea orgulloso por los hombros y la cabeza del Morueco. Yo no tengo el arrojo de ese bicho, así que me quedo mirando la película: hay una estación de tren, una mujer pelirroja y un hombre alto. La mujer pretende huir en el tren, pero el hombre la agarra y se la lleva de la estación, por momentos le tira de la mano, ella se resiste, cae, él vuelve a agarrarla, esta vez del cuello de la chaqueta, la arrastra por un hermoso prado mientras la gente del pueblo los sigue, deseosos de ver cómo acaba aquello. La pelirroja vuelve a caerse, y el hombre continúa arrastrándola por el campo sin piedad, hacia algún lugar, probablemente de vuelta a casa.

Mi padre ríe con el puro entre los dientes al ver la escena.

El hurón ha vuelto a la mesa.

—Qué ves, ¿una del Oeste?

Mientras le pregunto, él fuma concentrado en la pantalla, tiene media cara cubierta por el humo.

—No es del Oeste —dice con los ojos puestos en la película.

—Sale John Wayne.

—No es del Oeste.

En la película, el hombre que arrastraba a la chica acaba por lanzarla a los pies de otro hombre más viejo.

Mi padre mantiene la vista en el televisor, deja el puro sobre la mesa, se sacude las manos y vuelve al trabajo. Agarra tres tabloncillos largos, los pone frente a él. Sobresalen por encima de su cabeza. Voltea su mirada hacia mí,

primero al vientre escondido, luego da una pasada fugaz por mi cara. Las rodillas me tiemblan.

–Acércame los maderos aquellos.

Son varias tablas de medio metro de longitud, a mi derecha, junto a la puerta para entrar a la cocina. Tendría que liberar la mano del cuchillo para agarrarlas.

Me acerco despacio a la mesa y por fin nos miramos a la cara. Me avergüenzo de llevar la prótesis, pero sería peor quitármela ahora.

Tus ojos sí son los mismos, cansados y sin brillo. Estamos aquí, padre, y tú controlas el encuentro, todo va a tu ritmo, con pocas palabras, como nos gusta a los dos. No me habrás traído sólo para que asista a la comunión de esa negra, no sería propio de ti. Yo no he vuelto a Pedregal para ver comulgar a una niñata. Yo vengo de entierro.

–Aquellos de allí –apunta con el dedo índice a la puerta.

El sol nos sigue cayendo encima a los dos.

Me quito la talega despacio con una mano, tratando de ocultar el arma. Él percibe mi torpeza, sacude los tablones contra el suelo, impaciente, y yo doy un respingo, me asusto por algo tan inofensivo como una madera que choca inesperadamente contra la tierra.

Recojo los tablones, los pongo junto al resto, a un metro de los pies de mi padre.

–Déjalos ahí encima.

Vuelvo a cogerlos, los coloco en la mesa.

–Ven aquí, sujeta.

Él agrupa cuatro tablones largos y los pone formando una pared entre nosotros dos.

–Sujétalos fuerte.

Agarro los tablones mientras él los une a base de cola y clavos. Lo escucho resollar, huelo la madera recién pulida mezclada con el tufo a vino y sudor que desprende el Morueco al otro lado de los tablones. Comienza a golpear con el martillo, la pared de tablones se acerca a mi cara con cada nuevo golpe, el filo de las tablas se hinca en las palmas de mis manos, y yo uso toda mi fuerza para evitar que el siguiente porrazo me tire al suelo.

–¡Fuerte! –grita desde el otro lado.

Pongo el pie en la base, intentando frenar las acometidas del martillo. Me voy a caer.

Entonces él se detiene. La unión de los cuatro maderos forma un nuevo

tablón de más de medio metro de ancho y unos dos de alto que él me arranca de las manos y tira sobre la mesa. El aire del patio vuelve a llenarse de polvo amarillo.

La madera ha dejado dos cortes en las palmas de mis manos por los que la sangre asoma brillante hasta mezclarse con el serrín. Aprieto los puños. Cuando los vuelvo a abrir, una pasta marrón me llena las heridas. Parece arcilla. Mierda, más bien. Al momento dos líneas rojas brotan de la carne. Cierro los puños otra vez.

–Qué pasa.

–Nada.

–A ver las manos.

–No es nada.

Se pone delante y me agarra de las muñecas. La piel rugosa de sus zarpas velludas me hace temblar. Mantengo los puños cerrados, hago toda la fuerza que puedo para que no los abra, sus bufidos con olor a vino me entran en la garganta, estamos tan cerca que puedo ver las gotas de sudor atrapadas en la maraña del pelo canoso de su pecho.

No soy consciente de cuándo me ha abierto los puños, o si he sido yo la que se lo he puesto tan fácil.

Te tiene a su merced, lerda, controla al menos la mandíbula. No tiembles. Huele tu miedo. Está mirando tus manos manchadas por la pasta marrón y sus zarpas, más grandes, más fuertes, más negras, están debajo de tus pequeñas manos, apretándolas.

–¿Qué traes? –dice mirando mi vientre.

–No lo sé.

Aprieta más fuerte mis muñecas. En la calle se escucha el ruido de una moto.

La niña entra dando saltos.

–¡Viene más gente!

La mujer, en el umbral del portón, mueve los labios y mira a alguien que no veo; el ruido de la moto no me permite escucharla. Pocos segundos después entran la mujer, Silo y Tariq, sus voces retumban en el cobertizo, los tres ríen como si fueran amigos de toda la vida. Silo le dice algo a Tariq mientras señala a la mujer. La niña corretea de ellos hacia nosotros, como rebotando.

–Suéltame –le digo a mi padre.

–¿Quién es ese?

–Que me sueltes.

Doy un tirón, pero no consigo zafarme. La mujer, con la cara llena de manchas verdes, invita a los demás a entrar en el patio.

–Qué amorosos –dice al vernos cogidos de las manos.

Un forcejeo más y acabo por liberarme.

–Os traigo a este –dice Silo señalando a Tariq–. Pues no va y se mete con el coche en pleno mercado. Encima luego no arrancaba y se lo ha tenido que llevar la grúa. Vaya con los madrileños.

La mujer ejerce de anfitriona.

–Qué bien que han venido, chicos, así pueden asistir mañana a la primera comunión de Yori. Después de la misa, haremos un picnic aquí en el patio. Esta tarde traen las macetas, voy a llenar las paredes de plantas de muchos colores, que se note que es el mes de las flores, carajo.

–Pues a ver si regáis –dice Silo–, aquí no se puede estar del calor que hace.

Tariq fuerza una sonrisa. Mi padre lo observa con los ojos entornados por el humo.

La mujer sigue rellenando el silencio:

–Estamos reformando toda la casa –gira sobre sí misma–, me estoy encargando yo. Ya limpiamos todas esas malas hierbas que crecían por acá. Cortamos esa horrible higuera podrida y Cayo está usando la madera para... ¿para qué es, querido?

–Qué más te da –las palabras se salen por el hueco que dejan los dientes al morder el puro.

Ella prosigue como si no lo hubiera oído:

–Hundimos el gallinero y la cuadra, así el patio es mucho más grande. Ayer lo pinté de blanco. Hoy toca el portón, que está quedando bien bonito. ¿Les gusta?

–Claro, claro –responde Tariq. El sudor le empieza a correr por la frente. Silo mira su reloj y resopla.

–Es Tariq –dice la mujer a mi padre–, el novio de la chica.

Tariq da la vuelta a la mesa, se pone frente a mi padre y le ofrece la mano:

–Encantado.

Tariq aguanta con la mano erguida frente a la panza desnuda de mi padre, que fuma ignorándolo. Aquí no eres más que un moro.

El hurón pasa entre los pies de Tariq y le hace dar uno de sus gritos de

niña pija.

–¿Es una rata? –la voz se le afemina cuando tiene miedo.

–¡Ven aquí, Temblor!

La niña intenta atraparlo.

–¿Quién es este gilipollas? –mi padre me lo pregunta con una mezcla de indignación y estupor.

No me mires así, morito. Ya te dije que no pintabas nada en este pueblo.

–Es verdad, las comuniones –se excusa Silo–. Además tengo que vallar la plaza para el teatro de esta noche. Me tengo que ir.

Tariq comienza a hablar con la voz temblorosa:

–Oiga...

Mi padre se rasca la panza ajeno a los buenos modales del morito, que acaba por bajar los ojos, incapaz de terminar la frase.

–Abróchate la camisa, Cayo –dice la mujer.

–Cállate ya, joder. Eres muy pesada.

–Deja de hablar mal a todo el mundo –contesto yo–. No eres nadie para hablarles así.

–Tú ve a lavarte las manos –me pone los dedos cerca de la mejilla y yo respondo con un manotazo en su zarpa, ocurre de repente, como si no fuera una decisión mía, a él los ojos se le encienden y ya no veo nada más.

Un pitido dentro de mi oído.

Mi cara está junto a las piedras del suelo, que se me clavan en las manos y en las rodillas. Los pies de mi padre remueven la tierra del corral. Hay más pies alrededor, más cerca, sólo veo pies, los pies de Tariq acercándose a mi padre, los pies de Silo poniéndose en medio de ambos, los pies de la mujer muy separados, junto a mí. Debajo de la mesa está la niña, abrazando al hurón. Los dos me miran. El televisor parece más sucio, la pantalla se ha llenado de puntos negros y blancos. Hace mucho calor. Alguien me agarra por las axilas hasta ponerme de pie. La parte izquierda de la cara me echa fuego, el corazón late en la mejilla del ojo postizo.

–Animal, eres una bestia. Animal –dice la mujer.

Escucho a Silo despedirse apresuradamente. Bajo la mesa, la niña sigue abrazada al hurón, ella y yo nos miramos a través de la nube de arena mientras los ojos de Temblor brillan más rojos que nunca. Quiero seguir mirándolos, pero los párpados me pesan y la garganta se me ha llenado de polvo. El sol brilla sin piedad.

El lugar donde despierto está completamente a oscuras.

Un pinchazo me sube del cuello a las sienes, acalambrándome toda la piel de la cara. No consigo ubicarme, pero la idea de yacer en un ataúd se cuele entre los nubarrones de mi cerebro y no siento angustia; morir será parecido a las siestas en la caja de cartón, qué digo, será mucho mejor porque no despertaré sudando bajo el insulso techo del apartamento.

Despacio, las manos empiezan a hormiguearme, vuelven a la vida, las deslizo bajo la chaqueta y noto la piel caliente de mi tripa, los montículos de carne que brotan y desaparecen con cada sacudida. La parte baja del abdomen se ha contraído hasta parecer hormigón al roce con las costras de mis heridas.

Alzo los brazos, temiendo y anhelando tropezar con las paredes del féretro, pero sólo hallo el vacío de la oscuridad.

Estoy tumbada, más bien hundida, sobre un colchón blando. Me agarro con las manos al cabecero de la cama, el frío del metal me refresca las heridas y poco a poco consigo incorporarme hasta quedar sentada sobre el extremo del colchón, con los pies descalzos sobre el suelo. No recuerdo haberme quitado las zapatillas, ni tampoco llegar a esta habitación negra. Me pongo de pie, busco la luz con los brazos extendidos sobre la oscuridad, camino hasta que las puntas de mis dedos topan con una pared helada. Bajo los pies el suelo es rugoso, de viejos ladrillos de barro. Me acerco otra vez a la cama, poso las manos y me hundo hasta los codos en el colchón de lana. Recorro las paredes rozándolas con los dedos hasta que toco el cabecero de hierro. Una habitación interior, sin ventanas. Doy tres pasos hacia la esquina y sí: el baúl. Otros cinco pasos de memoria hasta la puerta y encuentro el interruptor, lo acaricio unos segundos sin atreverme a encenderlo, los párpados se me llenan de sudor y noto que aún me duelen las piernas y la cara por el zarpazo que me hizo hincar los huesos de mis rodillas en la tierra.

Tú has pegado primero. Me toca a mí.

Las voces de una tertulia televisiva escapan del salón por la rendija de la puerta acompañadas de palmas y música, y todo ese guirigay estalla en la penumbra del corredor.

Avanzo hasta la puerta. Por la rendija veo a Yori subida en un taburete.

Lleva un vestido blanco del que sale una enorme falda de tul y en el pelo luce una diadema con tres flores blancas. Gladis –empezaré a llamarla por su ridículo nombre– se ha puesto un vestido de flores y está dando las últimas puntadas al traje de la niña, tira de la tela, pone alfileres para que mañana esté perfecto. Tariq reparte su atención entre la pantalla de su móvil y la niña. Los zapatos –sus estilosos zapatitos de pijo– manchados de serrín. Cada vez que levanta los ojos hacia la niña, arruga ese hocico de puercoespín que tiene. Pobre morito, te has debido de llevar un buen susto con este recibimiento, seguro que dista mucho de la celebración que me tendrá preparada tu familia en su puto chalet de Galapagar.

Yori voltea sobre sí misma con los brazos extendidos hasta que la falda se infla y deja al descubierto las pantorrillas y los pies descalzos.

–No te muevas, linda –dice Gladis mientras ajusta el largo del vestido.

La niña da vueltas y más vueltas sobre el taburete, riendo a carcajadas. Gladis se ciñe la coleta negra con una goma y va a sentarse al sofá junto a Tariq. Los dos observan embelesados a Yori.

Empujo la puerta con el pie y el chirrido de los goznes hace que ellos se vuelvan para mirarme. Me quedo bajo el umbral, no era mi intención hundir vuestro remanso, pero ya es tarde.

–Águeda, mira cómo baila mi vestido.

Yori gira como un molinete y la falda de tul flota de nuevo.

Tariq toquetea la pantalla de su teléfono con el dedo pulgar; sería muy propio de ti buscar la protección de *los papis* ahora que te ves acorralado en este pueblucho. Deja de mover la cabeza, no vas a conseguir mi atención.

La niña me habla de nuevo:

–Esta tarde en la iglesia ensayamos los cánticos de mañana, ¿vendrás a verme?

–Para ya, nena –dice la madre–. Mañana será la más hermosa de todas las niñas, ¿verdad que está guapa? Más que guapa, está...

–Fuera de lo común –concluye Tariq mirándome muy serio.

Yori baja del taburete de un salto y corre hacia mí, da tirones a una de mis mangas hasta colocarme en el centro de la salita. Ellos dos se levantan del sofá. Ahora los tres me rodean.

Tariq me acaricia el vientre:

–¿Estás mejor?

Gladis apoya el dorso de su mano en mi mejilla, como midiendo el efecto del golpe, y yo sólo quiero morderle esos dedos pequeños y rollizos

que rozan mi piel. Se está tomando demasiadas libertades. Todos lo hacéis, os tengo encima y no me gusta, quiero cerrar los puños y apartaos con unas buenas sacudidas, para que aprendáis a respetar mi territorio.

–Ya se bajó la hinchazón, mi vida –dice Gladis–, sólo que tienes moradito.

Tengo que ver a mi padre sin que estos tres nos molesten.

–¿Dónde está? –pregunto.

–Échate otro rato, sólo has dormido media hora.

–Media hora de sueño es una eternidad para mí.

La niña suelta la manga de mi chándal y vuelve a subir al taburete. Se quita el vestido y lo lanza al suelo.

–¿Eres una virgen?

Los tres la miramos. Ella se ajusta la diadema esperando a que yo conteste.

–¿Eres una virgen o no? –repite sacándose la camiseta de tirantes que le cubre las bragas.

Me quedo callada mirando esas rodillas marrones demasiado juntas, como de patojo.

–Yori, no seas huevona, pues.

–Las vírgenes lloran sangre. Lo dice don Evelio, que lloran sangre. Tú estás llorando sangre.

Tariq me pasa el dedo índice por debajo del párpado y rasca como si me quitara una legaña.

–Parece sangre seca, sí. Creo que te has clavado la prótesis.

–Íbamos a lavarte, pero no nos dejabas.

–Ya me lavo yo.

Donde siempre estuvo el baño, me encuentro un trastero lleno de fregonas, escobas viejas, aperos de labranza, todo cubierto de polvo y telarañas. Podrían estar aquí mis muñecas, la marioneta de Blancanieves y el resto de las lisiadas, el ejército de tuertas y calvas no puede haber sido aniquilado. Acabaré encontrándolas.

Cuando vuelvo al pasillo, la silueta de Gladis a contraluz en la puerta del salón:

–¿Necesitas ayuda?

–No.

–Te pido disculpas por el olor, la fosa séptica aún no funciona bien, es

todo un lío con la reforma. El nuevo baño está pasando la cocina, tienes que...

–Sé dónde es.

El suelo de la cocina está levantado y los muebles cubiertos por un plástico amarillo. Antes de ir al baño, me asomo por la ventana y, sin otras distracciones, reparo en la transformación del corral; la cuadra y el gallinero han sido incorporados a la casa como nuevas habitaciones, por eso el patio es mucho más cuadrado. El televisor sigue con la pantalla en gris. Bajo el cobertizo se amontonan las ramas de la higuera hechas una tinada, y en el centro de la mesa de matanza está clavado mi cuchillo.

Lo que era la despensa ahora es un retrete estrecho sin alicatar en el que aún no hay inodoro, sólo un tubo de PVC en el suelo por el que rezuma un fuerte olor a cloaca. Nada más entrar me saca la prótesis y la dejo sobre el lavabo. Tariq tiene razón, hay una herida en el lagrimal, es como una legaña negra. Al abrir el grifo, sale un chorro turbio y entrecortado, cargo agua sucia en el cuenco de mis manos y la lanzo a mi cara con energía hasta limpiar la sangre reseca del pómulo, después me froto las manos y más tarde limpio la sangre y la tierra de las rodillas. El pantalón tiene un agujero a la altura de la rodilla derecha provocado por la caída. Ha sido un buen zarpazo, padre. En la herida del lagrimal, ya sin costra, reluce una gota brillante de color rojo. Volveré a ponerme el disfraz. Pensándolo bien, las peruanas no han visto mi auténtica mirada, podrían creerse mis ojos... ¡Pero qué estoy diciendo! Nadie se tragará algo tan absurdo, sólo eres una tuerta patética, te arrastras hasta este pueblucho para derrengarte nada más emprender la pelea, sin mostrar ni un poco de aguante. He vuelto y no debí hacerlo. Una vez más eres tú el que lleva las riendas, me traes a tu guarida, me humillas y desapareces, desapareces como hacías entonces, me dejabas aquí con el cuerpo flácido de madre.

–¿Estás bien?

Los ojos asustados de Tariq aparecen en el espejo. Aguanta parado en la puerta unos segundos, hasta que termino de ponerme la prótesis, entonces entra y se coloca junto a mi espalda. Mira la imagen de nuestras caras en el espejo, una tan oscura –con las cejas negras y pobladas–, la otra pálida, amarillenta, bajo la maraña de pelo rojo:

–El coche está averiado –susurra– y el único taller que hay no abre hasta el lunes. Podemos volver a Madrid en autobús, Gladis dice que el último pasa

a las ocho, llegaríamos a tiempo para nuestro turno. Si quieres denunciarnos por teléfono, aquí no hay cuartel ni comisaría ni nada, habría que ir a otro pueblo a poner la denuncia... Llamaremos a la Guardia Civil. O al 016, lo mejor será el 016.

–No llames a ningún sitio.

–Hay que denunciar. Estás embarazada, ha podido dañar a nuestro bebé. En cuanto estés lista, nos acercamos al centro de salud.

–No creo que haya médico hoy.

–Algo habrá para las urgencias.

–Estoy bien, déjalo ya.

–Bueno, Gladis debe saberlo. Si no, iremos a ese pueblo más grande a que te vean.

–Sin coche.

–Pues a urgencias en cuanto lleguemos a Madrid.

–Vamos a la salita.

Yori sigue en bragas y camiseta, está sentada en el suelo abrazando el vestido arrugado y canta al televisor la letra del karaoke que ponen en *Qué tiempo tan feliz*. Gladis fuma de pie, apoyada en el alféizar de la nueva ventana. Al verme, aplasta el cigarro en el cenicero y sacude el humo con las manos.

–Lo siento. Voy a abrir la ventana.

El aire del callejón entra moviendo levemente los visillos.

–Te cojo uno –agarro el paquete de la mesa antes de que me diga que no.

–Vas a ser madre.

–Tú también eres madre y fumas.

Ella se ciñe la coleta una vez más mientras niega con lentos meneos de cabeza, y a mí me dan ganas de agarrar su cola de pelo negro y arrastrarla por todo el pasillo, y luego pisarle esa boca pequeña sin labios, que apenas es un agujero, y borrar por fin esa risita de comadreja. Pero aplaco mi furia y prendo el cigarrillo. Tariq bufa. ¿No ves que no sirven de nada tus tonterías, morito? Déjalo ya.

La niña se pone de pie, sin dejar de mirar el televisor. Entona una oración de memoria en voz alta. Tariq sonrío, remueve las manos en los bolsillos del pantalón y desliza sus ojos nerviosos de Gladis a mí.

–Ensayá la ofrenda –aclara la madre–. Debe recitarla mañana después de

la Eucaristía.

–Ah, muy bien –responde Tariq–. Gladis, una cosa, ¿está abierto el centro de salud?

–No, cariño, aquí no hay de eso. Sólo la consulta médica de lunes a viernes.

Tariq camina nervioso por la habitación. Saca el teléfono, lo desbloquea con un rápido gesto del dedo pulgar, luego vuelve a meterlo en el bolsillo del pantalón. Se rasca la perilla con el dedo meñique.

–Bueno, algo habrá que hacer de todos modos –dice alzando la voz hacia nosotras.

Por la ventana el sol comienza a esconderse bajo los tejados, pero aún queda un rato antes de que sea noche cerrada.

No has podido irte, sucio. No me marcharé de Pedregal sin poner tu cuello bajo mi zapato.

–Había un retrato ahí –señalo un rectángulo en la pared donde la pintura es más clara, el lugar donde colgamos la foto de madre hace años.

–El *living* necesita una mano de pintura –responde Gladis. Me quita la colilla de entre los dedos y la deja en el cenicero.

–¿*Living*?

–Habitación de estar en inglés –aclara Tariq.

No entiendes nada, morito. Me estáis poniendo de muy mal humor los dos. Aprieto el cenicero con las dos manos hasta que el olor a humo me llena la nariz. La niña me mira y sigue recitando como si yo tuviera la oración escrita en la frente. Saco otro cigarro y me lo enciendo, esta vez sin pedir permiso.

–¿Dónde está el retrato?

–Cayo lo quitó. Era tu mamita, ¿verdad?

–Mi mamita, como dices tú, se cagaba y se meaba encima.

–Eres mala –dice Yori interrumpiendo su oración.

Gladis:

–Yori, no.

–Es mala –dice a su madre–. Cayo le ha dado un tortazo porque es mala. Ya no quiero su vestido.

Se levanta, agarra el traje de comunión y lo tira por la ventana. La madre corre al callejón para recuperarlo.

Es mi vestido. Aquel trozo de tela manchado de sangre y polvo.

Gladis regresa con el barullo de tejido blanco en las manos, regaña a su

hija, que canta a gritos la canción del karaoke de la tele, otra vez sentada en el suelo.

–Lo encontramos en el baúl –dice Gladis exhibiendo el vestido ante mí–. Lo tuve varios días en remojo, y mira, al final no parece el mismo.

–Pues es el mismo.

No quiero perder un segundo en ese trapo, me da igual que lo lleve una sudaca o que se lo echen de comer a las cabras. Si fuera por mí lo quemaba con este cigarro. Pero soy muy dócil, no lo haré. Me atrevo a lanzar la colilla al callejón por encima de la cabeza de Gladis, luego expulso el humo de la última calada hacia Tariq, que sigue plantado con las manos en los bolsillos.

–Por qué no me dices dónde ha ido Cayo.

–Deberías llamarlo papá –contesta Gladis–. Es tu papá a pesar de todo.

–¿Y a ti? ¿Cómo debería llamarte a ti? ¿Esos nombres tan raros son vuestros nombres de verdad?

–Si quieres te enseño el pasaporte.

–Ah, ¿pero tenéis papeles y todo?

–Sí, señora. Y modales también tenemos.

Me aburrís. Me aburrís profundamente con vuestras sonrisas y vuestras caras de complacencia. Tengo que salir de este antro.

–Tu padre está en el humedal.

–¿El humedal? ¿Qué hace allí?

–Compró el club hace unos años, cuando vinimos a vivir con él.

–¿El Lagarto?

–Sí, el club de la laguna –dice espiando a la niña.

–El puticlub, querrás decir.

–Yori, vete a tu cuarto.

–No quiero. Quiero un vestido nuevo. No quiero el vestido de una tuerta.

–Vamos, fuera –Gladis agarra de los hombros a la niña y las dos salen en dirección a las habitaciones. Por el pasillo resuena la voz aguda de Yori cantando la canción del karaoke.

–Águeda, qué hacemos en este sitio –Tariq suena irritado.

–Nadie te invitó a venir.

Mira el reloj de su teléfono. Vuelve a guardarlo.

–Nos da tiempo a irnos en el último autobús.

–Me alegro por ti.

–No estás bien, tenemos que volver a Madrid, te puedes poner de parto en cualquier momento.

Tú no sabes nada. Crees que viviremos felices tomando té moruno en el jardín de vuestro chalet. No te das cuenta de nada.

–He llamado al seguro, nos mandan el coche a Madrid la semana que viene.

–Puedes irte cuando quieras.

Salgo al pasillo. Él viene detrás como un perro faldero, no deja de hablar, pero ya no lo escucho, sólo siento el runrún lejano de su voz hasta que, un momento antes de salir a la calle, Gladis me frena:

–Espera a tu padre, Jara.

Tengo la mano en el agarrador de la puerta. Por un instante decido no darle réplica y salir al callejón, pero acabo girándome sin soltar el pomo. Tariq está en el pasillo, entre las dos, iluminado por la luz que llega desde la salita. Nosotras estamos casi a oscuras en los extremos del corredor, apenas intuyo el brillo de sus ojos burlones.

–No me llames así –la señalo con el índice de la otra mano–. Tú no eres nadie para llamarme así.

–¿Jara? –Tariq pone esa cara de oler mierda tan suya.

–Así la conocen en el pueblo –ella se recoloca el vestido de flores–. Unos dicen que es por el color del pelo...

No sonrías así. No me conoces.

–...otros, bueno, ya sabes lo que dicen otros.

–Cállate, zorra –me esfuerzo para no levantar la voz. El pomo de hierro ya está caliente bajo mi mano–. No eres más que una zorra.

–¡Basta! Las dos –Tariq apunta con los dos brazos a las esquinas, como si estuviéramos en un ring de boxeo.

Abro de un tirón la puerta. El pomo choca contra la pared haciendo un agujero, trozos de cal blanca se esparcen por el suelo del pasillo como las piezas de un puzle roto.

–Me voy a ver a mi madre.

–¿Tu madre?

–Al cementerio.

–Si aún está allí –dice Gladis.

Maldita zorra, ¿qué quieres? Voy a acabar matándote a ti.

–¿Se llevan a su madre? –Tariq tampoco entiende.

Ella mira el desconchón que ha dejado el golpe del pomo contra la pintura y sacude la cabeza con lentitud, como si nosotros no entendiéramos la situación. La punta de su lengua le asoma entre los labios justo antes de

responder a Tariq:

–Se llevan el cementerio.

Me duelen las manos. Me duele la cabeza. Me duelen los pies y también las rodillas. Me duele la bolsa de líquido amniótico que cuelga de mi buche. Para ir a la tumba de mi madre no hay más remedio que cruzar el pueblo a pie, y tendré que hacerlo dentro de este fardo debilitado que es mi cuerpo. Al menos tengo en el bolsillo el tabaco de Gladis. Aunque no es de noche, el sol ya se oculta detrás de los muros y en el aire resuena el arrullo de los palomares mezclado con las campanas de la torre, las tripas se me retuercen con cada tañido, creo contar ocho mientras bajo hacia la iglesia por la cuesta de Roque. Dos calles más allá encuentro a Petra sentada en el mismo peñasco de esta mañana, con las manos sobre las rodillas, como si descansara después de un duro trabajo. Ya no lleva el pañuelo, la cabellera blanca le cae sobre los hombros. Las agujas de coser están torcidas y el ovillo púrpura despedazado en mitad de la calle. Algunos retales se enredan entre las patas de Régulo, que ahora está frente a la anciana.

Suena el teléfono. Otra vez no, morito.

Petra levanta la cabeza al escuchar el tono de la llamada, las dos nos miramos en silencio hasta que el timbre se agota. Un hilo de saliva le brilla en la comisura del labio cuando mueve los ojos hacia los restos de la madeja, que el viento esparce por la calle como confeti.

–Mira lo que has hecho –le dice al zorro.

Decido continuar hacia el cementerio.

–Oye, oye, ¿adónde vas?

Ella repara en mí como si me estuviera viendo por primera vez.

–A hacer un recado.

–¿Has visto a mi padre?

–Estará en el campo.

–Tengo que hablar con él.

–Ya vendrá, no se preocupe.

–Es que tiene que probarse el jersey.

–Luego –hago una pausa, pero no se me ocurre nada más–. Luego viene.

–Que tengo que hablar con él, he dicho –alza la palma de la mano como

si me fuera a abofetear.

–Puede que no venga nunca.

Petra sonríe, me observa de pies a cabeza, debe de pensar quién soy y qué hago frente a ella y frente a su casa y a su piedra y a su zorro, y también frente a su proyecto de jersey que ahora es un montón de hebras rojas que el viento desparrama calle adelante. El recuerdo que tenía de Petra es muy parecido a la imagen de hoy, en mi mente siempre ha sido vieja, sólo que algo menos encorvada, pero igual de gorda e imprevisible.

Vuelve a sonar el teléfono. Los ojos de Petra brillan:

–Es mi padre.  Me est  llamando mi padre!

Intenta levantarse del pedrusco, pero la inercia la hace caer de nuevo.

– Padre! –grita con los ojos cerrados.

El teléfono sigue sonando en el bolsillo de mi chándal.

– Padre!

–Tenga, tenga –saco el móvil del bolsillo y se lo extiendo.

Ella lo sujeta con ambas manos cerca del oído mientras suenan los últimos tonos de la llamada, que se superponen con sus palabras:

– Diga? S , est  quedando muy bonito, para ir a los toros, s . Ya verás qué bonito, padre.

Petra sigue hablando mientras me alejo. El teléfono suena otra vez y ella vuelve a hablar sin descolgarlo, aún la escucho después de doblar la esquina y encarar hacia la iglesia. Su voz desaparece cuando llego a la plaza.

En los postes de los faroles han colgado carteles escritos a mano: «Teatro clásico por la repoblación. *Medea, Antígona, Edipo rey*. A partir de las 21:30 horas frente a la iglesia».

Silo cruza la explanada, hace señas con los brazos a un autobús que intenta entrar a la plaza por la calle de enfrente.

– Alto!  Por aquí no!  Aqu  no!

El autobús da marcha atrás muy despacio y desaparece.

Falta más de una hora para la función y ya hay gente sentada en la escalinata. El escenario, por llamarlo de alguna forma, es un telar negro que han colgado en el otro extremo de la explanada, para que –como explica Silo a los que han bajado del autobús– desde las escaleras de la iglesia se vea y se oiga todo perfectamente. Mi idea es cruzar la plaza lo más rápido posible aprovechando el barullo de los que acaban de bajarse del autobús y siguen las instrucciones que Silo les da desde mitad de la escalinata. Aprieto el paso con

la mirada en las puntas de mis zapatillas, pero no puedo evitar el encuentro con un grupo de actores que charlan en mitad de la explanada vestidos con togas negras.

–¡Jara!

No levanto la cabeza, me concentro en sortear con mis zapatillas los bajos de las sotanas a toda prisa.

–¡Águeda! ¡Aquí!

Entre los hombres de negro resalta la figura de Isabel vestida con túnica blanca. Lleva el pelo recogido en una trenza que le cuelga sobre el pecho.

–No te conocía –me justifico por decir algo.

Dudo si seguir caminando o acercarme, pero ella se mueve más rápido, está a menos de un metro de mi barriga.

–¿Has visto qué guapa me han puesto? –acaricia con los dedos la punta de su trenza–. No me ha dado tiempo a decírtelo esta mañana, tú también estás muy guapa, te queda muy bien el... la... el... ojo.

–Tengo prisa.

Ella se acerca despacio hasta posar sus manos en mi vientre. Yo escondo la cara entre las greñas, cómo te atreves a tocarme delante de toda esta chusma, no aprendes a estar lejos de mí, siempre hay alguien dispuesto a incordiarme. ¿Por qué no me dejáis tranquila de una vez?

–Qué nervios, ha venido un autobús lleno de gente de la capital a ver nuestra función –examina mi panza como si fuera una sandía–, y yo no hago teatro desde el colegio, tengo un nudo en el estómago... Qué bien que hayas venido, así estaré menos nerviosa.

–Voy al cementerio.

–Te va a encantar la obra, hago de Yocasta.

–No entiendo mucho de teatro –levanto la cara y la miro directamente.

Isabel endurece su gesto. Los ojos se le vuelven más negros, casi opacos, al ver la hinchazón de mi mejilla.

–¿Qué te ha pasado?

Con la punta de sus dedos fríos me roza el pómulos. Eso ya sí que no.

–Preocúpate de tu función.

Aparto su mano de mi cara y salgo lo más rápido que puedo hacia el cementerio.

–Te ha pegado. ¡Ha sido él!

Escucho su voz por encima del jaleo que la chusma empieza a formar en la escalinata y me alejo con paso decidido, fingiendo no oír las tonterías de

Isabel. No dramáticas. A ti no te incumbe nada de lo que me ocurra esta noche. Nadie me hace nada. Todo me lo hago yo.

A la salida del pueblo, las tapias de los corrales ya están cubiertas por la penumbra del atardecer. El camino al cementerio es una cañada honda que se conservaría como antaño de no ser porque los cipreses que bordeaban el paseo han desaparecido. En su lugar hay agujeros de un metro de hondura, el cazo de la excavadora ha cortado las raíces, que se mueren dentro de la tierra. Cada cuatro o cinco pasos, un nuevo socavón. Los hoyos se extienden a lo largo de la cañada, como mordeduras en el camino, hasta un viejo cartel de latón con la palabra «camposanto». En la entrada al cementerio está aparcada la retroexcavadora, aún en marcha y con las luces de emergencia puestas. Quizá Gladis no ha mentado; a mi izquierda, en lugar de la tapia del cementerio, veo el perfil de las sepulturas sobre la luz rojiza del atardecer. No hay tapias, ni paredes, ni nada que se le parezca. Las sombras de algunos operarios caminan entre los cascotes del derribo; hablan, ríen y sus dientes blancos todavía son visibles mientras amontonan los escombros.

El motor de la excavadora se detiene. El conductor llama al resto de obreros, hora de irse. Cuando alza la visera de su gorra, compruebo que es el mismo hombre que nos encontramos en la gasolinera, el que ayudó al gordo de los cupones a levantarse. Evito sus ojos, me pierdo entre las lápidas con la esperanza de que él y los demás obreros se vayan cuanto antes, pero sé que aún me mira. Al cabo de unos segundos escucho su voz entre las cruces de mármol.

—Date prisa, te están esperando desde hace ya un buen rato.

Hace más de diez años que no visito la tumba de mi madre. Entre tanta cruz de piedra, sin la referencia de las tapias ni los cipreses, el cementerio parece no tener fin, me cuesta ubicar dónde fue enterrada exactamente. Una buena hija no tendría este problema.

Allí está él, sentado sobre una lápida con los pies apoyados en la tumba de enfrente. Fuma con los brazos sobre las rodillas. Los ojos saltones avivan su perfil sobre la escasa luz del horizonte rojizo. El ruido de los obreros recogiendo la herramienta se va apagando, o soy yo la que ya no puedo prestar atención a nada más que a esta inesperada reunión familiar. Me acerco despacio. Siento la goma de los calcetines apretándome los tobillos a cada nuevo paso. Cuando estoy a una tumba de distancia, él habla:

–Se te ha olvidado la faca.

Ir a matar y que la víctima te recuerde que has olvidado el arma. Propio de una hija que nunca estará a la altura de su padre.

Aguantamos el uno frente al otro, nos separa la losa que cubre los restos de mi madre. Él mira hacia la tumba. Tiene el puro en la boca, da pequeñas caladas y el humo denso le resbala por el rostro. Yo debería responder, pero todo lo que se me ocurre es echar un vistazo a mi alrededor: unos metros atrás se apilan los cascos vacíos de las cervezas que los obreros han dejado junto a la estatua de un ángel.

–Tú qué sabrás –lo suelto sin pensar. Las palabras están recién salidas de mi boca y ya me arrepiento, es la réplica de una niña.

–No sabes esconderte. No te puedes esconder de mí por mucho que quieras.

Me habla sin mirarme mientras frota la planta del zapato en el mármol para deshacerse de los restos de tierra.

–He venido. Aquí estoy –digo abriendo los brazos de forma estúpida.

Me gustaría poder decirle que mi vida no es como él cree; que concilio el sueño con facilidad, que no trabajo en un sótano atendiendo a otros insomnes, ni tengo un novio biempensante que se plancha las camisas escuchando a un tal Bach, ni unos suegros cultos y adinerados capaces de satisfacer hasta el último capricho de su futura nieta –no sé por qué todos hablan en femenino, yo nunca he dicho que sea una niña, para mí no es nada de momento–. Me gustaría haber sido fuerte para no responder a su llamada.

La línea roja del horizonte casi ha desaparecido, sin embargo veo con claridad la camisa a medio abrochar y la decepción en su rostro cuarteado por las arrugas.

Sigue fumando, pensativo.

Nos quedamos en silencio, como hacíamos antes. Los palomos arrullan a lo lejos, puede que entre los alcornoques que hay al otro lado de la carretera. El zumbido de un camión me ayuda a no pensar. Mi padre soba el puro con las yemas de los dedos, lo manosea, lo devuelve a la boca y una llamarada del mechero hace que la colilla casi apagada recobre un fulgor anaranjado que le ilumina la cara. Yo sigo de pie. La cruz de la tumba de madre apenas se distingue del cielo negro. Saco el paquete de cigarrillos robado a Gladis. Aún le quedan tres pitillos. Los dos fumamos ante la quietud del lecho de madre.

–¿Qué han hecho con las tapias? –pregunto.

Él otea a su alrededor con desgana.

–Así corre mejor el aire –dice expulsando el humo.

–Hubiera sido más lógico que se llevaran los restos de las tumbas antes de hundir las paredes. Digo yo.

–Tampoco creo que los muertos vayan a salir corriendo.

Da otra calada abriendo mucho los ojos, que se ven muy blancos en la oscuridad.

–El otro día se llevaron los cipreses –dice después de un rato.

–¿Adónde?

–Yo que sé. Se los llevaron –señala hacia el camino que va al pueblo–. No taparon ni los agujeros. Harán otro cementerio, este ya...

–¿Qué es lo que quieres?

Tú no vas a usar frases vacías conmigo, padre. Tú no.

–¿Te has casado? Tienes que casarte –dice mirándome al vientre.

Un pinchazo me cruza el cerebro desde la prótesis hasta la nuca. Quiero decirle que me casaré lejos de esta tierra enferma.

–Debería coger una piedra y reventarte los sesos.

–¿Quién te lo impide? –él extiende los brazos como si quisiera ser acribillado. Su pecho asoma por la camisa abierta casi hasta el ombligo– Hazlo y así descansaremos todos.

–Voy a ser madre.

–Eso ya lo veo. Me lo tenías que haber dicho cuando te llamé.

–Bastante tienes con tus fulanas.

Él ríe con el puro en un extremo de la boca.

Oigo el crujido de su espalda al enderezarse.

–¿Ves qué lista es la muchacha, Tránsito? –habla mirando hacia la losa de mármol–. Ya te decía yo que iba a llegar lejos.

–Fuiste tú.

–Fuimos los dos. Además ya da igual, no va a resucitar –apaga el puro sobre el mármol blanco–. Ni falta que hace.

La cabeza me da vueltas. Siento las gomas de los calcetines como grilletas en mis tobillos. No te caigas, chica, ni te pongas a llorar. Aprieta bien los dedos contra la barriga. Aguanta. Querría lanzarme a su cuello, pero los brazos me pesan, y en pocos segundos estoy sentada sobre la tumba, buscando la forma de no desplomarme al ver sus pies acercándose a mí.

–Ayúdame a morir, Jara.

Su tono es tan ronco que dudo de si es una súplica o una amenaza. No

puedo mirarte, estoy cansada de fingir, no puedo más, padre. Me voy a caer.

–Pues rájate el pescuezo, sabes de sobra cómo hacerlo.

Él apoya las zarpas sobre la tumba, su cara junto a mi oído, lo siento resoplar entre mi pelo, me habla muy cerca, como si fuera a tragarme:

–Tienes que hacerlo tú, Jara.

Intento no moverme mientras jadea.

–Muérete ya y déjame vivir tranquila.

–Ayúdame –sigue jadeando–. Ven al Lagarto conmigo, tengo el coche en la entrada del pueblo. Pero no le digas nada al moro, no debiste traer a nadie, esto es entre tú y yo, Jara. Es nuestro.

Me traes a esta pocilga para que todos vean la cara que pongo al doblegarme ante ti.

–Para mí ya estás muerto.

Sus dedos rozan la mejilla que golpearon esta tarde; una mano áspera con olor a óxido me acaricia el pómulo hinchado, luego pasa los dedos por mi pelo, lo hurga con la desmaña de quien hace algo por primera vez. Yo cierro los ojos. Me siento muy débil. Él agarra un mechón de mi pelo entre sus dedos, lo tensa, siento cómo me tiran las raíces dentro de la piel. Estoy en sus manos. Poco después me suelta. Lo escucho alejarse entre las lápidas, la tierra desaparece bajo mis pies y caigo, caigo, caigo, rompo a llorar con la barriga entre las manos, toda la oscuridad del mundo está aquí, en este cementerio sin puertas, que no se sabe dónde empieza ni dónde acaba, que se extiende en la noche y se mezcla con la vida bajo el canto lúgubre de los palomos, que se ríen de mí porque no sé, nunca he sabido, llorar delante de nadie.

Al menos él se ha ido.

Es noche cerrada sobre las tumbas del camposanto. No se oye a los palomos, sólo el roce de mi pantalón contra el mármol cada vez que deslizo las piernas para encogerme sobre la sepultura. Antes del embarazo, despertaba a menudo en esta misma posición, dentro del antiguo embalaje de un aparato de aire acondicionado que uso para guardar la ropa, lo bastante espacioso como para caber de costado con las piernas flexionadas, como un feto. De mis cajas siempre tengo que tachar esas letras grandes, en negro, en las que pone «muy frágil» junto a los iconos de un paraguas y unas flechas apuntando hacia arriba. Simplemente permanecía allí dentro mientras los chándales, las camisetas y los vaqueros quedaban esparcidos por el piso. Respirar el olor áspero del cartón me hacía sentir bien.

Al incorporarme, tengo ante mí el cielo sin estrellas. Intento buscar un poco de brisa, pero el aire del cementerio se ha vuelto denso y estático. Recuerdo lo que me ha traído hasta aquí, y a pesar de mi determinación, veo el objetivo más lejano y difícil de lo que esperaba. Pongo la punta de los dedos sobre el pómulo; la mejilla izquierda no ha parado de latir, eso me mantiene alerta. El dolor, la humillación y la rabia contenida todos estos años no me permitirán olvidar por qué estoy aquí, no vine a arrastrarme por la tierra, buscaré la forma de matarlo esta misma noche. O tal vez no sea capaz. Tariq tiene razón, me contradigo demasiadas veces para lo poco que hablo. Es difícil imaginar a una persona más contraria a mi padre que Tariq: su buena educación, sus revistas de Historia, sus discos de Bach, esas manos delicadas que no han apretado ni el tapón de un refresco. Debes de estar muy asustado, morito. Si pudieras entenderme, te diría que lo único que lamento del bofetón que me ha dado mi padre, lo único, es no haber tenido tiempo para retener ese zarpazo en mi mejilla y así saborearlo mejor. Mi padre ha cumplido, soy yo la que no estuvo a la altura. El próximo encuentro será diferente, padre; golpearé tu cabeza contra el suelo hasta que me duelan los brazos, hasta que sienta el crujido de tu cráneo contra la piedra. En mi cerebro resulta todo muy fácil.

He de ponerme en marcha.

Sobre la esquina de mármol reposan los restos del puro. Al recogerlo veo que ha dejado una mancha sobre la piedra blanca. No puedo evitar acercármelo a la nariz, huele a vino y a ceniza, lo aprieto contra la costra de mi mano lo más fuerte que puedo, lo aprieto más y más hasta que la sangre brota de nuevo en un reguero que se escurre por mi puño. Te huelo en este tabaco, Cayo. Nunca tuve el valor de llamarte por tu nombre. Tampoco me dirigí a ti como cualquier hija lo haría, ni de ninguna otra forma. Siempre eres tú el que me llama.

Empiezo a caminar despacio entre las tumbas.

Un camión destartado pasa por la carretera dejando un tufo a cerdo que se extiende sobre las losas. Regresa el ulular de los palomos desde el alcornocal; primero uno solo, luego los demás, uh, uh, uh, uh, uh, desacompañados, van llenándome la cabeza otra vez con ese canto agónico. El agua de mi vientre se agita, la siento centrifugar, mi piel es un traje que me está pequeño desde hace tiempo, pero la incomodidad me nutre de rabia, jamás podría matarlo si mi cabeza estuviera pensando en sábanas rosas o azules para *el bebé*. Quizá lo que ha dicho mi padre es verdad; tal vez quiere morir pero sabe que yo no le haré ese favor y por eso me lo pide.

La ausencia de los cipreses convierte la vuelta al pueblo en una trampa, un sendero rodeado de hoyos a los que caer y no salir nunca más, un buen escondite para cobardes como yo. Sin duda mi padre se está burlando de mí, me ofrece su pescuezo para demostrar que no seré capaz.

Voy dejando a mi espalda las tumbas y los socavones de la cañada, donde la claridad de la luna ilumina las raíces de los cipreses. Arrastro los pies por la tierra hasta topar con las primeras farolas del pueblo, que manchan las calles de una luz amarilla. Sobre los tejados, el campanario de la iglesia irradia una luz azulada. El pueblo está en silencio. Podría desabrocharme la chaqueta del chándal y dar un paseo por las calles ahora que todo el mundo está en la función, pensar en cómo llegar al Lagarto, o en si realmente quiero ir allí. ¿Debería hacerlo? No estoy obligada, no tendría por qué. Tengo un trabajo en el que el lunes me pedirán explicaciones por fumar en la taza de la jefa, quizá debería preocuparme de eso. En pocos días daré a luz, no tengo que hacerle ningún favor a mi padre, puedo irme a Madrid con Tariq y simplemente olvidar. Puedo hacer lo que me apetezca. Aún tengo tabaco. Sería perfecto estar ahora en mi apartamento viendo la tele desde el sillón y fumando tranquilamente con los pies sobre una caja de cartón.

Un perro aúlla cada vez más cerca. Me lo encuentro de frente al volver

la esquina. Estamos a menos de dos metros, el uno frente al otro. No es un perro, es un zorro. Tiene el pelaje deshilachado y baja la cabeza, como haciendo una reverencia, pero sus ojos no me pierden de vista mientras un quejido le sale de la nariz. Me acerco a él muy despacio, quiero tocarle la cabeza, que me lama las costras con su lengua áspera y caliente. Por mi barriga cruza un escalofrío. Le ofrezco la mano donde llevo la colilla del puro, el pobre bicho acerca el morro al tabaco sin llegar a tocarlo y es entonces cuando veo que en sus bigotes hay restos de lana roja. Intento quitárselas, pero el animal se asusta y huye hacia el cementerio, se lo traga la oscuridad y yo vuelvo a moverme sin rumbo.

Acabo otra vez en la plaza del teatro. Los accesos están bloqueados por unas vallas de color amarillo. Sobre la fachada de la iglesia cuelgan dos grandes focos que iluminan el escenario de la explanada. Han puesto un par de columnas de cartón junto a la tela negra, y delante de las columnas se mueven dos adultos y un niño a los que la gente mira en silencio desde la escalinata. Uno de los adultos va disfrazado con barba blanca y la ropa hecha jirones, exageradamente preocupado en mirar al vacío para que el público entienda que es ciego. El otro adulto viste una túnica negra, se mueve altivo por el escenario, con el mentón hacia arriba. Debe de ser el rey de algún sitio, por la forma en que lo trata el anciano. El niño simplemente se agarra a los harapos del viejo, que ha empezado a discutir con el de la túnica negra: «Tú eres el responsable de los males que asolan esta ciudad, también has profanado tu familia». El rey levanta los brazos bajo la túnica como si alguien tirara de ellos desde arriba, luego mira a los espectadores. No os cansáis de fingir, no os vale con vuestros papeles de todos los días, vuestras muchas actuaciones, las múltiples maneras de mentir a los demás en cada momento de la vida. Prefiero mil veces antes las películas; al menos la farsa no ocurre en vivo, no se pavonean delante de ti, los actores de las películas son gente con la que nunca te cruzarás, o puede que incluso ya estén muertos. No serán nunca tu vecino, ni tu prima la del pueblo. Qué más quisieras. Como mucho los verás haciendo el ridículo en algún *reality* de la televisión.

El ciego culpa al rey de haber matado a su propio padre, y los espectadores lanzan un *oh* de espanto, casi todos a la vez. Me agarro con fuerza a la valla. El frío del metal consuela las heridas, pero mi pulso se acelera al ver en lo alto de la escalinata a Tariq y las peruanas; están en el umbral, no sé si entran a la iglesia o están viendo la obra. Tariq me mira. Quisiera calmarme, pero sólo tengo ganas de irrumpir en la plaza y

desmontar este absurdo, cada nueva frase se clava en mi cerebro, «Este día te verá nacer y te destruirá», me hace querer arrancar cada pelo de mi cabeza, librarme de la inflamación de mis tobillos castigados por la goma del calcetín. No sigáis mintiendo, dejad esta pantomima, sólo sois títeres. Yo os detendré. Arrastro la valla hacia delante. El estruendo de la chapa contra la piedra hace que los actores se giren hacia mí. Me sitúo junto al rey. El ciego me mira. Busco a mi padre entre el público y sólo veo las luces de los focos que me calientan la frente mientras la obra sigue parada. Esperan a que alguien me eche del escenario, los murmullos aumentan. Yo debería decir algo, pero noto el cuello empapado en sudor. Quiero gritar y después huir de esta ratonera. Entre el público se oye: «¡Bicha!». Al cabo de unos segundos otra vez: «¡Sal de ahí, bicha!», como un susurro a pesar de la distancia. El ciego continúa con su discurso, habla moviendo la barba postiza a cada sílaba. Se dirige al rey, pero me mira a mí: «Me voy porque ya he dicho aquello para lo que vine, no porque tema tu rostro». El murmullo de Silo intentando echarme suena mucho más cerca: «¡Fuera de ahí, bicha! ¡No me hagas sacarte!». El ciego no se va. Sigue con las acusaciones. Yo pienso en Cayo. El Morueco. Mi padre. ¿Estás aquí, animal? Te estás burlando de la tuerta, la dejas que haga el ridículo delante de estos que murmuran, «¡Fuera!», grita un espectador anónimo, cansado de ver al cíclope del pelo rojo, ese monstruo que estorba en el escenario, donde sigue la farsa: «...ciego cuando antes tenía vista...». La barriga se me descuelga, agárrala bien fuerte con las manos cortadas, «...a tierra extraña tanteando el camino con un bastón...». Sal del escenario. Deja de estorbar. Sólo eres un monstruo que porta otro nuevo engendro en su vientre. Escóndete. Sube por la escalinata como puedas, ábrete paso entre la chusma, empújalos con tus puños si hace falta, eso es, déjalos que protesten, que insulten, ¿acaso importa? Tú sigue hacia arriba, pronto llegarás a la puerta de la iglesia, sigue un poco más, rápido, se apaga la luz. Ya estás dentro.

En la iglesia, unas cuantas velas a la entrada y la luz pálida del retablo se imponen a la penumbra de la nave central. Huele a incienso. Me paro junto a las velas para recuperar la respiración, los chorretones de cera forman un montículo amarillento sobre el suelo. Intento explicarme lo que acabo de hacer ahí fuera, pero es tan patético que mi mente rechaza cualquier justificación.

A un metro de los cirios está la pila de agua bendita. Meto las manos,

me lavo la cara con cuidado de no sacarme la prótesis. La frescura en los pómulos y en la nuca me reconcilia levemente conmigo misma, así que apoyo la espalda en la pared, justo en el hueco entre las velas y la pila. Desde uno de los primeros bancos, tres viejas se han girado a mirarme y cuchichean sin ninguna discreción. Parecen un solo bulto negro de tres cabezas.

Doy largas inspiraciones y suelto el aire despacio. Sé que no hay tiempo para descansar.

El pórtico se abre con un golpe seco. Por la rendija asoman los ojillos de Tariq, que se acerca dando grandes zancadas al verme. Las peruanas entran detrás, pero se mantienen a cierta distancia de mí.

–Te estábamos buscando.

Me aprieta el brazo. No, morito, no empieces otra vez.

La niña se suelta de la mano de Gladis y viene corriendo hasta chocar con mi barriga y abrazarla con sus brazos morenos y delgados. Lleva dos coletas sobre las orejas, una de ellas se me clava en el ombligo. El calor de su mejilla me molesta. Gladis permanece unos metros detrás de Tariq, muy cerca del pórtico. Tú mejor no te acerques, quédate en la puerta por si tienes que huir; no eres menos puta por llevar la camisa abotonada hasta el cuello y esa rebeca de lana verde. Eso es, mira al suelo, cobarde. Eres tan cobarde como yo.

–¿Te han robado el teléfono? –Tariq no me suelta el brazo y la niña sigue colgada de mi barriga. La pila a un lado, los cirios a otro y detrás la pared de piedra me dejan encerrada–. Te he llamado y contesta una mujer mayor. Y Silvia me está llamando a mí, no hay nadie en nuestro turno, ya no sé qué decirle.

¿Qué esperas que conteste?

–Dile que me duele la barriga.

–Hay que ir al médico, nos hará falta un justificante.

Maldito niño bueno. Me cago en tu responsabilidad, me cago en tus estatuas y en tus *National Geographic*, me cago en Bach y en tus camisas bien planchadas.

–No has venido a mi ensayo –dice Yori.

La niña clava su barbilla en mi ombligo y mantiene la pregunta en sus ojos negros.

–No sabía nada.

–Sí lo sabías. Te lo dijimos esta tarde; que hoy era el ensayo de la comunión. Hemos cantado todos los niños juntos una canción que se llama

«Madrecita» y luego hemos recitado la petición, cada uno la suya, y yo no me he equivocado. Don Evelio dice que lo he hecho la que mejor, me la sé de memoria, mira: «Para que nuestros padres y familiares sepan ayudarnos a ser cada vez mejores cristianos, siendo ejemplo para nosotros, roguemos al Señor».

–«Señor, escucha y ten piedad» –dicen las tres viejas a la vez, que han venido hasta nosotros y se han puesto detrás de Tariq.

Yo pienso en don Evelio. Tendrá ochenta años como poco. Echo un vistazo rápido, temiendo encontrarlo entre los bancos o pululando por el altar. Él siempre me decía que yo era un demonio, que hasta tenía el pelo del color de los infiernos, y que Dios me había quitado un ojo por hacer lo que no se debe. Pero usted sabe que no fue Dios, don Evelio. Y no digo que no me lo merezca, pero Dios no tuvo nada que ver. Dios no sabe nada de mí, ni de mi padre, ni de mi madre. Dios se dio media vuelta hace muchos años y nunca más asomó por el callejón.

–Nosotras sí te hemos visto actuar, ¿de qué hacías? –Yori sigue agarrada a mí. No entiendo su cariño. Me parecía mucho más razonable la actitud de esta tarde en la casa, cuando el lío del vestido, más acorde con lo que yo merezco.

–Se te ha olvidado lo que tenías que decir y por eso te has ido del escenario, ¿a que sí?

–Yori... –Gladis intenta detener a la niña. Se ajusta la coleta y la piel de la frente se le tensa. El pelo bien recogido, eso es, no vaya a ser que alguien piense que eres una fulana. Deja a la niña. Y cállate. Sobre todo cállate.

Tariq y las viejas están en silencio. La niña sigue con lo suyo:

–No te preocupes –da golpes con la barbilla sobre mi vientre–, yo cuando he subido al altar a hacer la ofrenda me he quedado parada sin saber lo que tenía que decir, como tú, pero luego he mirado a mi madre y me ha salido del tirón. Si quieres te la recito.

Me dan ganas de agarrar a la niña de las coletas y lanzarla contra la pila.

–¿Dónde está mi padre?

La pregunta va a Gladis, pero elijo mirar a Tariq, que es el que responde:

–No lo hemos visto, creemos...

Ella interrumpe a Tariq:

–Lo mejor será que volvamos todos a la casa para cenar, ¿sí?

Odio tantos remilgos. Estás ahí agazapada junto a la puerta y te atreves a

decirme lo que debo hacer.

–«Padre, te ofrecemos el vino, que pronto será la sangre derramada por tu hijo. Queremos que sea para nosotros y para todos los cristianos símbolo de amor y de alegría».

–Bueno, ya está bien –me arranco a la niña de la barriga, que da media vuelta y corre hacia la madre.

Las viejas se acercan a mí. Visten faldas y rebecas de color negro, parecen tres arañas peludas. Entre Tariq y las ancianas forman una barrera a mi alrededor.

–¿Es la hija de Cayo? –pregunta la anciana más bajita.

–Sí, la del Morueco, ¿no le ves el ojo de cristal? –contesta la del pelo blanco.

Hablan como si yo no estuviera presente. La tercera lleva unas gafas oscuras, el mentón le tiembla al decirme:

–Mocetona, ¿te acuerdas de mí?

La anciana bajita contesta:

–¿No se va a acordar? Si no es por ti se hubiera desangrado como un puerco.

La mujer de gafas oscuras sonrío con timidez. Su pelo gris parece de alambre. Debe de ser una buena persona, y yo una bicha rara y despreciable por no haberla reconocido.

Con dos dedos de una mano, la anciana alza las gafas y veo sus ojos antiguos; una pupila negra, la otra recubierta por una telilla de color lechoso.

–No tengas miedo –dice sonriente.

Doy dos pasos y luego reculo hacia la pared. El calor de los cirios me calienta la cabeza como si el pelo estuviera ardiendo. Usted, señora, qué sabrá lo que es el miedo. La recuerdo, cómo no recordarla. Su pelo era más negro y más largo, pero la pupila blanca es la misma. Recuerdo mis rodillas sobre las piedras del callejón, la sangre caliente por mi pómulo, tiñendo el mundo de rojo, usted soltando la cesta de la compra y luego gritando socorro. Recuerdo su mano limpia y fría taponando la cuenca sangrante. No me debió dar auxilio. Debí escupirme.

–Menuda vas de chula con tu ojo nuevo –la anciana bajita intenta hacerme un cumplido—. Parece de verdad y todo.

Maldito Tariq. La culpa es mía por aceptar tu regalo sin rechistar. Maldita yo por ser tan gallina. Mi padre estará muerto de risa. La rabia me corre dentro de la piel, agarro uno de los cirios encendidos, el más grueso, lo

aprieto con las dos manos hasta sentir la cera caliente chorreando por mis dedos y petrificándose al instante.

–¿Vas a hacer una ofrenda tú también, como la niña? –la vieja del pelo blanco habla a voces. Debe de ser sorda, además de imbécil. Me dan ganas de quemarlo todo. Quemar a las tres viejas. A las peruanas. A Tariq. Quemar esta iglesia y este pueblo. Quemar la plaza y a los idiotas del teatro. Quemar el Lagarto. Quemar a mi padre.

–Deja eso en su sitio, Águeda –Tariq se acerca despacio. Sabe que soy peligrosa con el fuego. Pone sus manos en mi vientre y me susurra–. Vámonos a casa.

–¿A casa?

Él me acaricia el vientre aprovechando que mis manos están ocupadas. Me mira con sus ojillos de gato tras las gafas de empollón. La llama del cirio está entre nosotros.

–¿Qué casa? –insisto–. Explícame qué casa.

–Aquí perdemos el tiempo.

–Nosotras les esperamos fuera si les parece –Gladis y Yori salen de la iglesia cogidas de la mano.

Las viejas chismorrear.

–Esa es la polaca de Cayo –dice la más bajita a la del pelo blanco.

–Peruana –contesta severo Tariq.

–Bueno, lo mismo da –contesta ella sonriente–. De por ahí.

–Sí, sí. De por ahí –asiente la del pelo blanco.

Yo me aferro al cirio, que me calienta la piel de la cara. Al otro lado de la llama, la anciana de las gafas es un borrón sobre la penumbra de la iglesia, casi un fantasma. Fuera se oyen los aplausos, luego el jaleo se apacigua y la voz de los farsantes entra por el pórtico que Gladis ha dejado abierto. Reconozco la verborrea de Isabel. Y yo aquí dentro, rodeada de viejas negras de las que ni recuerdo el nombre, aunque ellas creen saberlo todo sobre mi familia, mi padre, mi madre, mi transformación en cíclope, la vergüenza del ojo falso, la mujer que vive en casa de mi familia con una niña que ni me atrevo a pensar que pueda ser mi hermana. No tengo agallas para pedir esa explicación. Mucho menos al Morueco. Sería demasiado volver a este pueblucho para comprobar cómo te has construido una familia de mentira a expensas de mí y de mi madre. ¿Qué es lo que quieres? ¿De verdad quieres que te mate? Lo haré, y después no me verán nunca más en esta ratonera. Soy capaz. ¿Seré capaz? Me resultaría más fácil matarte si tú no me lo hubieras

pedido, ¿por qué lo estropeas?

La piel fría de las manos de Tariq intenta arrancarme el cirio que yo sujeto con firmeza. Por la puerta de la sacristía, cerca del altar, aparece una figura encorvada, camina entre los bancos, silencioso, dando patadas a la tela de la sotana. Las viejas hablan, pero ya sólo escucho algunas palabras sueltas. Empiezo a ver borroso y hace mucho calor. La boca del morito se mueve o suplica algo. El cirio desaparece de mis manos, lo veo llamear sobre la calva de don Evelio, que lo coloca en su sitio y luego se gira hacia mí y ríe con su cara siniestra. Todos bullen a mi alrededor, las tres viejas, el cura, el moro, los del teatro ahí fuera, el público que espera a que yo haga algo de una vez y por fin me quite la careta, pero hace calor, no os oigo y casi no os veo, sólo vuestras bocas moviéndose, ¿son balbuceos o risas? ¿Qué coño son? Dejad de hacerlo. No me juzguéis. En realidad ninguno de vosotros tiene idea de quién soy, no me tengáis pena, ni se os ocurra por un momento tener pena de mí, porque no sabéis nada. Necesito fumar. Busco en los bolsillos un cigarro, el paquete tiembla en estas manos llenas de cera y sangre y costras. Coloco el pitillo en mis labios. Quitá de en medio, maldito cura siniestro, lo voy a hacer. Acerco la cara al fuego de las velas, el cigarro roza la llama azul del cirio hasta que la punta se vuelve naranja y el humo llena mi cuerpo. Vosotros no tenéis derecho a meter las narices en mis temores. Seguid con vuestros absurdos discursos, yo no os escucho, ya no puedo escucharos, moved vuestras bocas como siempre hacéis, pero dejadme sola porque no os entiendo. Os juro que no os entiendo a ninguno.

En la plaza continúa el teatro. Frente a mí las nuca y espaldas del público, todos pendientes del desenlace de la función, que tiene pinta de estar terminando. Ahora nadie me mira. Noto las gotas de sudor brotando como piojos por mi cabeza y lo único que me alivia es morder el cigarro que tengo entre los dientes, me rasco los tobillos con la planta del pie, incidiendo especialmente en la roncha del calcetín; primero un tobillo, después el otro. En la escena, Isabel se retuerce y llora, junta un lamento con otro, mece su pelo negro perfectamente trenzado: «¡Ojalá no te enteres nunca de quién eres!», le dice al hombre de la túnica negra. Y tú, Jara, sigues aquí contemplando esta idiotez. Vete ya, usa la rampa de minusválidos –que al fin y al cabo es lo que eres–, baja bien cerca de los pedruscos de la fachada, con cuidado de no tocar a esa gente que ya no te observa, porque lo importante para ellos siempre ocurre en el escenario y tú hace rato que no estás. Isabel desaparece entre la tela negra mientras el resto de actores gritan al vacío con las manos extendidas. Pienso en los brazos de madre sobre la cama, en cómo yo jugaba a moverlos como si tuvieran vida, sabiendo que si los soltaba volverían a caer muertos sobre el colchón. Tengo ganas de caminar, tengo ganas de escupir, iré hasta el humedal andando si es preciso.

Desde la esquina, antes de salir de la plaza, doy una última mirada al escenario: el rey tiene los ojos llenos de sangre –una sangre falsa, por supuesto, no una sangre como la que ha brotado de mis heridas–, se rasca los ojos rojos con un broche dorado. La broma está yendo demasiado lejos, así que salgo de la plaza por una callejuela con poca luz.

–Águeda.

No me detengo. Los pasos de Tariq retumban cada vez más cerca de mi espalda.

–Águeda, ya está bien.

Me agarra del brazo y da un tirón, el peso de la barriga hace que me tambalee, pero consigo aguantar completamente erguida.

–Suéltame.

Desvío la mirada hacia los adoquines de la calle, intentando contener las

ganas de golpearlo allí mismo. Él babea al hablar:

–Me estoy cansando de esto, ¿sabes?

–Suéltame.

El tic de la nariz se multiplica y no puede disimular ese pequeño temblor en la mandíbula cuando empieza a enfadarse:

–Estoy harto ya, joder. No quiero hablar mal.

Susurra, preocupado por si alguien lo oye.

–Mírame cuando te hablo, Águeda. Me estoy enfadando de verdad.

Un estruendo de aplausos resuena desde la plaza, bravo, bravo, palmas y más palmas rebotan desde el empedrado a los desconchones de las tapias.

–Déjalo ya –le digo.

–No, déjalo tú –se pone contestón–, nos volvemos a Madrid ahora mismo.

Hunde las yemas de sus dedos en mi brazo.

–¿Te ríes? ¿Encima te ríes?

Me zarandea como esperando que así broten las palabras de mi boca. Habla tú, morito, que se te da muy bien. Yo tengo otros quehaceres.

–¿Qué es esa tontería del cuchillo?

–¿Cómo?

–Que me expliques lo que ibas a hacer con el cuchillo ese.

Ha elevado la voz sin darse cuenta y el cuello se le está hinchando. Por la esquina de la plaza viene gente hacia nosotros comentando la obra; muy bien, muy bien, un poco tremendo todo, dice una voz de mujer. Tariq se pega a mí como si nos fuéramos a dar un beso. Los espectadores continúan hacia el bar esquivando el contacto visual con nosotros, que estamos debajo de la única farola que funciona en toda la calle.

–¿Tú ves algún cuchillo? No hay ningún cuchillo –le digo mirándole a los ojos con las manos bien abiertas.

–Te lo dejaste en la mesa del patio. Un cuchillo de tu casa, el del mango verde. Es un cuchillo de tu apartamento. ¿Te parece normal traer un cuchillo? Me preguntan ellas a mí que por qué has traído un cuchillo, y yo me pregunto lo mismo, ¿para qué quieres el cuchillo?

Doy un tirón y me suelto.

No tengo que darte explicaciones, Tariq, no lo haré. Simplemente me voy y tú no me seguirás. Pero eres muy terco; en cuanto me muevo entre esa gente que va hacia el bar, me rodeas la barriga con tus brazos y pegas tu cara a mi nuca. Me sujetas, me abrazas, me aprietas contra ti bajo esta farola, y los

cuarentones y las gordas, que probablemente volverán a subir al autobús en un rato para regresar a sus ciudades y contarán a sus amigos el pueblo tan horrible al que les quieren llevar como repobladores, no pueden evitar una mirada de reojo a nuestro abrazo forzado, y luego siguen su camino hacia la terraza del bar.

–Esto no te lo perdono –escupo las palabras envueltas en rabia.

–No seas bruta –susurra él con la boca pegada a mi pelo. Acerca los labios a mi oído y noto un resto de aire caliente en mi oreja. Su barbilla sigue temblando.

Tú no decides mis movimientos. No tenías que humillarme con este abrazo a traición.

–Buenas noches.

Suena la voz aflautada de Silo junto a nosotros. Su uniforme está sucio y arrugado, pero los zapatos brillan. Tariq abre los brazos al verlo y yo doy un par de zancadas para alejarme de él. Espero la reprimenda de Silo por interrumpir la obra, en cambio él continúa andando hasta que se pierde en la oscuridad. Yo tengo que irme también.

–No me sigas.

–Puedes dar a luz en cualquier momento.

–No me sigas, no tienes que seguirme. Déjame sola esta noche.

–Mírate, Águeda. Estás desquiciada.

En la esquina de la plaza, las dos negritas contemplan nuestra comedia. La niña tiene la cabeza apoyada sobre la cadera de Gladis. Igual creen que nos iremos todos juntos a casa para preparar la primera comunión de Yori y más tarde cenaremos como una familia. Sé que tú tampoco quieres eso, Gladis. No sé a quién esperas, pero intuyo que no es a mí. Sacudo la cabeza, el pelo me cae por la cara y lo veo todo filtrado por el rojo; así os debo parecer aún más loca, ¿verdad? Lo dicen vuestras caras de temor.

–Vete con ellas.

Tariq se gira hacia la plaza. Actúa como si no supiera que madre e hija estaban ahí esperando.

–Déjame ayudarte, es mi obligación hacerlo. Soy el padre, a veces parece que se te olvida.

–No arrugues la nariz así.

–Águeda, por favor...

–No soporto que arrugues la nariz así.

–Me estás poniendo muy nervioso.

–Vete con ellas –insisto–. Esto no te incumbe.

–Te pido por favor que vengas conmigo.

Él da un paso hacia mí, me tiende la mano, pero yo reculo y le muestro las heridas de mis palmas como intentando frenar su acercamiento. Y funciona.

–Tenemos una vida por delante. Espero que un día podamos reírnos de todo esto.

–Un día te van a dar un puñetazo.

Se queda con la boca descolgada, parpadeando muy rápido al ver las costras abiertas en mis manos. A pequeños pasos me alejo de la farola que ya sólo ilumina a Tariq, y en la negrura, con las luces del bar al fondo, siento que los pulmones me funcionan mejor.

–No eres dueña de lo que dices, no te haré responsable de las tonterías que estás diciendo.

Tariq lanza su advertencia en voz alta, ahora que ya no pasan extraños por la calle, sólo Gladis y Yori, las desconocidas que viven en mi casa, nos observan. Yo sigo andando por la callejuela hasta que me engulle la oscuridad. No sé qué voy a hacer ahora. Al menos Tariq no me molestará más por esta noche. Sí, eso es lo mejor para todos. No molestes más. Vete con ellas. Vete.

La calle se ensancha en forma de triángulo justo donde las farolas vuelven a lucir; a un lado está el bar, en frente una fachada cubierta de andamios y por el tercer flanco llego yo con los pies a rastras.

La terraza la forman unas diez mesas blancas con sillas de plástico en las que los espectadores del teatro toman cerveza y torreznos. En la barra, Silo da sorbos a un vaso de chupito mientras escucha al camarero. Hay una mesa libre, pero tengo que cruzar toda la terraza hasta llegar a ella, y noto cómo los forasteros observan a esta pelirroja hinchada y cabizbaja que parece un fantasma venido de la oscuridad. Ellos dejan de hablar y se ponen serios unos segundos. Luego recuperan sus charletas, se olvidan de mí y sonrían absurdamente, no porque les apetezca, sino porque es lo que se hace cuando quieres ignorar aquello que te incomoda.

Se me escapa un *oh* al dejarme caer sobre el respaldo de la silla. La sangre hormiguea por mi espinazo, desde el cuello hasta el vientre, y las náuseas vuelven otra vez a mi gástrico. Cubro la barriga con mis manos rajadas, el montículo se revuelve furioso, haciendo olas en el mar de carne.

De lo poco que he aprendido durante el embarazo es que puedes comportarte como te dé la gana, así que abro las piernas todo lo que puedo y las estiro bajo la mesa. Podría tirarme un pedo y nadie rechistaría porque llevo a un nuevo habitante dentro de mí, sólo por eso te lo consienten casi todo, te consienten hasta que seas tuerta, lo que no podrían perdonar es que te escondieras, eso no, Jara, eso no lo van a perdonar y por eso se ríen detrás de sus vasos de cerveza y te observan con disimulo, te examinan con sus pares de ojos carnosos y flamantes mientras tú ensayas la pose de maniquí con tu pupila de plástico.

Silo aparece en el umbral de la puerta con el vaso en la mano, se apoya en el quicio como si no me viera, luego camina dubitativo, se acerca dando trompicones entre las mesas con los dedos brillantes por el licor derramado. Su esqueleto soporta el peso del uniforme a duras penas. Se para delante de mí. Apesta a sótano húmedo.

–Tú siempre liándola, bicha.

Apura el chupito de un trago y lo suelta sobre la mesa.

–Estaba muy bien aquí sola.

Silo se atusa el bigote con dos dedos y chasquea la lengua antes de sentarse.

–Ganas me han dado de sacarte del escenario de las orejas.

–No serías capaz.

Él asiente en silencio, mirando el vaso vacío.

–Llevas razón, para eso ya está tu padre –responde dando con los nudillos sobre la mesa–. A mediodía al verte me he dicho: «A esta hoy no se le va a enfriar el hato». Lo tenía yo muy claro que no ibas a llevar frío.

–No te metas. Nunca lo has hecho, no empieces ahora.

Silo se ajusta la gorra, que casi le tapa los ojos.

–Me quedan tres meses para jubilarme –dice tras un silencio–. Tinín, tráete dos orujetes.

El camarero sale con dos vasos llenos de un licor transparente y los pone en la mesa, frente a nosotros. Silo juega con el vaso, lo olisquea con los ojos cerrados y vuelve a dejarlo sobre la mesa. En esa cara seca sólo destacan el bigote partido y las bolsas de unos ojos que ahora se clavan en mi vientre.

–Qué montón de carne, bicha. Tú que toda la vida te has criado hecha un escuerzo. Cómo me hacías correr, granuja, iba detrás de ti y veía tu pelo dando saltos entre los matojos. Parecías una antorcha que iba a prender fuego a todo Pedregal.

Se agarra a los brazos de la silla y tamborilea con los dedos huesudos sobre ella. Continúa mirándome. Busca la marca del zarpazo, en silencio, como esperando a que yo le cuente lo desgraciada que soy, o que he venido a Pedregal a decirle a mi padre que va a ser abuelo y que vamos a ser todos muy felices cuando la familia crezca.

Tú no esperas eso de mí, ¿verdad, Silo?

Mejor no hables. Levántate y desaparece. Me gusta la cicatriz de tu bigote, sí, tócatela. Es un recuerdo mío que llevarás siempre; aunque la carne vaya menguando, el pellejo se fijará sobre los dientes de tu calavera después de que hayas muerto. El día que te marqué entendiste que tú no me puedes tocar. Jamás.

Bebo el vaso de orujo a pequeños sorbos, el vapor de alcohol sube al cerebro mientras la pasta transparente me arde por la garganta.

El ruido de un autobús llena la calle. Aparca frente a la terraza con las puertas abiertas y el motor encendido, los faros apuntan hacia las mesas de la terraza, cegándome unos segundos. Nada más poner los pies en el suelo, el conductor advierte a gritos de que en diez minutos los pasajeros deben subir al autobús. Silo dice: «Estacionamiento indebido», pero el conductor lo ignora y se mete en el bar.

—¿Cuánto hay hasta el Lagarto? —pregunto.

El alguacil apura el vaso sin levantar la vista.

—Tomemos otro de estos —contesta.

—Cuánto más o menos, ¿tres kilómetros?

—Seis o siete —apunta él. Luego pone la voz más grave y forma unas garras con sus manos, como imitando a mi padre—. Me ha dicho: «Trae a la Jara, tráemela esta noche».

—Llévame.

Se encoge bajo la gorra, y al momento da un respingo en la silla, como si quisiera librarse de algo.

—Tomemos otro orujo. ¡Tinín!

—Llévame.

—Cigarro que se te apagó, no lo vuelvas tú a encender.

—Qué dices de cigarro.

—Yo me entiendo.

—No vayas ahora de legal.

—Eres una bicha. ¡Tinín!

El camarero sale por la puerta con dos orujos más. En cuanto tengo el

vaso delante, lo tomo de un trago y enciendo un pitillo.

–¡Apurad las cervezas, nos vamos en cinco minutos! –grita el conductor del autobús desde la puerta del bar.

La gente bebe rápido, pero no se mueven de sus asientos, ni siquiera me miran. O puede que sí lo hagan, no entiendo bien cuál es la diferencia.

–No has tenido suficiente, todavía quieres volver a por más –Silo traga también su orujo de un golpe–. Cuídate un poco y deja a tu padre con sus jaleos. No mezcles otra vez el grano con la broza.

–¿Yo soy el grano?

–Mira cómo estás de preñada, que pareces un gorrino de veinte arrobas. No te metas en más líos, vete con tu novio y no aparezcas más por aquí. Esto está muerto.

–Están trayendo a gente.

Una carcajada se escapa por debajo de su bigote. Se gira hacia el resto de las mesas echando un vistazo a los forasteros, que beben cerveza tan tranquilos. Luego mira al cielo.

–Vaya calor hace. La lástima es que no se engancha a llover.

–Me voy, Silo.

–No me digas nada, yo no quiero saber nada. Qué secarral, a ver si cae algo. ¿Por Madrid llueve más?

Termino el cigarro y lo apago contra la mesa. Me hace recordar el cuchillo, el corral ya sin animales, sin la higuera, sólo paredes de cemento y madera cortada. Aquella casa ya no es mía. La cocina con el suelo arrancado, los muebles cubiertos de plástico, la marca en la pared donde estuvo el retrato de madre que tanto nos costó colgar. El cuarto de madre donde me llevaron hace unas horas a descansar en lo oscuro; cómo alguien agarrará su destino por el cuello si no es capaz de encender el interruptor de una habitación. No eres nadie. Pide más orujo y bebe. Eso es. Bebe más, qué importa. Tu cabeza quiere hacerlo, es tu corazón el que no quiso hundir el cuchillo en su pescuezo y ahora estás expuesta a la vergüenza. Bebe. Bebe y sigue destruyéndote, pero ten cojones por una vez.

–Es bueno el orujo –dice Silo–, mata los bichos malos que tenemos dentro. ¡Tinín!

Se rasca la cicatriz del bigote y entorna los ojos bajo la visera. Maldito borracho. Tú siempre lo consentiste todo. No puedes, no podrás frenarme.

–¡Tinín! Ahora vengo.

Silo pone las manos en la mesa, consigue levantarse muy despacio y

entra en el bar.

Yo también me pongo en pie como puedo un rato después, no podría decir si han pasado segundos o minutos. Qué más da. La gente comienza a pedir la cuenta, Tinín se atusa la cortina de pelo grasiento sobre la calva mientras hace números en una libreta. Debo ser más rápida que ellos, más rápida que el conductor, que Silo, que Tinín y todos los demás. Cruzo entre las mesas, en dirección al autobús, el calor de los faros me calienta las mejillas. Hombres calvos y mujeres gordas terminan el último brindis y pagan mientras yo ya estoy en la puerta del autobús. Cuatro escalones y arriba.

Mirad ahora. Mirad bien.

Acaricio el volante pulido, que reluce por su parte superior al tocarle la luz de la farola. Tanteo la distancia a los pedales.

Ahí os quedáis con vuestras risas estúpidas y vuestra conversación de teatrillos de pueblo.

Tres o cuatro acelerones mal dados. Mucho tiempo sin practicar. El autobús se mueve a trompicones. Para. Avanza. Para. Un fuerte tirón me pega al respaldo. Frenazo. El morro del autobús a dos metros escasos de la terraza. Entonces el grito de los forasteros. Muevo el volante a la derecha. Al siguiente acelerón consigo desviarme de las mesas y mantener el vehículo en un ritmo más o menos uniforme. Bocas abiertas en la terraza, los cuerpos se agolpan contra las mesas y las sillas. Silo y el conductor están saliendo del bar.

Me voy.

Tengo que hacerlo.

Al principio me cuesta domar esta culebra rígida por las calles. Conduzco de memoria sobre el empedrado, en la plaza del aljibe no hay bullicio, sólo tres perros –¿o son zorros?– que escapan al ver las luces de este trasto con el que me escapó del pueblo. Un volantazo a la derecha, quizá demasiado brusco, hace que la cola del autobús se sacuda hacia la izquierda rozando el pedrusco de una esquina. Por el retrovisor veo las sombras de los tres perros, ocupando de nuevo la calle, me ladran, o tal vez lloran. «Malo cuando lloran los perros», decían siempre los viejos del pueblo. Sigo acelerando hasta llegar al cruce de la carretera que va al humedal. La noche está parada y hace mucho calor, así que decido bajar las ventanillas y entonces sí, lo escucho; lloran. Los perros están llorando. Pero yo aprieto el

pedal, el ruido bronco del motor se come los aullidos y el aire me despeina – aún más– casi tapándome la cara. El meneo de este cacharro hace que mis carnes tiemblen desde la entrepierna al pecho, la piel se endurece, alerta, mientras el autobús avanza entre la noche. Y yo sólo conduzco. Conduzco no alegre, pero sí alborotada y ansiosa de seguir conduciendo para siempre. La carretera hacia el humedal es un camino agrietado, sin curvas, pero lleno de cambios de rasante, oscilaciones que me llevan arriba, abajo, arriba, abajo, otra vez arriba, después abajo. Mantengo el volante recto, como en la autoescuela. Recuerdo a Jonás: «Esto es fácil, Pacheco, se te da muy bien, sólo mantén el volante recto». La carretera es gris y amarilla a la luz de los faros, rodeada de tierra negra y noche. Pronto estaré cerca de la laguna y, después, en el Lagarto. Me pregunto qué tienes allí, qué me hace detenerlo todo para acudir a tu llamada, no sé si te estás riendo o realmente quieres saber hasta dónde soy capaz de llegar, hasta cuándo seguirá esta vida negra que montaste para nosotros, esta vida de seres mitológicos e ignorantes, ávidos, feroces, callados, lejanos, violentos, y el volante sudado en mis manos, rozando a veces la barriga que ahora es hormigón y duele, duele mucho y pesa como un muerto, y sin embargo cierta sensación de euforia en mi interior, y delante el asfalto iluminado por el destello de los faros. Y alrededor oscuridad. Nací para el tránsito, y será el tránsito, no el origen ni la meta, lo que me traerá la paz, por eso quiero conducir hasta caer sin fuerzas sobre el volante y estrellarme dulcemente en algún lugar de la noche.

Al fondo de la carretera, la silueta del pinar empastada contra el horizonte por las luces del autobús, y sobre las copas de los pinos un aura, una tenue luz que los separa de la noche. Sé que estoy cerca, aunque en el ambiente ya debería oler a humedad, pero huele a tierra árida y el bochorno me calienta los párpados, un reguero de sudor me baja por los pechos y empapa la camiseta, el calor entra por la ventanilla y casi no veo con el pelo adherido a la frente, me cuesta respirar, la barriga resbala, va a caerse, se me derrumba la carne aquí dentro, sujeto el volante y el autobús hace el resto, sigue empujando hacia delante mientras yo tiemblo al ver entre la maleza un cartel raído que dice: «Humedal dos kilómetros».

Paro el autobús a un lado del asfalto. Al bajarme un hedor a madera quemada me llena la nariz. Dejo el cacharro arrancado y avanzo por un sendero de polvo que se pierde entre los troncos negros de los pinos. Mejor caminar, sí, mucho mejor a pie.

Miro un momento atrás. Los faros me calientan la cara y me ciegan.

Pero delante está el bosque confundido entre tanta luz, las ramas y los troncos quemados, y sólo puedo pensar que el trabajo del fuego me hará más fácil el camino, por eso me pierdo entre los tizones, concentrada en mis pasos sobre la maleza consumida. A los pocos metros la oscuridad se impone otra vez y camino a tientas, tropezando con la corteza de los troncos. Sé que estoy cerca. Sigo dando pasos, pasos, pasos entre la ceniza hasta salir del pinar. El viento me toca la mejilla, se acaban los árboles y la noche, con la luna en lo alto, vuelve a ser más clara.

Bajo mis pies, un terraplén de arena gris que llega hasta el cañaveral.

Y detrás estará la laguna.

El paisaje de la noche es ahora azul y negro. Las cañas secas flanquean la laguna. Al otro lado de la charca, sobre las puntas de los carrizos, parpadea una luz verde. Busco el sendero que bordea los juncos, pero no lo encuentro y acabo por adentrarme entre la maleza, las tobas, las cañas, los carrizos me arañan la cara, el pelo se enreda entre los pinchos, me abro paso como puedo, me hundo en la tierra, caigo, a veces grito, otras doy puñetazos a toda esa broza que me rodea, que está completamente muerta, pero que todavía puede herirme la piel y hacer que sufra y que goce y acabe perdiendo un poco la cabeza antes de retirar los últimos juncos a golpes, con los puños cerrados y el corazón palpitándome en el vientre y en la garganta mientras, por fin ya fuera del cañaveral, leo el luminoso de neón sobre las tejas: «CLUB LAG(ART)O».

Al salir del cañaveral, encuentro el sendero que conduce a la alambrada. Muchas tardes anduve alrededor del cercado buscando la forma de entrar. Cuando era niña, quería saber por qué mi padre pasaba las tardes –y muchas noches– allí metido. Entonces las paredes del club eran blancas, te cegaban desde la distancia cuando el sol relucía sobre ellas. Las chicas entraban y salían del club en biquini, bebían vino entre risotadas. De vez en cuando bajaban a la laguna a bañarse, y las mujeres del pueblo las insultaban desde el otro lado de la charca, pero ellas chapoteaban felices con los pechos al aire, y luego volvían para estar con los hombres, que se quedaban bebiendo dentro del club. Yo envidiaba a aquellas chicas de piernas largas que me robaban a mi padre. El sol me calentaba la cabeza, y aparecía Silo por el otro lado de la cerca y me atizaba en los dedos con un sarmiento para que soltase la valla y me largara, pero yo resistía, dando la espalda a las risas de los niños que retozaban en el agua verde del humedal. Silo terminaba por salir de la cancela y corría detrás de mí, era su último recurso para ahuyentarme. Yo era más rápida, sentía el pelo golpearme en la espalda a cada nueva zancada y me perdía entre los pinos, donde el borrachín de Silo rara vez me encontraba.

Esta noche la cancela está abierta. La luna alumbra el camino de grava que conduce desde el cercado a la puerta del club, que más que un prostíbulo parece las ruinas de un *camping* de tercera. Una bombilla verde reluce tímidamente sobre la cortina de colores que cubre la puerta. Un poco más arriba, en el tejado, el cartel de neón se enciende y se apaga. Verde. Negro. Otra vez verde. Otra vez negro. Tres de las letras (ART) están fundidas.

Es la primera vez que cruzo la verja. El camino que sube al club está bordeado por estacas de dos metros de altura. Sobre la primera de ellas, cuelga un zorro con un alambre alrededor del cuello. Cada cuatro o cinco pasos, una nueva estaca y un nuevo zorro. El cuerpo del último, el más próximo a la entrada del club, aún se balancea levemente, como si acabaran de colgarlo. A todos les falta la cola. Debería temblar ante los zorros ahorcados, ante el olor a pellejos y a sangre, pero bulle en mí la vieja euforia

de la violencia y la muerte.

Avanzo por la tierra áspera, envolviendo mi vientre con las manos, concentrada en el crujir de mis pasos sobre el terreno.

Junto a la puerta hay un furgón y un coche.

Un movimiento en las cortinas hace que corra a ocultarme detrás del furgón. Siento un pinchazo en el vientre. La sangre se me agita en la barriga, sube con fuerza y se agarrota en el cuello. Puede que él esté ahí mirando hacia la noche, ansioso por verme aparecer. Y yo me escondo. Toda la sangre se amontona en mi garganta, oprimiendo la carne y la respiración. Escucho de nuevo el movimiento de la cortina. Alguien sale. Me tiemblan la barbilla y las manos, pero encuentro la fuerza para salir del escondite.

En la puerta está Temblor. Bajo la luz de la bombilla parece un reptil y los ojillos púrpuras le relucen como a un demonio. Emite una especie de chillido, quizá es la voz de alarma, y vuelve a meterse dentro.

Me quedo parada entre los dos coches, y frente a mí, a sólo seis o siete pasos, la puerta que no me atrevo a cruzar. Enciendo el último pitillo del paquete que le robé a Gladis. Fumar siempre es una buena excusa. Con las primeras caladas se me abren los oídos, la presión disminuye y los siseos de la noche entran violentamente en mi cabeza, todo a la vez, el crujido de los árboles muertos, los grillos cada vez más fuerte, cri, cri, cri, el ulular de los palomos rondando por la oscuridad, la música del club, una bachata o un vallenato que escapa al exterior.

Unos dedos apartan levemente la cortina, puedo ver las uñas pintadas de verde y detrás un ojo que asoma desde dentro del club. El cigarro se me desliza entre los labios, no hago nada por retenerlo, roza la barriga dejando una mancha de ceniza en la chaqueta de mi chándal y cae al suelo.

El ojo y las uñas pintadas de verde desaparecen.

De nuevo sola. Piso el cigarro en la tierra y suelto la última bocanada de humo contenida bajo la lengua.

Él te huele, sabe que estás aquí y lleva rato esperando. Respira, respira más fuerte, pero no llores. No puedes permitirte.

La música se detiene. Me quedo clavada a dos metros de la puerta, con la impresión de que si adelanto un pie y cruje otra rama, él saldrá a por mí, me agarrará del cuello, y apretará tanto que mi cara se pondrá morada, y seguirá apretando hasta que el ojo postizo salte de la órbita y deje mi verdadero yo a la intemperie. Quítate el disfraz. Quítatelo. No seas ridícula. ¿Cómo vas a mirar a tu padre con ese ojo de maniquí? La maraña de pelo me

estorba, la sacudo, me rasco hasta llenarme las uñas de sangre, alboroto mi melena de muñeca tuerta, todo este pelo adherido a la frente y al cogote por un sudor que me empapa la espalda.

Vuelve a sonar música, una cumbia quizá.

Al abrir las cortinas me encuentro un local oscuro, rectangular y muy amplio. En la barra una negra bailotea al son de la bachata (o el vallenato, o la cumbia) y sirve cerveza a un joven rubio vestido de negro. Del otro lado, a la derecha, hay sofás, sillones y un televisor que emite un partido de fútbol. Al fondo falta la pared, pero hay una mula, y detrás de la mula el terreno abierto, la noche, y un poco más allá el límite del cercado.

Tal vez soy yo la que está creando esta alucinación.

No. Realmente la mula está dentro del Lagarto y Temblor, el hurón de mi padre, corretea entre sus patas.

El tipo rubio se levanta y viene hacia mí:

–Prohibido chicas en este club.

Abre los brazos, como cerrándome el paso:

–Fuera.

Apunta con el dedo hacia la salida. Al ver que no me muevo, empiezan los empujones.

–Déjala, Pavel.

La voz de mi padre retumba desde la oscuridad del sofá. Mira el partido de fútbol con el puro entre los dientes. Con un brazo rodea los hombros de una mujer que ríe a carcajadas mientras juega con su móvil, enseñando unos dientes amarillos bajo la cara llena de pecas, que parecen azuladas por la luz de la pantalla del teléfono. Ella levanta la vista. Se dirige a mí:

–A menuda chacra has venido a parar.

Mi barbilla tiembla de nuevo.

El hurón salta al brazo del sofá y de ahí a la cabeza de Cayo, hasta posarse en su hombro.

Qué raro llamarte Cayo, padre.

No sé qué debería ocurrir ahora. La mula entra y sale del local, de vez en cuando acerca la cabeza a la barra y la negrita le da un poco de grano con un bol.

–No me digas más –la pecosa de nuevo–, has venido por la trocha.

–¿Cómo?

–Que si has venido por la vereda que bordea la laguna –aclara mi padre mientras le quita la ceniza al puro con el dedo meñique.

La pecosa se levanta del sofá y viene a por mí.

–Tienes la casaca repleta de pinchos. Dame –baja la cremallera de mi chaqueta–. Hasta el pelo lo tienes llenito de broza. Qué lindo, y qué largo. ¿Qué tinte usas?

–Es así –dice mi padre.

Ella tira de las mangas de mi chándal, no tengo fuerza para impedírselo, pero tampoco pienso ayudar.

Siento algo de frescor en los brazos; me ha quitado la chaqueta a tirones y observa la barriga con la boca abierta, pero no puedo poner cara de embarazada feliz, el vientre se me encoge como si el Morueco estrujara mi estómago con sus manazas. El dolor baja hasta la entrepierna, es más fuerte ahora, siento los pinchazos, la carne rajándose dentro de mí y el líquido de la vejiga a punto de derramarse por el suelo. ¿Dónde está el baño? ¿Qué mierda de lugar es este? No quiero pedir ayuda.

Él hinca los puños en el sofá para levantarse, entre la melladura de sus dientes se escapa un leve quejido. Permanece unos segundos de pie atento al televisor. Cuando el juego se detiene, camina hacia las escaleras que hay junto a la entrada y desaparece como si yo no estuviera aquí. El hurón decide no seguirle, corre hasta la pata de la mula y trepa a su lomo mientras yo hago el ridículo una vez más.

–Nena, descansa un poco, estás para recoger con cucharita –dice la pecosa, que se atreve a poner las manos sobre mis hombros–. Siéntate por ahí –señala a los sofás–. Graciela, dale algo fresco a la coloradita.

Caigo en el sofá, la tripa me hunde en él.

La negra trae un vaso con Fanta de limón y dos hielos.

–Me estoy meando –le susurro cuando se agacha a dejar el refresco.

–Los baños arriba –apunta con el dedo hacia la escalera por la que ha subido mi padre.

Puedo aguantar un poco más.

La mula está fuera. En su silueta, que casi se funde con la noche, brillan los cascos de las pezuñas y el pelaje blanco del hurón sobre su lomo.

Doy unos sorbos al vaso y las burbujas me rascan el paladar. Necesito la fuerza del alcohol, quiero ir a la barra y tomar algo más fuerte, pero las piernas y los brazos me pesan. Hago un leve movimiento con el cuello para erguirme. Es inútil. Otra punzada en el útero. El vientre se me deforma, hace olas en mi cuerpo, olas de carne que oscilan y mecen la piel tensa contra mi voluntad al son de los bailoteos de la negra. Toda esta pila de manteca

acabará por enterrarme.

—¿Te encuentras mejor?

Ahora veo sus dientes amarillentos desde abajo. Yo no he dicho que esté mal, es mi debilidad la que habla por mí. Hago una inclinación de cabeza sin mirarla, creo que con eso es suficiente.

En la barra, el rubio y la tal Graciela juegan a las cartas y beben cerveza.

La pecosa se sienta en un sillón que hay a mi lado izquierdo. Su mirada oscila entre el móvil y el partido de fútbol, aunque sé que por el rabillo del ojo vigila mi posición. Yo paso la mirada de vez en cuando por la tele, pero la aparto rápido; con todo ese verde irritante me escuece el lagrimal.

—¿Vas con el Madrid o con el Atleti?

—No me gusta el fútbol.

—Pavel dice que el Atleti saldrá campeón esta vez.

—Me la suda el fútbol.

Ella se mordisquea las uñas y me mira como si yo hubiera dicho algo interesante relacionado con el partido.

La mula vuelve adentro, los cascos de sus pezuñas cloquean sobre el cemento del suelo, viene despacio hacia nosotras hasta que Graciela, que ha salido de la barra, se pone frente a ella bailando al son de la bachata, dos pasos a la derecha, golpe de cadera, dos pasos a la izquierda, golpe de cadera. Se mueve como una culebra, gira y gira frente al hocico de la mula, que se queda viendo los movimientos de la negrita. El rubio, acodado en la barra, se la come con los ojos. El hurón salta del lomo al suelo, pasa entre las piernas de Graciela y se detiene frente a mí. Me mira un momento con esos ojos malignos antes de perderse escaleras arriba. La mula vuelve la grupa lentamente y sale de nuevo al exterior.

—¿Nunca se caga dentro?

La pecosa esconde los dientes y frunce el ceño.

—¿La mula? Tiene campo de sobra para hacer sus necesidades.

Yo no sé si aguantaré tanto como el animal, mi vejiga es un tanque lleno de orines que va a derramarse en el cuero del sofá. Aun así, bebo a pequeños sorbos, concentrada en el agujero de la pared del club, fijando la mirada sobre el vacío que deja la noche para intentar no mearme, busco el bulto negro de la mula, pero la bombilla que alumbraba el exterior apenas da luz a los terrones del suelo, y esa presencia imponente de patas delgadas y vientre hinchado ha desaparecido en la oscuridad.

—¿Y la pared?

Ella sonríe amplificando los dientes, las pecas que tiene junto a los ojos se le concentran como una sola mancha.

–La tumbaron entre Pavel y Cayo cuando a tu padre le llegó el soplo de que iban a venir los de Sanidad. Concha su madre, ese viejo est  loco.

–No entiendo.

–Por lo de fumar no más –observa a los jugadores que corretean en el televisor mientras habla–.  l dice que aquí se fuma. Siempre se fumó.

La mujer aparta los ojos de la pantalla de vez en cuando para mirarme, como si temiera que yo fuese a huir, se rasca el párpado con las uñas pintadas de verde, y no puedo evitar la duda de si se habrá dado cuenta de mi ojo falso. Seguro que s .   Tanto se nota? Claro, enferma, claro que se nota. Estas cosas siempre se notan.

Recupero algo de fuerza, los brazos ya no son sólo dos penachos sobre mi barriga, los muevo otra vez sin dificultad; en pocos minutos podr  con mi cuerpo, estar  bien no haberse meado para entonces.

–  Y en invierno?

La mujer sacude los rizos. Me observa con la pena que se dedica a los que nunca entienden nada.

–Qué onda el invierno. El invierno ya no le importa a nadie aquí.

No puedo más. Necesito mear.

El sofá es tan blando que para levantarme acabo tumbada de costado, luego me deslizo hasta clavar las rodillas en el suelo, y me quedo a cuatro patas, sintiendo el vientre descolgarse de mí, el dolor placentero debajo de las costras de mi piel, casi olvidadas desde mi ca da.

Ca da he dicho. Más bien un derrumbamiento.

En estos instantes previos a nuestro encuentro final, estoy cerca del suelo; como esta tarde, como el día que colgamos el cuadro de madre en la salita, ese que ahora está ausente mientras las peruanas juegan a tener una vida en nuestra casa. Me pregunto qué estar  haciendo Tariq, cuánto tardará en llamar a sus *papás* para que lo saquen de este engorro. Y no sabes hasta qué punto es un engorro, no te lo puedes imaginar.

La pecosa mete las manos bajo mis axilas e intenta levantarme.

–Arriba, reina.

–Puedo sola.

–Es un momentito no más.

–No me toques.

Ella quita rápido las manos y la inercia hace que me golpee de bruces

contra el cemento.

Sus zapatos están cerca de mi cara. Podría patearme la boca o clavar uno de sus tacones en mi oído.

La mesita junto al sofá me sirve de apoyo para las manos, y en cuestión de segundos estoy en pie, más por orgullo que por fuerza. Ella alarga la mano hasta mi pelo. Doy un paso atrás.

–Tienes todo el pelo lleno de pinchos, coloradita. Si voy a por el cepillo, puedo...

–¿Estás sorda?

El rubio me oye alzar la voz.

–Alejandra, qué pasa, ¿problema? –pregunta acercándose a nosotras.

Por un instante considero la opción de pedir disculpas, aclarar que no debí responder con tanta insolencia, pero realmente he querido ser tosca, como tantas veces en estos años, y no me ha ido mal; por tener cara de mala hostia me he ahorrado muchas conversaciones.

–Para de huevear y anda a ver a tu padre –dice la pecosa–. Déjanos tranquilos con nuestra chamba.

Quiero darle un puñetazo en esa boca llena de dientes amarillos. Y también escupirle. Escupiros a los tres.

A trompicones salgo de entre los sofás y encaro hacia el hueco de la escalera. Los tres murmuran a mi espalda. No me esfuerzo en escuchar, pero me llegan palabras sueltas: chucha, trastorno, Satanás... Y el rubio maldice en algún idioma tan indiferente para mí como las palabras de las otras dos.

Una capa de polvo recubre los primeros escalones. Los subo rápido, no quiero que ellos me vean dudar. La escalera es estrecha, sólo tengo que separar los codos del cuerpo y tanteo las dos paredes a la vez.

A falta de tres peldaños para llegar al piso de arriba, me detengo. Estoy muy cerca. El techo bajo casi me aprieta el cráneo, el pasadizo se encoge, falta aire, no hay suficiente para mí y tengo la nuca empapada de sudor, el vientre inflado, un revoltijo de agua y de carne que puede precipitarse y va a precipitarse sobre mis piernas, mis tobillos y después en el suelo.

Aún no. Aguanta. Has llegado hasta este tugurio cuando sólo veinticuatro horas antes dudabas entre cuna o cama-nido, dudabas si solicitar la baja laboral de una vez, y este lunes la pedirás sin falta anticipándote a los gruñidos de la mapache, que hace sólo unas horas bajaba la escalera hacia el sótano deseando pillarte dormida.

Ahora yo me enfrento a otros escalones. Muy cerca se escucha la tos de mi padre, el sonido de sus pasos impacientes. Voy a tu encuentro por tercera y última vez en menos de un día, con la sensación en las tripas de que esta noche algo va a terminar para siempre.

Mis pies suben los tres últimos peldaños.

En frente, un pasillo con poca luz cubierto por una moqueta de color rojo, las paredes son de un amarillo que muchos años antes pudo ser blanco. No hay ventanas, pero sí cuatro puertas: dos a la izquierda y otra más a la derecha en la que han escrito con un rotulador negro la palabra «serbicios». Al fondo del pasillo, la última puerta. A diferencia del resto, no está cerrada, y la luz de la habitación se cuela por la rendija e ilumina unas letras rasgadas en la madera: «direkzión».

Por la abertura, un ruido de pasos amortiguados. La vía de escape más próxima es el baño. Entro sin pensármelo. En el interior dos puertas más pequeñas. Paso a la que tiene un monigote de mujer, me planto en la taza y, a pesar de sentirme llena de líquido desde el cuello a la entrepierna, sólo consigo sacar unas cuantas gotas. No siento alivio. Lo vuelvo a intentar, pero no sale nada. Es peor. Por unos segundos pienso en quitarme la prótesis del ojo y tirarla en la taza, quizá este trozo de plástico muerto es lo que me taponaba, así que me quedo acariciando mi ojo falso, sacándolo de la cuenca, apretándolo en la mano, luego termino por devolverlo al interior del párpado para continuar con mi farsa. Puede que mi padre me vea ridícula, pero no he venido a complacerlo. Dejaré de ser la niña ridícula y lastimera.

A por él de una vez. O él a por mí.

De vuelta al pasillo lo encuentro más oscuro, pero no me detengo, avanzo hacia la puerta sin saber qué es lo que estoy haciendo, sigo y sigo y sigo y entro por la rendija y allí, al fondo de la habitación, la imagen de mi padre de espaldas y sin camisa, mirando a la pared. El sudor brilla en sus hombros. Tiene una mano en el bolsillo del pantalón, y en la otra sujeta un destornillador con el que se rasca la cabeza.

Sabe que estoy dentro, pero se queda mirando algo que hay en la pared. Cuando deja de rascarse, veo que no es un destornillador, sino un punzón. Por encima de su pelo, el humo del puro parece una nube gris que le sale del cráneo. Sé lo que miras, porque es imposible que una pueda olvidar el marco negro y afilado del retrato de madre; tu cabeza me tapa la fotografía, pero el ojo vano reconoce el vértice que lo aniquiló.

Mi vejiga reclama volver a la taza y estar meando un año entero. Coloco

las manos bajo el vientre e intento no pensar en toda esa agua que hay dentro de mí y quiere desparramarse. Escucho mis jadeos, me agita el temblor de la carne por haber llegado hasta aquí, por consentir que él huelga mi angustia. Me espanta su tranquilidad. Su terca y temible tranquilidad.

Se dirige a mí, aún de espaldas:

–Descálzate.

–Estoy bien así.

En un movimiento de su cogote veo el puro en una esquina de la boca, apretado entre los dientes que le quedan.

–Descálzate.

Vuelve a mirar a la pared. Sabe que no necesita repetirlo más veces.

Piso el talón de una zapatilla, luego el de la otra. Los pies libres. El corazón me late en los tobillos. Estiro y encojo los dedos, los miro y casi no los siento.

Mi padre sigue fumando de espaldas a mí con el punzón en la mano izquierda.

En la mesa hay varios bocadillos mordisqueados, un queso tierno algo deforme, una botella de tinto a medias, y por el suelo los cascos de unas cuantas botellas más. Tras la mesa, una silla como la que había en el corral esta tarde, y en la silla el viejo televisor con las cagadas de paloma.

Hay un colchón tirado en el suelo, sobre él está Temblor mordiendo los puños de una camisa. Mi padre está cerca de la pared, entre la mesa y el colchón. Junto a él hay una puerta cerrada, del mismo color amarillo que la pared, en la que ahora el Morueco rasga con el punzón. La madera de la puerta cruje y la punta metálica rechina hasta componer la palabra «salida».

Yo sigo quieta en el centro de la habitación.

–Ya estoy descalza.

Él camina hacia la mesa, hinca el punzón en el queso y vuelve junto al retrato de madre. Después descorre el cerrojo de la puerta de emergencia y en la habitación entra un aire pastoso mezclado con la cumbia. Allá en la negrura exterior debe de estar el humedal, pero desde aquí sólo puedo ver la baranda de una escalerilla de incendios que conduce a la parte trasera del Lagarto, donde paca la mula.

Noto una caricia en los pies. Temblor. Su pelo blanco se enreda entre mis tobillos, alivia las ronchas por un segundo, y termina por acostarse sobre mi pie izquierdo. El calor brota desde la moqueta y las aliagas enredadas en mi pelo empiezan a estorbarme.

Por fin estoy aquí. Atrévete, bestia, atrévete a darme la cara y arreglemos esto de una vez. Quieres parecer valiente, tuerta, te hablas a ti misma, pero eres cobarde, estás a merced del que mutila tu paso por el mundo y te ha arrastrado a esta pocilga para pedirte un favor y luego ignorarte. El punzón. Sácalo del queso y cóbrate algo de ventaja. Pero él siempre es más rápido, y antes de que yo dé un paso, descuelga el retrato de madre con una mano y se gira. Quedamos frente a frente. La foto está en su zarpa, la mira entornando los ojos, luego echa el humo de una calada sobre el retrato y da dos golpes al cristal con los nudillos.

–Tu madre siempre tan callada –habla sin quitarse el puro de la boca.

Extiende el cuadro hacia mí.

–No voy a tocar eso.

Se acerca más. Yo reculo hacia la puerta que da al pasillo.

–¿Qué pasa? ¿Ahora te da miedo tu madre?

Él pasa los dedos por el vértice astillado del marco.

–Aún hay una mancha de sangre seca en la madera –dice.

Vuelve a extender el retrato, lo pone muy cerca de mi cara. Empiezo a hartarme de este juego.

–La culpa es mía por hacerte caso.

Él aguanta unos segundos más con el brazo extendido, luego lanza el retrato al colchón, rebota de tal forma que madre queda mirando hacia nosotros.

–Me lo tenías que haber dicho –señala mi barriga. Ha cambiado de tono, ahora me habla con un deje de reproche.

–¿Por qué me llamaste?

–Esto cambia mucho las cosas.

Camina por la habitación, agitado. Va hacia la mesa y toma un trago de vino sin perder de vista el bulto de mi vientre. Me ofrece la botella, que yo rechazo. Me da asco el vino.

–¿Por qué me molestaste?

–¡Tenías que estar hoy aquí! –da un manotazo en la mesa, los bocadillos y la botella saltan con el golpe. El mango del punzón tiembla hincado en el queso.

–Yo no te hago falta, y tú a mí menos. Mañana mismo me vuelvo a Madrid.

–¿Cómo lo piensas hacer? ¿Has traído la faca?

–No he traído nada ni voy a hacer nada por ti –levanto el pie y me

sacudo el hurón, que sube a la mesa a olisquear entre la comida.

–Puedes usar el punzón. O esto.

Saca una navaja del bolsillo. La abre. Clac. Clac. Clac.

Alguien grita desde la parte trasera:

–¡Cayo! Dile a la Jara que baje.

Oímos los pies de Silo retumbando en el metal de los peldaños.

–¿Y este qué quiere? –hinca la navaja en la mesa y sale a la escalera de incendios.

Yo me acerco a la puerta, me quedo detrás de mi padre. Silo está cuatro escalones más abajo. Las dos mujeres observan la conversación desde el hueco de la pared derrumbada.

–Me la tengo que llevar –el pobre alguacil habla con tono de disculpa.

–No me calientes la cabeza, Silo.

–Ha robado el autobús. Me la tengo que llevar, por lo menos para hacer el paripé y preguntarle cuatro cosas. Estando embarazada, la mandan a casa seguro.

–Baja y tómate algo. ¡Graciela! Ponle un orujo a ver si se calla.

–Se me van a echar encima, Cayo. Tengo a la Guardia Civil detrás de mí.

Silo y yo nos miramos por encima de mi padre:

–Jara, la has liado buena. Tienes que venirte conmigo.

–No va a ninguna parte. Tómate un orujo o vete por donde has venido.

¡Pavel! ¡Pavel!

Al oír ese nombre, Silo baja la mirada a sus zapatos y se aferra a la barandilla con la mano huesuda. Del interior del club aparece Pavel, que sube los escalones de tres en tres.

–Abajo, machote –dice el rubio agarrando el cuello del uniforme de Silo. Lo baja como si fuera un muñeco.

–Ponedle de beber y que vea el fútbol. Mañana ya hablaremos, Silo.

–Lo que tú digas –responde en un sollozo, ya al pie de las escaleras.

Cayo vuelve a la habitación. Me quedo mirando cómo Pavel y Silo entran al bar. Desde aquí arriba veo los cuartos traseros de la mula, que vuelve a estar entre fuera y dentro. Sobre mi cabeza hay una bombilla que apenas da luz a este descampado, no alcanza ni para ver la cerca. En mitad del patio hay un gran cajón de madera, puede tener medio metro de alto y casi dos de largo; podría ser el abrevadero de la mula, pero está vacío. Las tablas que lo forman son las que me rasgaron las manos en el corral. Vuelvo a

mirarme las costras, cierro los puños, los abro muy rápido tensando la piel hasta que la sangre brota de nuevo por las heridas.

Silo irrumpe otra vez en los escalones:

–¡Me la tengo que llevar, Morueco! ¡Me la tengo que llevar!

A mitad de la subida, Pavel lo agarra de la chaqueta y tira de él hacia abajo, Silo trastabilla por los escalones y da un golpe seco de espaldas contra el suelo, levantando una nube de polvo a su alrededor. La gorra rueda por la tierra.

–Ahora todo sucio –le recrimina Pavel–. El uniforme todo sucio.

El rubio recoge la gorra del suelo, la coloca en la cabeza de Silo y después lo ayuda a ponerse en pie.

–Vamos dentro, machote. Empieza prórroga. ¿Con quién vas?

Silo gimotea mientras se sacude el polvo del uniforme, cabizbajo, antes de preguntar:

–¿Quién juega?

Los dos caminan hacia dentro. Pavel va detrás, por si acaso.

–¡Graciela! ¡Orujo para el machote!

El volumen de la cumbia sube. Ya no escucho a Pavel y mucho menos a Silo.

En la habitación, mi padre mordisquea uno de los bocadillos sentado en el pico de la mesa. Temblor corretea entre los desperdicios con una aceituna en la boca. Las tripas se me revuelven al entrar de nuevo y ver las muñecas clavadas alrededor de la puerta que da al pasillo, desde el suelo hasta el techo, toda la pared plagada de muñecas, casi todas tuertas, o calvas, o las dos cosas; unas desnudas, otras sin un brazo o sin una pierna, alguna sólo conserva la cabeza, que luce colgada de un clavo por la cabellera, y los labios se tuercen en un gesto de agonía. Muñecas. Muchas muñecas. Mis muñecas. La colección de los horrores que con tanto ahínco levanté en mi infancia.

–¿Por qué están aquí?

–Ya decía yo que no saludabas a tus compañeras –habla mientras muerde un trozo de pan con chorizo–. Hace un rato entraste tan decidida que ni te has fijado en lo que tenías detrás.

–Falta la marioneta.

–Faltan muchas. Yori se ha quedado con las que estaban mejor conservadas.

–¿Tiene la marioneta?

–¿Te importa si la tiene?

Guarda la navaja de nuevo en el bolsillo. Después se sacude con la mano las migas de pan enredadas en los pelos del pecho y acaba lanzando el trozo de bocadillo sobrante por la puerta de emergencia.

Debajo de las muñecas, hay una silla de madera con el asiento de tomiza, la misma silla sobre la que me subí con dos ojos el día de mi primera comunión y de la que caí siendo un cíclope. El cuerpo de madre había empezado a oler, teníamos que avisar al cura, pero padre se empeñó en que le hiciéramos antes una foto para colgarla en la salita. En la foto, madre está en la cama con la boca de par en par, los ojos saltones y ese pelo negro despeinado. Yo subí a la silla –el vestido blanco ya puesto– con un clavo y un martillo que él me dio para colgar el retrato.

–¿Qué hacemos aquí?

–No te hagas la tonta.

–¿Me has traído para enseñarme cuatro muñecas viejas?

Temblor trepa por uno de los brazos de mi padre, se desliza entre el cuello y los hombros.

–Quítate toda esa mierda que llevas en el pelo.

–No te voy a ayudar.

–Jara, no te das cuenta de las cosas –me agarra del pelo con fuerza, yo le empujo con las dos manos y él retrocede torpemente hasta chocarse contra la mesa.

El hurón chillá y sale disparado escaleras abajo. Mi padre se ríe. No te rías, cerdo. No te rías o acabaré matándote de verdad.

–Tú lo ves igual que yo, no eres tonta.

Otro trago, el vino le chorrea por la barbilla hasta el pecho. Vuelve a dejar la botella junto al queso.

–En la casa ya no hay nada nuestro, lo que queda de nosotros está aquí, ¿no lo ves? Lo tengo todo aquí. Esto termina conmigo.

–Eres repugnante.

–Tú tampoco te quedas atrás, no vayas de pobrecita ahora.

–Yo no soy...

–Esto eres –señala una mancha negra en la moqueta–. Eres la sangre de tu madre cuando te parió, aquí naciste, aquí la desangraste. Esto, y no otra cosa, es lo que eres. Tú lo sabes igual que yo, Águeda.

Bebe otro trago de tinto, luego se limpia la boca con el dorso peludo de la mano y da vueltas en torno a mí con la botella entre los dedos.

–¿Serás capaz de hacer lo que te pido?

Vuelven los pinchazos, la barriga otra vez como el cemento. Bajo los párpados y me encojo alrededor de mi vientre. El pelo me tapa la cara.

–Ese pelo tan rojo y tan largo, Jara.

Pone la vieja silla delante de mí.

–¿Te acuerdas de la silla?

–Me acuerdo de que me dejaste tuerta.

–Empezaste tú –se sonríe y me enseña el agujero en sus dientes.

Sí. Es cierto. Esa vez empecé yo. Por aquella época yo ya había entendido a mi padre; no hablábamos demasiado, sólo de vez en cuando yo le pegaba y él me la devolvía. O al revés. Mientras madre estaba de cuerpo presente y nosotros nos disponíamos a colgar el retrato en la salita, yo estaba con ganas de ponerme a gritar de euforia, y la primera comunión no tenía mucho que ver. Aproveché el despiste de mi padre para sacudirle un golpe en los dientes con el martillo que él recibió en silencio. Me supo a gloria, y estaba aún disfrutándolo cuando él contraatacó con la boca abierta llena de sangre y los ojos apretados; descargó el cuadro en mi cara y el vértice del marco se clavó en mi ojo izquierdo, derribándome de la silla. Luego todo se volvió rojo. Salí al callejón. Un reguero de sangre sobre el vestido, la tierra mojada por el líquido rojo, como cuando degollábamos a los conejos en el corral. Después, una voz de mujer. Nada más. Mi camino y el de mi padre se separaron.

–Ese cajón de abajo, ¿es el que hacías esta tarde?

–La higuera hace mala combustión –se lamenta–. Pavel me ayudó a traerlo mientras tú te echabas la siesta.

Enciende un nuevo puro apoyado en la barandilla de fuera.

–¿Para qué es? –pregunto.

Mira hacia el cajón. Tarda unos segundos en contestar.

–Para guardar la mierda.

Al bajar las escaleras va dejando un rastro de humo en el aire. Espero a oír sus pies por la tierra antes de asomarme: la mula está muy cerca del cajón, él le da golpes con la palma de la mano sobre el lomo.

–No te ha reconocido –dice señalando al animal. Su carcajada se mezcla con la tos.

Junta su cabeza a la de la mula, que acepta el contacto completamente dócil. Parecen dos amigos posando borrachos para una foto. Cayo, me cuesta llamarlo así, agarra las crines con una mano, luego eleva el otro puño sobre su cabeza y, segundos después, lo descarga con rabia entre los ojos del bicho,

que se tambalea en silencio y cae sobre las patas delanteras. La mula sopla la tierra con el hocico a ras de suelo, y termina por dar un pequeño quejido, casi inaudible, que no es un relincho ni un rebuzno, sino más bien un suspiro. Los cuartos traseros se desploman en la tierra y el animal queda recostado sobre las patas.

–No se queja –alza el mentón para mirarme, con la punta de la navaja señala a la mula–. No sirve de nada quejarse.

Con pasos lentos mi padre se acerca al cajón y saca la navaja de su bolsillo. En cuclillas, rasga unas letras sobre la madera con la punta de la navaja. Luego agarra un puñado de tierra y lo frota por la inscripción recién terminada. Los surcos ennegrecen y puedo leer en letras puntiagudas: «CLUB LAGARTO». Se queda unos minutos de rodillas frente al cajón, como si rezara una letanía. Luego se levanta y entra en el club.

Este es tu reino, Morueco. Yo debería entregarme, acompañar a Silo para dar las explicaciones de lo del autobús, que me interroguen, que me encierren en un calabozo toda la noche, donde ni tú ni Tariq podáis molestarme; os perderé de vista a los dos y esto acabará, aunque no sea de la forma en la que habíamos esperado.

Poso los pies despacio sobre la chapa de los escalones y bajo con cuidado, no por precaución, sino por miedo a tropezar y que todo este líquido acumulado en mi vientre haga que me desparrame hasta la tierra y quede de nuevo a tu merced.

Al entrar en el club tropiezo con la gorra de Silo. Pavel está sentado en un taburete con una toalla alrededor del cuello, mientras la negrita, de pie junto a él, le corta el pelo con una maquinilla. Parece una escena que se haya repetido muchas veces. La otra mujer está dentro de la barra. Los tres escuchan las palabras de Cayo, que les habla de pie desde la zona de los sofás, junto al televisor:

–Cogéis y salís zumbando –dice con un fajo de billetes en la mano–. Mañana no vengáis. Ni al otro.

–¿Qué hacemos con este? –la negrita señala el cuerpo encogido de Silo, que duerme la mona en el sofá.

–No vengáis más por aquí.

La pecosa es la primera en quejarse:

–Estas no son maneras de terminar, Cayo.

–Ni para putas hay ya. Iros a vuestro país.

–Hable bien, hostia –corrige Pavel–. Hable bien.

Cayo tira el fajo de billetes al suelo, algunos son muy grandes y morados, otros amarillos, verdes, y unos cuantos naranjas, el soplo del ventilador los hace bailotear sobre el piso, mezclados con los mechones de pelo rubio.

Pavel se levanta del taburete, atento al televisor.

–Otro gol del Madrid –lamenta arrancándose la toalla y tirándola al suelo. Luego baja la mirada hacia su jefe y le tiende la mano, pero el Morueco lo más que hace es rechazar el apretón con un manotazo en los dedos de Pavel y arrancar de las manos de Graciela la máquina de afeitar, emprendiendo el camino de regreso hacia la parte trasera del club.

–¡Cuando baje no quiero ver aquí a nadie!

Da el grito tres pasos antes de llegar a mi altura. Cuando me rebasa, un tirón en el pelo me vence para atrás hasta topar con su brazo, que me agarra de la melena, después caigo al suelo, él me arrastra por el piso, sube las escaleras arrastrándome. Intento ayudarme con los pies, que me resbalan sudados en los escalones. Tira de mí y siento que me va a arrancar la cabeza. Otro tirón. Oigo su tos y sus gruñidos forcejeando para llevarme hasta arriba. La carne se me revuelve, se endurece, golpea por dentro.

Pero no gritaré.

Una vez en la habitación, me suelta y caigo de rodillas sobre el manchón de la moqueta. Él se frota la mano contra la tela del pantalón para quitarse los pelos. Acabo por recostarme, el pelo del tapete huele a pies y a vino rancio. Creo que me he meado encima. Sólo unas gotas. El Morueco también está descalzo; sus uñas negras se retuercen encima de la carne hasta pincharla. Si ahora me diera una patada en la cabeza, yo la recibiría con gusto; la pena es no tener el ímpetu para contragolpear. Ha vuelto nuestro juego, la única manera en la que nosotros podemos *ser*.

–¿Tienes hambre? –me pregunta mascando una corteza de tocino.

Deambula a mi alrededor con la máquina de afeitar en la mano.

Temblor aparece en la barandilla y de un salto entra en la habitación, su cuerpo apenas hace ruido al caer sobre la moqueta. Viene directo hacia este montón de manteca que hay tirado en el piso, que ya no da ni para aguantarse de pie delante de su propio padre. El hurón me sube por las piernas hasta posarse en el hombro, olisquea mi pelo, lo escarba hasta encontrar la oreja. Cayo lo quita de un manotazo. Agarra de la chaqueta del chándal y tira de mí hacia arriba hasta soltarme en la silla de tomiza.

Pone la afeitadora en marcha.

El rumor eléctrico recorre las paredes del cuartucho, parece que hasta las muñecas vibran al son de la afeitadora. Cayo da vueltas en torno a mí, tantea mi cabeza con los dedos, me la aprieta y vuelve a soltarme rápido para echar un vistazo a la figura que formo sentada en esta pequeña silla.

Hazlo.

Después de unas cuantas vacilaciones, amontona mi pelo en uno de sus puños, lo alza y entra a rapar por la nuca. Oigo el runrún del cacharro corriendo entre mis orejas.

Se nos va un buen rato en esta labor. Él sabe, tiene que saber que yo estoy disfrutando. Por fin estamos aquí los dos. La familia.

De vez en cuando el cacharro se atranca, mi padre tiene que desenredar el pelo agarrado entre las cuchillas, sopla fuerte y maldice hasta que la máquina prosigue con su trabajo. A veces me habla, pero sólo capto el final de algunas frases: «...la culpa», «...díselo a todos».

No entiendo, no quiero entender ni escuchar, sólo que los dos continuemos aquí mucho tiempo con este trasquilador en mi cabeza, ahora pasa desde la frente hacia atrás. Entre mis pies Temblor escarba las marañas de pelo rojo. Ya no veo las muñecas, sólo tu ombligo y la pelusa blanca de tu pecho, el olor a hierro mojado de tus manos, el pelo cosquilleando en mis sienes, cayendo por mis hombros hasta la moqueta. Y otra vez tus palabras: «...es mejor que te vayas con el moro ese y su familia, y vuestro hijo o hija, o lo que sea, que no me lo has querido decir, o no lo sabes, que es aún peor».

Frotas la piel de mi cabeza con tus manos ásperas, y siento el frescor y la claridad en mi cerebro, la desnudez de mi mente, que vuela hasta la que fue nuestra casa; allí estamos en el cuarto de madre, Blancanieves en mi mano como un guante, la acciono con los dedos y cobra vida. Madre la observa con el terror con que mira siempre todo, y tú me la quitas, arrugas la tela en torno a la cabeza de plástico y metes la marioneta en la boca de madre. Blancanieves ríe entre las babas y los bufidos, yo sólo tengo que hacer lo que tú me has dicho, taponó con dos dedos su nariz, la cara se le pone roja, por primera vez desaparece ese tono amarillo de su piel. Tose. Intenta gemir, pero Blancanieves no se lo permite. De pronto el silencio. «Adiós, Tránsito». «Adiós, madre».

Me acuerdo de las peruanas que viven ahora en nuestra casa, y la panza me sacude hasta la entrepierna. Ellas no son, ellas no pueden ser... Nada, no pueden ser nada.

El dolor se me anuda en el vientre, sin embargo reúno fuerzas para

levantarme de la silla.

Cayo da un trago de tinto y mira mi cabeza, contempla su obra algo decepcionado, yo sé que por la parte que a mí me toca.

–Sin pelo pareces como los muñecos esos de los escaparates –dice mientras recoge tiras de pelo y las junta hasta formar una sogá roja que ata a su cinturón.

–Un maniquí.

–Eso.

Ahora me rechazas. Quieres que me vaya a vivir como una buena madre, crees que te he fallado. Vuelves a clavar el punzón en el queso, esta vez con desgana.

–Tenía que ser esta noche –mira el bulto de mi barriga–. Hoy hace veinte años de lo de tu madre.

Recoge al hurón, lo posa en su brazo y lo acaricia con los dedos de la otra mano.

–Mañana son las comuniones –añade rato después.

Yo miro la botella de tinto.

–Voy a llamar a Pavel para que te acerque al pueblo. Duermes en la casa y por la mañana te vas a la comunión de la cría. Dile a Gladis que no puedo ir. Bueno, no le digas nada. Lo mismo da.

–¿Es mi hermana esa niña?

–Qué va a ser tu hermana.

–Te crees que no te entiendo.

Sigue acariciando al hurón, sin mirarme.

–El muchacho ese tiene cara de buena persona. En Madrid seguro que no os falta el trabajo, viviréis tranquilos cuidando a vuestros hijos.

–Explícame cómo.

–Aquí ya no hay nada para nadie. Olvídate de toda esta mierda.

–Explícame cómo.

–Tú sabes cómo –vuelve a mirarme, severo–. Llevas haciéndolo mucho tiempo, tanto que ya te lo has creído. Pero lo que llevas en la panza es de nuestro mismo pelaje, no te olvides.

Agarro la barriga con las manos abiertas. Me gustaría decirte tantas cosas, padre, pero estamos hablando demasiado. La botella de tinto aún no está vacía. Bebo de ella hasta que el vino caliente acaba desbordándose por las comisuras de mi boca, el sabor pastoso me hace recordar las meriendas de pan con vino y azúcar en el establo, la carne desnuda de los conejos

desollados bajo la higuera, las muñecas despeluchadas, los pollos corriendo sin cabeza, el olor agrio de las sábanas de madre.

Crees que no soy digna de ti. Ya no me esperas. Por eso, sin pensarlo dos veces, estampo la botella contra tu sien. Saltan trozos de cristal, el vino y la sangre tiñendo tu cara de rojo, te tambaleas hasta la puerta, yo voy al colchón, agarro el retrato de madre y con él entre las manos golpeo tu cabeza con todo mi ser, estalla un estruendo de cristales en tu frente y caes hasta la mitad de la escalera. Te quedas ahí trabado.

Sé que quieres más.

Alzo la silla sobre mi cabeza y la arrojo, tu espalda recibe el golpe con un crujido de madera y huesos que te hace rodar por los peldaños hasta el polvo del suelo. Estás boca arriba, inmóvil. Los palomos arrullan desde la oscuridad, jalean el espectáculo.

Todos queremos más.

Bajo agarrada a la barandilla con las dos manos, incapaz de controlar las sacudidas de mi vientre. Me quito los pantalones, que están empapados de orín. En los últimos escalones se amontonan el respaldo y los barrotes enredados con las cuerdas del asiento.

Una vez abajo, empuño una pata de la silla.

Tu cuerpo se mueve por fin.

Antes de que te pongas en pie, descargo el madero en tu hombro, siento el hueso ceder, hundirse en la carne mientras vuelves a desplomarte sobre la tierra como un fardo.

Te ayudaré. ¿Aceptas la vergüenza de ser auxiliado, Morueco?

Un impacto en mi boca.

Veo el cielo negro. Por el olor a herrumbre, su zarpa me ha derribado.

Oigo tu cuerpo arrastrarse por la tierra como un reptil, pero enseguida dejas de moverte. Yo pienso en la mula, me concentro en el bufido cercano. Los tres quedamos tendidos en la noche bajo el arrullo de los palomos.

Cuando despierto, él no está.

El peso de la panza me aplasta contra las piedras. Me chupo la boca hinchada, el sabor caliente de la sangre en el labio inferior. Por la piel de mi cabeza pasa un sople de aire, como un cosquilleo que me recuerda lo libre que soy sin esa pelambre rabiosa.

Consigo ponerme a cuatro patas sobre la tierra; después erguirme totalmente. El polvo da un tono ceniza a mis piernas, únicamente resaltan las

costras marrones en las rodillas y en las palmas de mis manos.

El sol no tardará en salir.

La mula sigue recostada, de vez en cuando mueve la cabeza a los lados, como si buscara a alguien.

Ahora te veo, metido en el cajón, hecho un ovillo como un pobre guacho asustado. Me acerco a ti; esquivas de vidrio relucen hincadas en tu frente y pómulos a pesar del polvo que las cubre. El pelo de tu pecho sucio de sangre y tierra; del cinto de tu pantalón cuelga mi pelo, una melena rojiza como la cola de un caballo del infierno. Lo desato y lo estiro frente a mí con las dos manos.

¿Quieres terminar? Terminemos.

Paso el montón de pelo alrededor de tu cuello y comienzo a apretar con la rabia que me queda, hasta que cruzo las manos detrás de tu nuca. Abres los ojos, cada vez más llenos de brillo, te da tiempo a mirarme y a esbozar una sonrisa amoratada y sangrienta. Tus manos me buscan, arrastras los dedos por mis mejillas hasta que uno se mete en mi párpado y hace saltar la prótesis sobre tu pecho. Aprieto más fuerte. Tus pies golpean las tablas, pero tus manos no quieren luchar, y yo estrecho la soga hasta que tu cabeza cae sobre mi regazo. Estamos juntos después de tanto tiempo. Con esto es suficiente.

Tu boca se ha quedado abierta. Ya no te mueves.

Estoy muy cansada y me duele la barriga.

Más allá de la verja, sobre los pinos quemados, el cielo es casi blanco.

Recojo la silla rota, las muñecas, los restos del retrato de madre; todo lo almaceno en el cajón. Se irán contigo. Os iréis para siempre. Me quedaré sola.

Acerco el mechero a mi greña, aún enredada en tu pescuezo, al momento una llama amarilla brota delante de tu cara y va propagándose por el cajón. Las muñecas arden con gran facilidad, el fuego se las va comiendo. Durante unos segundos aún me miras entre las llamas y tu rostro, confundido con el humo, tarda en desaparecer. Tiro mi chaqueta sobre tu cabeza. El fuego toma brío.

La mula se pone por fin en pie, camina despacio hacia el fuego. Me mira. Luego va a beber al bidón que hay bajo la escalera. Temblor no está. Yo aprieto el ojo falso en mi puño, la mentira que nadie creyó también será pasto de las llamas. Paso los dedos por el párpado, la carne arrugada sobre la cuenca de nuevo vacía, y siento ganas de gritar, no sé si de rabia o de euforia. Grita. Grita más. Grita.

Volver como antes a la laguna. Bajar cerca de las estacas, oler el pelo muerto de los zorros sobre mi cabeza, abrir la cancela despintada y andar más rápido, con los muslos cubiertos de sangre y polvo, atravesar los carrizos, los juncos, la grama muerta bajo las plantas de mis pies, divisar los árboles grises con los troncos desgajados sobre el pasto ceniza. Buscar. Buscar la laguna, volver a buscarla entre la broza amarillenta, y en lugar del agua tropezar con un cráter fantasmagórico, un agujero blanco y marrón y gris y negro cubierto de grietas, lleno de nada, rodeado por un anillo de maleza áspera, y más allá el campo, y mucho más allá los pinos negros, casi invisibles. Abrazar la barriga. Un pequeño pie aprieta contra mis pulmones, la cabeza me oprime el ombligo, se voltea con furia en el agua de mi vientre. La tierra está cuarteada bajo mis pies. Bicha, la laguna se ha ido y nadie fue capaz de avisarte, sólo queda la tierra, la tierra y los matojos muertos, el barranco donde das vueltas y más vueltas, Jara, agarra bien al que te golpea por dentro, agárralo fuerte, no vaya a caerse. ¿Duele? Siempre dolerá, Águeda, es uno de tu estirpe y viene a por ti, te pega con ganas, se retuerce. ¿Qué harás ahora en medio de este hoyo? Grita, sí, grita. Qué hermosa le parecerías a tu padre si pudiera verte. Por encima de ti el aleteo de las torcaces que vuelan en dirección al pueblo, y en el vientre te hostiga la pelea de la carne contra el agua, miles de alfileres en el útero, toda la piel a punto de rajarse, no aguantas este revoltijo, esta aridez a tu alrededor. No puedes más. Una bolsa de agua descende por tus muslos hasta las grietas del barranco, la panza se vuelve contra ti, bicha, eres una bicha, oyes en algún lugar de tu cabeza, pero las piernas tiemblan ante la presión del vientre y tus pies están mojados, y quieres irte, pero ya no ves la maleza, sólo las palomas volando lejos mientras tu mirada impar se nubla, se va nublando. Se ciega.

Ya casi es Navidad. Dentro del coche patrulla el aire huele a chicle de menta. Viajamos camino a Pedregal por una carretera estrecha rodeada de árboles muy verdes que no dejan ver el cielo. Uno de los guardias, el que va sentado junto a mí, le pregunta al que conduce si no hubiera sido mejor ir por la autovía, pero el conductor lo tiene claro: «Hay que procurar llamar la atención lo menos posible, la prensa se acaba enterando de todo». El que va a mi lado asiente, me mira de reojo mientras saca su teléfono del bolsillo y alarga el brazo. En la pantalla la imagen de nosotros dos.

–Mire a cámara si no le importa.

Clic.

Procuro no sonreír para la foto.

–Mi mujer va a alucinar. Gracias.

–De nada.

–A usted la conoce ya todo el mundo. Si quiere, no veo inconveniente en quitarle las esposas, pero antes de bajar del coche se las debo poner otra vez.

Lo ha dicho con un agradable tartamudeo de novato.

–Sargento, haga el favor –reprende el chófer.

–No, gracias. Lo prefiero así –contesto con una gran sonrisa.

El sargento mantiene la mirada unos segundos por si cambio de opinión. Después se pone a hablar con el conductor sobre lo que ellos llaman «el operativo». Yo me concentro en los árboles, que pasan a toda velocidad por la ventanilla. De vez en cuando echo un vistazo al estado de mi ropa o reviso en el reflejo del cristal mi flequillo y la raya del pelo hecha a conciencia. No he vuelto a usar prótesis. Cada vez me gusta más mi nuevo aspecto, el pelo corto me sienta muy bien.

Sólo hace seis meses que di a luz y ya parece algo que nunca me sucedió. Desperté en una habitación blanca forrada de cortinas verdes. Tariq estaba de pie con la niña en brazos, susurrándole una canción en árabe. Yo dormitaba con el arrullo de la nana, a veces fingía el sueño y por el rabillo del ojo los espiaba hasta que volvía a dormirme con aquel canto suave.

Luego todo ocurrió muy deprisa.

Llegaron dos policías vestidos con chaquetas de cuero que *sólo querían* comunicarme la muerte de mi padre y, si me encontraba en condiciones, hacerme unas preguntas. Yo les dije que gracias, pero que acerca de la muerte de mi padre no necesitaba datos, y que si eran ellos los que querían saber más sobre el tema, sólo tenían que preguntarme. Al momento, un hombre y una mujer de piel morena entraron en la habitación; resultaron ser los padres de Tariq, que llegaban en el instante más oportuno acompañados por un enfermero que venía a revisar la raja cubierta de grapas de mi vientre. Luego entraron las peruanas con una caja grande envuelta en papel de regalo, pero no recuerdo qué había dentro. Los policías se fueron enseguida al ver tanta aglomeración, pero un día o dos más tarde vinieron el juez y su asistente. Tariq salió de la habitación con la niña. El juez me informó de que podía acogerme a mi derecho a no declarar, pero yo le dije que no tenía ninguna intención de hacer tal cosa, y que podía preguntarme lo que quisiera. Creo que fui certera en los detalles, respondí lo mejor que pude, sin obviar ningún dato. El juez me miraba serio, era un hombre mayor, casi de la edad de mi padre, pero con la piel bronceada y el pelo muy blanco. Las gafas de montura verde le hacían parecer más joven. Me comunicó que, en cuanto se pudiera, ingresaría en prisión preventiva porque, según mi declaración, había *notables indicios* de que yo era responsable *criminalmente* del delito. Asentí con energía desde la cama. Yo era orgullosamente responsable.

Tanto el juez como el pediatra estaban empeñados en que Circe –así llamó Tariq a nuestra hija– pasara sus tres primeros meses de vida conmigo, pero ni Tariq ni yo éramos partidarios. Por suerte, la niña facilitó mucho las cosas al no agarrarse al pecho; me agrietó los pezones, sangré por ellos durante varias semanas. El pediatra estaba empeñado en que Circe tomara la leche materna, pero fue inútil. No quiso ni el calostro. Tariq asumió la custodia y yo ingresé en prisión preventiva a la espera del juicio. Le pedí que no trajera a la niña de visita, lo cual fue un alivio para él. Estuve cuatro o cinco meses sin saber nada de Tariq ni de mi hija, hasta que una mañana recibí una notificación en la que se me citaba para la lectura del testamento de mi padre. Lo que más me sorprendió fue que la dirección de la notaría estaba en Pedregal, donde nunca hubo notario. Acepté acudir. El juez no puso reparo alguno para mi permiso, es más, resaltó mi buen comportamiento y mi colaboración con la justicia. Sólo objetó que tal vez el notario podría actuar de oficio y considerar que yo había incurrido en *causa de indignidad*, por lo que dejaría de ser legalmente heredera.

¿Indignidad? No me importaba el dinero o la casa, ni nada de lo que pudiera quedar, pero tenía claro que mis actos no fueron indignos.

Llamé por teléfono a Tariq para que me consiguiera ropa nueva. A los pocos días traje un pantalón gris, una camisa del mismo color y un par de zapatos marrones con el cinturón a juego. También un pequeño peine de color negro que ahora me acompaña a todas partes; me gusta llevar el pelo corto, hacerme la raya a un lado y peinar el flequillo hacia arriba. Las compañeras dicen que me parezco a Brandon, el protagonista de *Shame*, una película que vimos el otro día en la sala de audiovisuales, y me puse contenta porque el actor era como un hermano mío: pelo cobrizo, ojos de lagarto, piel blancuzca, mirada de monstruo. Brandon, te sacaría un ojo y serías mi mellizo perfecto.

–Me lo estaba imaginando –dice el guardia conductor.

El Patrol tiembla al pisar el empedrado de la plaza. Frente a la iglesia, un reportero con el micrófono en la mano avisa al operador, que rápidamente se carga la cámara al hombro y viene a grabar mientras aparcamos frente a un edificio en el que se lee la palabra «notaría».

El conductor baja de prisa para mantener a raya a los de la tele.

El otro guardia:

–Espere a que yo salga. Le abriré la puerta y entramos rápidamente en la notaría.

–Entendido.

–No responda a las preguntas del reportero.

–Entendido.

Me resulta galante la forma en que abre la puerta del todoterreno. Le doy las gracias. Caminamos hacia la puerta de la notaría. A mis espaldas la voz del reportero:

–¿Es verdad que se ha declarado usted culpable? ¿Lo hizo? ¿Mató a su padre?

Los tres entramos a una sala de espera de paredes blancas cubiertas por guirnaldas, cintas de colores y un rótulo dorado que dice: «Feliz Navidad». Detrás se sigue oyendo la voz del reportero: «Hace escasos segundos que Águeda Pacheco, la parricida de la laguna...».

Me giro. A través de la cristalera veo al periodista dirigiéndose a la cámara, señalando al interior de la notaría. La plaza empieza a llenarse de curiosos. Tengo la sensación de que la cristalera es una pantalla de cine, se va llenando de caras que miran hacia nuestra posición.

Un hombre aparece tras una puerta con un papel en la mano. Las puntas de sus zapatos están cubiertas de polvo.

–¿Águeda Pacheco?

–Presente.

–Pase por aquí.

Los guardias entran conmigo.

El despacho huele a lapiceros recién afilados. Frente a la mesa del notario, hay tres sillas de madera. Sobre dos de ellas reconozco las espaldas de Tariq y Gladis. Están cogidos de la mano y sus brazos forman una especie de puente colgante en forma de uve, los dedos entrelazados oscilan cerca del suelo. Sobre el regazo de Gladis, una niña de pelo cobrizo y tez morena agita un sonajero formado por bolas de colores. Cómo ha crecido en estos meses. Gladis la sujeta con un solo brazo, demostrando que es madre veterana. Con la otra mano sigue agarrando la de Tariq y los dos contemplan a Circe ensimismados, le hacen arrumacos como si nadie rompiera la perfecta estampa familiar. Sólo la niña se atreve a mirarme. Lo hace por encima del hombro de Gladis, me señala con un dedo índice rollizo. Tal vez debería acercarme. Tocarla. Los guardias permanecen a mis espaldas, con las manos cruzadas sobre la entrepierna. No creo que tocarla sea buena idea, debería improvisar unas palabras, dar una especie de explicación o algo por el estilo, pero no soy muy habladora, Tariq lo sabe, y cualquier cosa que dijera sonaría mal, así que decido soportar el silencio, que llena las paredes del despacho hasta que, unos minutos después, oigo el cloqueo de unos tacones cada vez más próximos. Por la puerta entra Isabel cargada de documentos. Saluda a los guardias con un escueto buenos días y pasa por mi lado hurgando en los papeles con las puntas de los dedos. Luce un pelo liso peinado a conciencia, blusa gris y falda de tubo negra. Parece más bien la secretaria. Sin embargo se sienta al otro lado del escritorio y, después de colocarse las gafas, examina la documentación en silencio.

Según parece, Gladis y yo somos las herederas. Tariq se concentra en hacer carantoñas a la niña, que le agarra el dedo índice y se lo lleva a la boca. Los tres sonríen. La niña es la única que sonrío de verdad. Con los ojos.

Isabel confirma mi identidad y la de Gladis, luego empieza a leer el testamento de mi padre. Hace una pequeña pausa.

–Siéntate si quieres –dice sin levantar los ojos del testamento.

–Estoy muy bien así.

Continúa con la lectura hasta llegar a la relación de bienes que nos han

quedado en suerte a cada una. La casa del pueblo es para Gladis. El club, que debe de ser ya un montón de piedras, para mí. Además Isabel saca un sobre marrón con mi nombre que coloca en el extremo del escritorio.

–Esto también es tuyo. No tienes por qué abrirlo aquí – me dice.

–Preferiría abrirlo, si a nadie le importa.

Isabel se quita las gafas y deja caer su cuerpo ligeramente sobre el respaldo del sillón.

Dentro del sobre está la marioneta. Blancanieves. Mi compañera de juegos. Mi única hermana. Está vieja y sucia, es un trozo de tela rosa con dos pequeñas manoplas para meter los dedos. En la cabeza de plástico ya no conserva las facciones del rostro, no hay boca, ni ojos, sólo un pequeño rayajo de color negro que fue parte de una de las cejas. Blancanieves. Muñeca homicida. Se me escapa un sollozo, aunque sé que nunca debo llorar en público.

Me pongo la manopla y Blancanieves cobra vida de nuevo. Voy directa a Circe, sus ojos verdes observan el trapo sucio moviéndose en mi mano, Blancanieves se contonea cerca de la niña, que mira con rostro grave y de golpe empieza a sonreír mientras Tariq y Gladis fingen un absurdo entusiasmo con sus caras completamente absurdas ante la marioneta que absurdamente saluda a la niña. Circe ríe descontrolada. Gladis no soporta el sainete, pone a la niña sobre las piernas de Tariq y sale del despacho.

Isabel se pone de pie:

–Hemos terminado.

Tariq se levanta con Circe entre los brazos, que alarga su pequeña mano para agarrar la marioneta.

–No, Circe, no. Devuelve la muñeca a la señora.

–Se la regalo.

Me quedo mirando la cicatriz de Tariq, ese pequeño montículo de carne quemada en el dorso de su mano.

–Habría que lavarla –añado.

Tariq mira a la niña, que ha soltado el sonajero y zarandea a Blancanieves.

–Sí. Habría que lavarla –responde.

Isabel va hacia la puerta. Justo antes de salir, cubriéndose el cuello como si tuviera miedo de que le fuera a atacar, me mira por fin:

–Lo de los zorros, Águeda, esos zorros en las estacas. ¿Era necesario?

Podría explicarle que no sé nada de esos pobres bichos, que nunca haré

daño a un animal. También me gustaría decirle que no sienta pena, que yo estoy contenta y que todo va mucho mejor que hace unos meses.

–Supongo que sí –digo.

Escucho sus tacones alejarse por el pasillo. Luego un portazo.

Los guardias merodean por la puerta del despacho sin perderme de vista. Circe se revuelve en los brazos de Tariq, juguetea con la marioneta ante la cara de asco de su padre: a saber los microbios que tendrá ese trapo infecto, estará pensando. Te conozco muy bien, morito.

–Qué ojos más verdes, y qué pelo. Me gusta el color de su pelo. El tono de piel es parecido al tuyo.

–Nos tenemos que ir, Águeda. Circe tiene que comer.

Me gustaría darle un beso a la niña, tocar su pelo rojizo.

–Claro. Yo también tengo que comer.

Tariq la mece en sus brazos, golpea con el pie en el suelo. Finge calmar a la niña, pero Circe no está nerviosa.

–Te pensaba contar lo de Gladis cuando fui a llevarte la ropa. Se me debió de pasar.

–No te preocupes.

–Estamos pensando en venirnos a vivir a Pedregal, aquí ella tiene trabajo y yo puedo estudiar mientras acabamos la reforma de la casa.

–Muy bien.

Sigue zarandeando a la niña, y la niña sacude la marioneta.

–Somos muy felices.

–Claro que sí.

Mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca un papel.

–Toma.

Es una foto de Circe; está sentada en el suelo, sobre una manta. Qué ojos tan bonitos tiene.

Tariq sale de la habitación, la cabeza de la niña reposa en su hombro y, un momento antes de desaparecer por el pasillo, Circe me clava esas pupilas salvajes. Tal vez, pequeña. Tal vez un día dentro de mucho tiempo vengas a buscarme.

Escucho la puerta de la calle abriéndose, el bullicio de la plaza se cuela en la notaría: «Que salga, que salga, ¡asesina! Tú no eres de aquí, asesina, fuera, no te queremos, asesina. Que salga, que salga. ¡Asesina!».

–Tenemos que volver –dice el guardia conductor.

Desde el pasillo, el griterío aumenta de volumen, a veces me parece

escuchar la voz del reportero jaleando a los paisanos: «Más fuerte, más fuerte, cuando salga gritad más fuerte». Yo camino despacio. Me gustaría encontrarme a Silo, que ya será un jubilado sin gorra ni uniforme; a Petra, que no me dio las gracias por el móvil que le regalé; al hombre de la excavadora, a Tinín el del bar, don Evelio, las viejas de la iglesia, Damián, Pavel, Alejandra, Graciela y muchas más bocas, muchos puños, gargantas llenas de euforia, ladridos de perro entre las voces de la gente, los chuchos también se suman al aquelarre. Y los ojos, los ojos sangrientos de los que esperan a que salga, que me mirarán llenos de furia como a un animal asustado al que van a comerse entre todos, y más golpes sobre el cristal y babas y gritos y venas inflamadas en los cuellos.

–Hay que volver –repite severo el guardia conductor.

Pero sólo quiero disfrutar de esto un poco más, de sus caras, de su odio. Y siguen gritándome con todas sus fuerzas, haciendo retumbar la cristalera, que acabará por vencerse si continúan con esa energía feroz.

–¿Voy bien peinada? –pregunto al sargento.

Se queda unos segundos mirándome el flequillo.

–Si quieres te tapo la cabeza. Puedo ir por tu abrigo al coche.

Los tres estamos parados en el pasillo, a escasos metros de la calle, donde el público ruge esperando mi aparición.

–No quiero despeinarme.

–Es hora de salir, entonces.

–Sí. Salgamos.

Morderás el polvo

Roberto Osa

Esta novela fue galardonada con el XXXVI Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Lorenzo Silva, Consuelo Pineda Pizarro, Inés María Díaz Molina, Evaristo Laguna Téllez, Miguel Torres López de Uralde, Miguel Ángel Teijeiro Fuentes, Diego Ricardo González Pérez y Bernardo Gonzalo Mateo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Roberto Osa, 2017

© Fundación José Manuel Lara, 2017

Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

www.fundacionjmlara.es

www.planetadelibros.com

Maquetación y diseño: milhojas. servicios editoriales

Ilustración de cubierta: Abel Sánchez Domínguez (Tricefalo Studio)

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre 2017

ISBN: 978-84-15673-76-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: IC Editorial

www.iceditorial.com

Table of Contents

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[CRÉDITOS](#)